ESTA ES TU CASA, FIDEL

La historia de un nieto de la Revolución

Carlos D. Lechuga



DE CONATUS

COLECCIÓN **¿QUÉ NOS CONTAMOS HOY? MEMORIA**

ESTA ES TU CASA, FIDEL

la historia de un nieto de la revolución

Carlos D. Lechuga
Colección ¿qué nos
contamos hoy?
MEMORIA

Título:
Esta es tu casa, Fidel
La historia de un nieto de la Revolución

De esta edición:
© De Conatus Publicaciones S.L.
Casado del Alisal, 10
28014 Madrid
www.deconatus.com

Primera edición digital: marzo 2024

Diseño: Álvaro Reyero Pita

Fotografía de portada: © Colección Betmann. Fidel Castro jugando al golf en el campo Las Colinas de Villareal en La Habana, Cuba, junto a Ernesto "Che" Guevara, ministro de Industria, y Antonio Nuñez Jiménez, director del INRA, en 1962 después de la "crisis de los misiles".

ISBN epub: 978-84-10182-01-1

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:
comunicacion.deconatus@deconatus.com

Cuando era pequeño esperaba con ansias que mi abuelo muriera para ver si Fidel se aparecía en el entierro. Yo era un pionero comunista, de esos que llevaban pañoleta roja y eran obligados a recitar ¡Seremos como el Che! Y venía de una familia muy cercana al poder.

Me imaginaba a toda la familia formada como un escuadrón militar en el cementerio de Colón en La Habana. Mi madre bañada en llanto, mi tía con unas gafas oscuras evitando el roce de su hija y yo, impecable, con mi camisita blanca por dentro, mi short rojo y mi distintivo de alumno destacado.

Los autos negros de el Comandante llegaban a la entrada y Fidel se bajaba con sus grandes botas, su barba canosa y me abrazaba.

La televisión nacional y los periódicos se hacían eco del momento. Fidel y yo, unidos en un abrazo, para siempre.

Era curioso, no me imaginaba el ataúd. ¿Qué había pasado con abuelo?

A lo largo de mi niñez y temprana juventud estas imágenes me visitaron varias veces.

Yo sabía que había algo malo en mi deseo pero, al mismo tiempo, cuando pensaba en eso, veía luz. Una luz que venía con Fidel. Una luz que traía el líder y que disolvía lo humano, lo que verdaderamente importaba.

Cuando triunfó la Revolución, en enero de 1959, mi abuelo fue el primero que dijo en la televisión nacional que el tirano Batista se había dado a la fuga. Acto seguido agarró un carro y se fue al interior de la isla para encontrarse con el gran jefe: Fidel Alejandro Castro Ruz. En esa reunión, el Comandante se hizo el bobo y le preguntó cuál tenía que ser el próximo paso. Abuelo, eufórico, le dijo: ¡Fidel, tienes que salir en televisión! ¡Hablarle al pueblo!

Abuelo, además de ser periodista, había colaborado con los luchadores clandestinos de la ciudad y los guerrilleros de la Sierra Maestra. Ayudó a coordinar el secuestro del piloto argentino Juan Manuel Fangio y evitó que varios compañeros de lucha fueran torturados buscándoles escondite. Abuelo era uno de ellos.

Tras llegar al poder, Fidel mandó al viejo de embajador al exterior. Pasó muchos años lejos de la isla. Lo hizo también con muchos otros, era su manera de sacarse de encima a gente inteligente que pudiera caer en la tentación de debatirle. El jefe no quería alrededor hombres que lo cuestionaran.

Al estar lejos de Cuba, abuelo fue perdiendo la objetividad con lo que realmente estaba pasando.

Cuando su padre murió, el único líder que acudió a la funeraria fue

el argentino Guevara. El Che le dijo: «Trabajar al lado de Fidel es como trabajar con un pie al borde del abismo». Siendo un pionero comunista entré un día en la cocina y escuché a abuelo decirle eso a mí tía. Pregunté qué era lo que estaban hablando y nadie me quiso responder. Abuelo nunca se atrevió a cuestionar al líder en voz alta. Lo defendió siempre, hasta sus últimos días.

Cuando de verdad murió, Fidel ya estaba muy enfermo y por supuesto que no apareció en el velorio. Había deseado la muerte de abuelo por gusto.

¿De dónde venía ese amor desmedido por el líder?

Durante mucho tiempo pensé que el comunismo era una bendición y que todos en la isla tenían mi nivel de vida. Un día le pregunté: «Abuelo, ¿qué cosa es ser comunista?». Y él agarró un huevo y mirándome a los ojos respondió: «Comunista es que, si tú tienes este huevo, el resto del mundo tenga la posibilidad también de tener un huevo como este».

Abuelo vivía en una casa bonita en Miramar, un barrio que queda al noroeste de La Habana, donde hay unas hermosas playas de roca y una serie de mansiones que pertenecían a la burguesía anterior.

Abuelo tenía dos autos, un yate, y no se bajaba del avión. Mi tía mayor, la favorita, tenía un apartamento inmenso en un pent-house del Vedado, una de las mejores zonas de Cuba. En su casa se cantaba, se esbozaban artículos de prensa y se cuchicheaban las leyes que se implantarían en el territorio nacional. A cada rato la visitaban militares, políticos o celebridades como García Márquez.

Una broma recurrente era sobre una de las criadas que decía: «Hoy viene García Lorca», refiriéndose al Nobel colombiano.

Si la Revolución era con todos y para el bien de todos, ¿por qué tenían criados? ¿Por qué la criada no sabía de literatura? ¿Por qué se burlaban de ella?

Los domingos, la familia se reunía en casa de abuelo y yo tenía la esperanza de acabar de conocer a Fidel. Era el único que no lo conocía.

El viejo sólo había tenido hijas. Mujeres fuertes que lo rodeaban y mimaban como si fuera una especie de gurú. Alto, con su barba canosa y sus camisas blancas, abuelo parecía un dios.

Fui el primer varón que llegó a la familia. Abuelo se puso tan contento que hasta me escribió un poema.

Aterricé en una casa llena de mujeres y fantasmas. Mi padre no estaba presente y mi abuela era una espiritista que no movía un dedo sin contar con el más allá.

Mi madre decía: «Si el niño sale macho se llamará Carlos, como el abuelo; si nace hembra, se llamará Carla; y si nace maricón, se llamará

Carlota».

Mamá tenía la necesidad de ponerle una pizca de cinismo a todo. Era como si hubiera aguantado mucha mierda a lo largo de su vida y entonces, en las conversaciones aparentemente sin importancia, soltaba alguna bomba así, como diciendo: ¡Aquí estoy yo!

El pequeño núcleo familiar que formábamos mi madre, mi abuela Centa y yo, tenía la categoría de «ovejas negras» de la familia.

A los doce años, una vacuna vencida le despertó una epilepsia a mi madre que, por muchos años, tuvo que estar tomando pastillas. La enfermedad le duró hasta los 33. Cuando nací se le quitó la epilepsia. El médico le había advertido que el parto podía empeorar las cosas o llevarla a un mejor lugar.

Bromeando le digo siempre que soy su salvador.

Cuando me mandaba a hacer algo que yo no quería, le soltaba: «¡Hazlo tú! ¡Acuérdate que yo te curé!». Era una broma, pero al mismo tiempo era un intento de arrinconarla que había aprendido de mi abuelo y de mi tía. Por algo que estaba «flotando» en el aire, algo de esa familia, o qué sé yo, todos la cogíamos con mamá.

A mi abuela le daba igual la Revolución y se pasaba todo el tiempo hablando con los muertos. Y yo, bueno, yo era un niño mimado y enfermizo que se esmeraba en agradarle a los más poderosos de la familia.

Los almuerzos semanales venían con la esperanza de acabar de conocer al líder de la Revolución cubana. ¿Por qué no? Si era amigo de la familia.

Salíamos en el carro de mi tía, un viejo Lada azul soviético. Nos recogía primero a mi madre y a mí en 21, luego recogíamos a la tía abuela Mercedes en 15 y agarrábamos por todo Malecón, frente al mar, rumbo a la Quinta Avenida.

El aire nos daba en la cara y el olor a salitre nos llenaba de felicidad. La tía abuela Mercedes no paraba de mencionar los nombres de los antiguos dueños de las mansiones por donde el auto pasaba. Gente que salió huyendo para Miami en enero del 59, cuando el Comandante mandó a parar. ¡La casa de los Mena! ¡Allí vivía Angelita Varona!, y así transcurría todo el viaje. Era como si la Revolución no hubiera triunfado para ella.

Cuando algo era muy bueno, mi tía abuela Mercedes decía: «Es muy Americanito». Extrañaba los años de antaño cuando era posible montarse en un avión simplemente para ir de compras a Miami.

Mi tía, mientras conducía, fumaba un cigarrillo extranjero y cantaba en inglés. Mamá le seguía los coros. La imitaba en todo, incapaz de no repetir los mismos gestos y las mismas palabras de su hermana mayor.

Llegar a casa de abuelo era como llegar a casa de Fidel. Bueno, yo

nunca había estado en casa de Fidel, pero sí sabía que en casa de mi abuelo imitaban en todo al máximo jefe. Había unos protocolos y unas maneras de comportarse que asumir. A pesar de tratarse de mi abuelo, nunca me pude relajar en el asiento. Me sentía evaluado en cada momento. Parecía que no sólo yo, sino toda la familia, estaba pasando un examen.

Ahí estaba yo, sentado en el borde del sofá, con la espalda recta y moviendo la cabeza, diciéndole que sí a todo. A veces veía a las familias de mis amiguitos del barrio, y la manera cariñosa en que se trataban, sin ningún formalismo. Sin embargo, con mi abuelo era distinto.

Cuando mi madre se acercaba a darle un beso, el viejo se limpiaba la mejilla con un gesto de asco. Cuando mi prima cometía algún error al hablar, él la corregía de mala manera. Darle un abrazo, un cariño, limpiarle el hombro de la camisa a abuelo, parecía una cosa imposible. El respeto y la distancia eran lo más importante.

Llegabas a casa de abuelo y él preguntaba: «¿Cómo va la cosa?». Y uno enseguida tenía que decir bien y seguir como si nada. Pobre del que tratara de empezar a explicar lo que estaba sintiendo de verdad. Entonces abuelo o su mujer, mi abuelastra Bebita, interrumpían y volvían a hablar de lo que más se hablaba en ese lugar: de Fidel, de la familia de Fidel, de los logros de Fidel y de algún que otro cotilleo sobre el Comandante en Jefe de la Revolución cubana.

«¿Cómo está la nieta?», preguntaban. Y mi prima se lanzaba a responder. Enseguida abuelo viraba la cara y empezaba a hablar de otra cosa, dejándola con la palabra en la boca. Así pasaba siempre y nadie se quejaba. Todo el mundo acataba las órdenes, de la misma manera en que todo el pueblo obedecía a Fidel. No había espacio para otra voz.

La distribución y la jerarquía familiar eran parecidas a la del Estado: el jefe patriarca era abuelo (que era una copia de Fidel), luego venía su esposa, mi tía, mi prima, y así hasta el último escalón, que éramos mi mamá, mi abuela Centa y yo (el pueblo de a pie).

Me entretenía mirando las caras de mi madre, de mi tía, de mi prima y pensaba: ¿También querrán que abuelo muera para que venga Fidel?

Crecía y como si fuera un mantra me repetía constantemente:

Fidel Alejandro Castro Ruz

Fidel Alejandro Castro Ruz

Fidel Alejandro Castro Ruz

Me llevaba una cucharada de alimento a la boca y pensaba su nombre. Esperaba un ómnibus y pensaba su nombre. Me lo repetía una y otra vez.

Rezaba por tener la posibilidad de ver su caravana de coches pasar

cerquita de mí.

A veces, de lejos, vi sus autos negros corriendo a toda velocidad. Los guardaespaldas vestidos de verde, con sus gorras militares, sacaban medio cuerpo por las ventanillas y mostraban la punta de los rifles. ¡Para el que se hiciera el loco!

Algún peatón detrás de mí decía con orgullo: ¡Ahí va el Caballo!

Cuando alguien me contaba que había visto al Comandante, la envidia me corroía de mala manera.

Con catorce años le dije a mi abuelo: «Quiero tener de primero tu apellido». Y abuelo me dio la aprobación para que dejara de usar el apellido de mi padre (que era menos importante).

Con quince años, viendo en la televisión al hijo del comandante Almeida, al nieto del general Raúl y al nieto de Fidel acompañar a sus mayores y cuidar sus espaldas, le pedí a abuelo que me dejara ser su guardaespaldas. Aquello no tenía ningún sentido, estaba jubilado y no tenía poder alguno.

Fidel Alejandro Castro Ruz

Fidel Alejandro Castro Ruz

Fidel Alejandro Castro Ruz

Me repetía y esperaba con ansias encontrarlo. Sabía que si Fidel me conocía, iba a ver algo en mí. Algo que Cuba necesitaba. Algo que sólo podía dar yo.

En los cumpleaños del viejo, o en sus aniversarios de boda con mi abuelastra Bebita, era usual ver a algún nieto, hijo o hermano de Fidel.

En uno de esos eventos conocí a Fidel Castro Díaz-Balart, hijo del Comandante, a quien todos llamaban Fidelito. Era un tipo gordo y barbudo que estaba metido en temas de energía nuclear. A los pocos días de la muerte de Fidel, se tiró de la ventana del hospital militar donde lo trataban por una depresión.

No aguantó la muerte del viejo patriarca.

Las manos de Castro Díaz-Balart eran dos guantes gordos hinchados. Sus ojos, pequeñitos y aplastados por el resto de la cara, eran como de foca cansada.

He odiado mucho el día que abuelo, ya viejo, me dejó con la palabra en la boca para ir despetroncado a sentarse al lado del hijo del comandante. Todo el mundo estaba preocupado por la salud del jefe.

En una de las paredes del barrio habían escrito: Para aquellos que se preocupan por mi salud, sólo les puedo decir que lucharé con fuerza, y abajo la firma, Fidel.

Uno de los criados, negro, le preguntó con verdadero cariño a Fidelito por su papá. Todo el mundo se quedó en silencio, como si fuera imprudente, pero el heredero no se lo tomó en serio y ni le respondió.

Muchos años después volví a coincidir con Fidelito en un hotel en Varadero. Su mujer le obligaba a hacer ejercicios en el mar. El tipo cargaba con un peso inmenso. Se le notaba en los hombros.

El desayuno se lo llevaban a la habitación porque ya se habían filtrado varias fotos en internet de miembros de la familia real comiendo las delicias a las que el pueblo no tenía acceso: crustáceos, carnes, dulces finos…

Había que cuidar las apariencias.

En ese mismo hotel se hospedaba un vicepresidente del gobierno que fue destituido cuando Raúl Castro relevó a su hermano. Al tipo lo habían mandado en «plan pijama» para el sillón de su casa. O sea, a no hacer nada. No lo dejaban trabajar en la política ni salir del país porque tenía muchos secretos de Estado. En esa especie de arresto domiciliario a cada rato recibía una «flor» de la familia real: una noche en un hotelito en Varadero, una cesta con frutas… Un aliciente que le decía: Te jodimos la vida, pero te tenemos cierto aprecio. Eres uno de los nuestros.

A pesar de que yo no era importante, todos ellos me trataban como si fuéramos parte de lo mismo. Era un niño cómplice.

Muchas veces he estado tentado a escribir una historia sobre un hotel en una playa paradisíaca habitado solamente por ministros defenestrados del castrismo. Un ejército de tipos rosados y barrigones en «plan pijama». Todo el tiempo hablando de los días de gloria, cuando sí tenían poder y disponían a su antojo.

Un día llegó a casa de mi abuelo Ramón Castro, el hermano mayor de Fidel, un campesino que se parecía mucho al Comandante. Estaba menos metido en política, pero la gente lo respetaba mucho. Un jeep blanco e inmenso se parqueó y mi familia se hizo a un lado para dejarlo pasar, como si fuera un rey. Lo acompañaba un hombre negro de guayabera. No le quise dar la mano. Todo ese respeto y protocolo que exigía esa gente chocaba con la educación que nos daban en la escuela:

En Cuba no hay racismo.

La explotación del hombre por el hombre acabó.

Los guerrilleros predican con el ejemplo.

Ramón Castro, o «Mongo», como le decían algunos, trató de sentarse en la silla y se fue abajo. Ya era un viejo cansado, como su hermano. En esa milésima de segundo, antes de tocar el suelo, su guardaespaldas lo agarró y lo recolocó en la silla. Su trabajo no era tan sólo cubrirle la espalda, también era ayudarlo, conducirlo, en fin, ser su esclavo.

A la hora de irse, abuelo, como si estuviera hablando de algo maravilloso, nos dijo que Fidel había podido hacer la Revolución gracias a que Ramón se había quedado en casa cuidando a la madre

de todos los Castro. Aquello me pareció una gran tontería. ¿Ya me daba cuenta de que todo era una gran mentira? ¿Era un pequeño cínico?

Busqué con la mirada la reacción del resto de familiares y todos parecían pensar como yo, pero la puesta en escena, el circo, mandaba a mantener a abuelo feliz con sus fantasías. No se le podía contradecir ni romperle su burbuja con una propuesta afilada y diferente. Todos estábamos al servicio de que él estuviera en paz con sus ideas.

De la misma manera, todos en Cuba estaban al servicio de los experimentos de Fidel.

A veces, cuando había alguna reunión donde coincidían varios poderosos, veía en el parqueo a los choferes de los superautos conversando con los guardaespaldas.

Se podía escuchar:

Qué lindos el general Raúl y Vilma cuando se dieron la mano en el acto.

Muy grande el hijo del comandante Almeida.

Siempre me ha causado curiosidad todo lo que tiene que ver con los agentes, los guardaespaldas, los choferes, los criados, los segurosos que pululan alrededor de los mandamases cubanos. Nunca entendí como estando en nuestro país, donde todos teníamos acceso al mismo huevo, estos hombres trabajaban con gusto para una clase social superior.

No eran sus familiares. No eran sus iguales. No les pagaban bien, pero, así y todo, los trabajadores eran fanáticos de esos viejos revolucionarios.

¿Estaban hechizados?

Otro ejemplo de devoción era Bebita, la esposa de mi abuelo. Cada vez que íbamos a casa del viejo y le llevábamos un dulce, Bebita agarraba el postre y lo botaba en la basura. Como si alguien los quisiera envenenar. A mi abuelastra le encantaba todo lo que tuviese que ver con la Jet Set comunista y los chismes de la corte. Lo de tirar nuestros dulces era su manera de copiar lo que pasaba en Punto Cero, la casa de Fidel.

El pueblo no supo dónde vivía el Comandante ni quién era su familia hasta bien avanzada la Revolución, pero los embajadores, los militares, los groupies, competían por hacerse los más informados.

Cuando ya Fidel estaba bastante viejo, la novia de uno de sus hijos aprovechó un descuido y filmó al presidente en la tranquilidad de su mesa. Por primera vez los curiosos, que se pasaban en memorias USB el material, tuvieron acceso al hogar y a la vida privada del dueño de todo en la isla.

Una inmensa toronja, vinos caros y una mesa bien puesta. Me sorprendió ver al Comandante sin su uniforme, como un ricachón más.

Esas imágenes me fascinaban y las repetía una y otra vez en el viejo ordenador de mi casa.

Pasé cientos de tardes escuchando a viejos guerrilleros de tercera hablar de las grandes batallas y las enérgicas proezas del jefe mayor. Nunca se cansaban de lo mismo. Ya no tenían nada de poder y hacía lustros que no veían a Fidel, pero no podían conversar de otra cosa. Quizá no tenían otra cosa. Él lo era todo: Fidel, Fidel, Fidel.

La escena era más o menos así: yo tirado en el sofá, creyéndome alguien importante, mientras a mi alrededor un grupito de barrigones con relojes de oro se sentaba en círculo, se servía grandes vasos de whisky y discutía de viejas batallas:

Marcelino cogió para la derecha con el revólver cuando el soldado enemigo venía por la encrucijada y la puntería de Fidel era tan grande que…

Eran batallitas que habían ocurrido medio siglo atrás y que, en verdad, no importaban nada. Total, el pueblo seguía viviendo en pésimas condiciones. Condiciones que podían mejorar si al número uno se le antojaba. Además, ¿de qué servían tantas batallas?, si ni siquiera era posible darle un beso en la mejilla al abuelo.

Los hielitos sonaban en los vasos y los viejos combatientes decían:

Chivas Regal, la bebida que le gusta al Caballo.

Encendían los puros y el humo subía hasta el techo dándole a todo un ambiente de película de mafiosos. Hablaban de los hijos del Comandante, de Alex, Antonio, Alejandro, como si fueran más hijos de ellos que sus propios hijos. Mencionaban sus nombres con un cariño fanático y la verdad es que quizá ni los conocían.

Cuando pasaban varios meses sin noticias del jefe, alguno de ellos se inventaba un cuento para hacerse el importante:

Ayer vi al Comandante. Les mandó saludos.

Y todos jugaban a creerle y se elevaban en ese globo.

A veces no había que decir su nombre y tan sólo con pasarse la mano por la cara con un gesto dibujando una barba larga, o marcando dos dedos en el hombro como señalando los grados, ya se entendía que se hablaba del tipo.

Un día pude ver a uno de los dobles de Fidel. Era un campesino que se parecía mucho al Comandante y al que usaban en algunos eventos por cuestiones de seguridad.

Era más grande y más gordo, pero tenía su mismo perfil.

La historia del doble de Fidel daría para una película. Un viejo campesino que con la muerte del líder se quedaba sin trabajo y para colmo empezaba a creer que el gobierno estaba aflojando.

Tengo anotado en un cuaderno:

Estamos en 2016, en un pueblo perdido de las afueras de La Habana. Rafael Montes (90), es un viejo machista, casi analfabeto, que

toda su vida ha sido uno de los dobles de Fidel. Desde hace un tiempo, Rafael espera una llamada para hacerse pasar por el jefe. Pero la llamada de arriba no llega. Mientras pasa el tiempo, Rafael se dedica a imitar los gestos y la oratoria del Comandante delante de cerdos y gallinas. A cada rato le sale el hijo de puta que lleva dentro y tortura a los animales. La noche que muere Fidel, Rafael se queda en una especie de limbo. ¿Ahora que va a hacer? Frustrado, sale a matar algo mucho mayor.

El verdadero Fidel había suspendido los juegos de mesa, la prostitución, la propiedad privada y las fiestas navideñas pero, así y todo, era bien común, a finales de diciembre ver una programación televisiva con espíritu festivo. En esas fechas el Estado celebraba el triunfo revolucionario que había ocurrido un primero de enero del 59, pero en los hogares, puertas adentro, las familias seguían celebrando las navidades y montaban, con cualquier gajo de palma, un arbolito de navidad clandestino.

Los cubanos no estaban dispuestos a perder sus tradiciones, pero tampoco querían tener problemas, por lo que simplemente mentían y celebraban bajito.

Era común que la televisión estatal transmitiera en esas fechas la película española del doble de Franco Espérame en el cielo. En una especie de juego morboso Fidel disfrutaba de que viéramos al doble de Franco sin que se supiera realmente cuántos dobles tenía él.



Mamá idolatraba a su padre. «Papi», cómo le decía, lo era todo para ella. «Papi» era su padre, con todo el amor y respeto que eso conllevaba, pero al mismo tiempo «Papi» también era el embajador, el representante de Fidel en nuestra familia. El héroe.

Luego venía mi tía. Al ser nueve años mayor que mi madre, asumió su rol. Era la que se vanagloriaba de conocer mejor a su padre, la que más invitaciones al Palacio de la Revolución recibía, la que más chismes de la corte se sabía, la más fiestera.

Entre celos y ganas de demostrar que ella era tan buena como la otra, mi madre habitaba un mundo en donde era muy fácil frustrarse.

La relación que estableció el poder con mamá era la misma que se establece entre el perro pastor y la oveja: te protejo, pero tienes que caminar por donde yo guío.

Mamá tenía varias cosas en contra, no sólo el problema de la epilepsia, sino que las pastillas que le recomendaban los médicos la

hacían estar como una zombi todo el rato. Entre ataque y ataque, entre pastilla y pastilla, trataba de estar en el campo visual y emocional del viejo patriarca, pero abuelo parecía tener sólo ojos para su hija mayor.

Mamá, que era un poco gordita, buena onda, de espejuelos y enfermiza, estaba en una esquina, al margen. En las fotografías familiares siempre está tratándose de colar desde atrás o cortada por el fotógrafo en el borde, como si una fuerza la quisiera empujar fuera del marco.

Antes del triunfo revolucionario mi madre y su hermana iban a escuelas privadas donde les enseñaban en inglés y donde tenían que mantener los modales burgueses de la época. Con el triunfo revolucionario, al parecer, no hubo ningún cambio real en la familia. Había que seguir manteniendo una apariencia: eran las hijas del embajador.

En el retrato perfecto de la Jet Set revolucionaria no quedaba bien una muchachita epiléptica.

Mi tía se pasaba todo el tiempo molestando a mamá: ponía voz nasal y repetía cualquier cosa que acababa de decir. La imitaba y se burlaba de su manera de ser. Las bromas y el bullying que le hacía la hermana, que no paraba de criticarla, se fueron sembrando y enraizando dentro de mamá. Cuarenta años después de estas apreciaciones todavía sufre de ciertos temores hacia su hermana mayor. A veces me veo diciéndole: ¿Qué te va a hacer si es una anciana de 80 años?

¿Por qué se burlaba mi tía de mi madre? Quizá porque mi madre se preocupaba por todo, porque era muy buena de corazón, porque por las pastillas de la epilepsia era más lenta. No sé.

Yo me fui dando cuenta de todo y en vez de defenderla y tratar de ponerle un fin a las burlas y a los maltratos, me uní a los poderosos y fui parte de eso. Ahí estaba yo, desde pequeño, poniendo la misma voz nasal y burlándome de mamá. De nuevo, el niño cómplice.



La casa de mi infancia era un apartamento alargado que tenía un patio al final. Para llegar había que entrar por un pasillo aledaño a un edificio y meterse hasta el fondo. Yo vivía en un «interior».

La casa siempre tenía mucha luz. De niño la veía como si estuviese entre nubes blancas. Flotaba una buena energía y la luz entraba por todas las ventanas y lo llenaba todo. Esa magia se debía al amor que desprendían mi madre y mi abuela.

A pesar de que a mi abuelo y mi tía les había tocado unas mansiones maravillosas, mi abuela Centa y mi madre acabaron viviendo en este interior.

Al lado de mi casa estaba la embajada de Rumanía y por la reja me lanzaban cosas como si yo fuera un animalito. A través de las rejas mandaban los huesos que se quemaban y los pellejos de los asados que no se querían comer.

Esa sensación de estar al servicio del otro, de estar arrodillado para conseguir algo, no se me quitó en buen tiempo. Daba igual si era Fidel o un trabajador de la embajada de Rumanía, la vida me había puesto en un lugar inferior.

De un lado de la casa estaba el muro que daba a la embajada y del otro lado había otro que daba a un solar, a una villa miseria, a un caserío de gente de bajos recursos.

La embajada de Rumanía me regalaba sonidos de motores de coches, barbacoas, fiestas, conversaciones de dinero y cultura. Del otro lado del muro, el mundo sonoro que llegaba era bien diferente. A veces escuchaba golpes de dos hombres fajándose. A veces eran los gritos de una madre o una esposa pidiendo que no hirieran a un muchacho. Llantos, sufrimiento y dolor, pero a veces también fiesta.

Estaba la morena Lucía que para fajarse con quien la retara se quitaba la ropa y empezaba a dar gritos amenazantes: «¡Conmigo sí que no, repinga!». Lucía se fajaba desnuda, creo que lo hacía para impresionar. No es lo mismo golpear a una mujer gritando que a una mujer gritando sin ropa.

Un día se encontró a su hermano Pepín, un tipo que tenía problemas mentales, en la peor de las condiciones. Pepín había llenado todo de mierda y no había cargado el cubo para tirarle agua a sus desechos. Lucía fue a la candela, agarró el jarro con agua caliente que estaba hirviendo y se lo lanzó al hermano. El hombre se quedó el resto de la vida con la espalda marcada.

En el solar, también estaba Yolanda, una mulata gorda que caminaba con las piernas muy abiertas y era la viuda de un viejo proyeccionista de cine. Al tipo le llamaban cojo, como a todos los proyeccionistas cubanos, pero este era cojo de verdad.

Mayeya era como la dueña del pasillo, negra, bien negra, y siempre vestida como una groupie londinense de los sesenta: elegante, colorida, toda hermosa. Mayeya tenía un marido religioso al que llamaban el Nene. El Nene tenía una serpiente que cuidaba sus santos y que se movía libre por el solar. Cada vez que se escapaba escuchábamos un grito: «¡Nene, el majá!».

La serpiente era curiosa y le gustaba arrastrarse por el suelo, subir por el poste y colarse en casa ajena.

La religión no estaba permitida, pero a ellos les daba igual. Total,

la policía casi no entraba al solar y ya bastantes problemas tenían como para preocuparse por eso.

Una cosa curiosa, en el solar no se hablaba tanto de Fidel.

Un poco más atrás estaba mi amigo Jairo. A Jairo yo le «inicié» con una lata de refresco de Tu Kola, que era como la Coca-Cola, pero peor. Jairo era tan humilde que nunca en la vida había podido abrir una latica de refresco. No conocía el refresco gaseado. Era un «rara avis» en medio de tanta marginalidad porque se puso las pilas y estudió. Logró hacer su carrera de derecho y al parecer era un buen abogado. La vida es tan terrible, que el muchacho, que lo que más quería era alejarse de ese ambiente, de la prisión, de las broncas, de las borracheras y de la prostitución, acabó en la cárcel también.

Es como si el sistema judicial socialista le estuviese diciendo: por mucho que te alejes, siempre vas a caer en el fango. Jairo estudió derecho, empezó a ejercer y se metió en un grupo de abogados privados (en aquel entonces en Cuba estaba prohibido todo lo que fuera privado). Tenía un jefe blanco y de ojos azules que lo engañó. Cuando llegaron la policía y las auditorías, Jairo fue quien pagó los platos rotos. Estuvo un año preso por el simple hecho de ejercer su oficio.

Cada vez que mi abuelo y abuela Bebita llegaban a mi casa, parqueaban el auto y se dirigían a vernos, tenían que compartir espacio con los vecinos de menos recursos. Las diferencias eran asombrosas. Lo más curioso de todo era que parecían tenerle miedo a ese sector de la sociedad.

Supuestamente habían hecho la Revolución para los pobres y ahora tenían que estar bien lejos, sin verlos, sin tenerlos en el radar.

Del lado de allá del muro, un día hubo un incendio y salí corriendo para salvar a mis amiguitos. Amiguitos que cuando iban a comer a mi casa me miraban con mala cara, con desprecio. Supongo que pensarían muy comunista y todo, pero este blanquito tiene mejor comida que yo.

Un día me dieron un golpe y quise coger un cuchillo para matarlos. Mi madre no me dejó y salí huyendo de casa. Agarré mi mochila y me fui a donde un amigo cuyo padre era director de cine.

Del lado de allá del muro mis amiguitos sabían que la reja del fondo del patio de mi casa tenía un candado que no funcionaba. Lo abrían y entraban a robarse boberías. Se llevaban cinco pesos, cigarros, camisetas, así podían volver a robar a cada rato. Luego cerraban el candado y aquí no ha pasado nada.

Entraban para coger mierditas, hasta que un día les pudieron las ganas y se robaron unos patines lineales que me había traído mi abuelo. Algo pasó que no pudieron llevarse los patines y los dejaron envueltos en un nailon entre mi casa y el muro que nos separaba, en

un lugar donde supuestamente yo no los podía encontrar. Seguro estaban esperando a la noche, para moverlos.

En aquel entonces yo estaba obsesionado con los patines, y al llegar de la escuela y no verlos busqué y busqué, hasta que abrí una ventana del lateral de la casa y los encontré. Me los puse y patiné frente a ellos como para decirles, blanquito y bobo, pero a mí no me joden. Ese tipo de fricción podría parecer que no pasaba en Cuba, el país de con todos y para el bien de todos.

Hoy me arrepiento de haber patinado frente a ellos.

Hace unos años, después de pedirlo en mil reuniones, los vecinos de la ciudadela fueron escuchados. Sus casas eran de madera y se estaban viniendo abajo. Necesitaban una remodelación. ¿Y quién iba a hacer la remodelación? La misma Revolución que los había mantenido al margen. A todos los sacaron de ahí y los mandaron a vivir a donde pudieran, a casa de un amigo o de un familiar.

Los vecinos con mejores condiciones económicas no los ayudamos. No les preguntamos si necesitaban algo. No los recogimos. El socialismo era sólo para los libros de texto. Ellos se tuvieron que agenciar como pudieron. ¡Sálvese el que pueda!

Hasta el día de hoy, mis vecinos no han podido terminar de reparar sus casas.

En casa del vecino, el director de cine, no había que mentir. Delante de esos libros y revistas, podía ser yo mismo. Aunque la información política te bombardeaba por todas partes, había alguito, un oasis, que me iba a servir como arma de lucha contra todo. Contra mi familia y contra la peor versión de mí mismo, el cine.

Su hijo y yo jugábamos en un parque hermoso, que tenía una glorieta en el medio y un montón de árboles frondosos. Era como estar en un paraíso prestado rodeado de un mal latente, pero paraíso al fin.

En las tardes, la mamá de mi amiguito me llevaba para su casa y nos dejaba jugar a solas. Yo me alejaba de los juguetes y entraba a una biblioteca fecunda donde había muchos libros de Buñuel, Hitchcock, Truffaut, Lumet.

Los libros de cine tenían mucho texto. No lo leía, pero las laminitas me transportaban lejos, bien lejos. Una foto de Sofía Loren levantando los brazos y mostrando sus axilas peludas. La sonrisa de Marcelo Mastroianni. Los espejuelos caídos de Billy Wilder me salvaron. Me dijeron hay algo más.

Un día mi madre se me acercó circunspecta y me preguntó si yo de niño me abochornaba de ella. Me recordó cómo yo todo el tiempo estaba en casa del director de cine, hablando bien de su esposa, la mamá de mi amiguito, de lo rico que hacía el batido de chocolate, de cómo hacían los dulces de yemita. Cuando me preguntó esto, se me hizo un nudo en la garganta y en vez de darle una respuesta sincera

me trabé. En ese momento, como en una película de Ingmar Bergman, yo no pude sincerarme con mamá y decirle no seas boba, lo que pasa es que en esa casa hay algo nuevo que me apasiona. No. En ese instante me hice el ofendido y le dije que me parecía una locura que ella pensara así, que era hiriente para mí.

Hubiese sido más fácil decirle que la quería.



Toda la magia que había en la calle del cineasta, la presencia de los árboles y el viento y la sombra arropándome, se fue disolviendo.

Un día, yo andaba por esa zona de 21 y G en el Vedado, en donde entre el verdor de los árboles era fácil ver al escritor Eliseo Diego y a su hijo Lichi. Y venía contento.

Años atrás por esas mismas aceras pasearon Cabrera Infante, Alejo Carpentier o Dulce María Loynaz. La poesía y la inocencia todavía eran posibles. Había una magia.

Venía contento porque regresaba de casa de mi mentor, que me había regalado unas revistas donde unas actrices nórdicas reían en un lago. De repente, un ruido ensordecedor me sacó de la alegría. Por la avenida grande, entre el parque y los edificios, el pueblo «revolucionario» venía arrastrando y escupiendo a un disidente. Miles de hombres y mujeres contra un pobre hombre que estaba solo y que lo único que hacía era tratar de defender la moral de su esposa, una disidente a la que un agente de la seguridad le había faltado el respeto.

El «pueblo enardecido», que realmente eran cientos de militantes del partido y agentes de paisano, aplastaban y llevaban a rastras a un sólo hombre, a un periodista.

Esa imagen me caló profundo y por mucho tiempo la traté de borrar. Me culpaba por haberla visto, pero cuando uno ve algo ya es imposible borrarlo. No se puede no-ver.

Tanta violencia disfrazada de fiesta y de jarana me dio asco. Ver a mis vecinos reírse y acompañar a esa horda de cubanos me hacía alejarme. Yo no quería ser parte de ese entorno ni envejecer así de mal, siendo parte de una injusticia como si nada o tirándole huevos a uno que no pensara como yo.

Por varios días soñé con eso. Me daba pavor convertirme en uno de ellos, pero más miedo aún me daba que me hicieran eso a mí.

¿Dónde se estaba más a salvo? ¿Del lado del que tira el huevo? ¿Del lado del que recibe el huevazo?

Como si abriera una caja prohibida empecé a recordar situaciones

y momentos que tenían que ver con las personas que se oponían a Fidel.

Ya antes había escuchado a mi madre susurrando sobre un disidente del barrio al que le habían golpeado con un tubo, y en un viaje en el auto de mi tía había visto la fachada de una casa que estaba llena de chapapote y manchas negras con carteles ofensivos y amenazantes.

Sin embargo, en mi mente, esa zona estaba vedada. Los «gusanos», los que estaban en contra de la Revolución eran una sombra oscura sin rostro en la que no podía ni pensar, un gran tabú. De eso era mejor ni hablar ni preguntar.

Hablarlo te podía llevar incluso a convertirte en uno de ellos.

Tenía que censurarme. Editar. Borrar.

Un día mi tía me recogió en su carro y manejando hacia la parte más bonita de La Habana me soltó: «Vamos a ver si Gabo nos quiere recibir».

Yo tenía unos quince años y todavía no lo había leído, pero sabía que hablaba de García Márquez.

Era la primera vez que veía al premio Nobel. Si no recuerdo mal, la casa que Fidel le había dado era la casa número cinco de protocolo. ¿O era la seis?

En Cuba se le llamaba «casa de protocolo» a unas mansiones inmensas que fueron expropiadas a los que eran sus dueños en el gobierno anterior. Ahora Fidel las usaba para sus amigos extranjeros, personalidades de la cultura o políticos que venían de visita. «Casa de protocolo», «coche de protocolo», «cualquier cosa de protocolo» se refería a algo lujoso que servía para agasajar a alguien que iba a hacer algo bueno por la imagen de Cuba ante el mundo.

El coche de mi tía, que era periodista e iba a la caza de una entrevista, subió por la entradita de la mansión, que tenía una palma real. Mi tía tocó la puerta y a los dos segundos abrió el hombre, el Nobel. Con un traje deportivo gris, su pelo canoso, su bigote. Todo en él tenía una pátina gris clara. Yo no tenía idea de lo importante de su obra y sin embargo me quedé extasiado por la luz que emanaba ese ser humano. Te encantaba a los dos segundos.

Era un tipo que se movía con la confianza que da saberse la persona más importante del salón y era consciente de la atracción que ejercía en la gente. Campechano, lograba que sus palabras tuvieran un dejo musical y sonaran a algo fundamental para tu existencia.

Pasamos a la casa. Estaba desayunando con su mujer,

Mercedes, y con dos hombres que parecían agentes de la Seguridad del Estado. Había un ambiente tenso porque la noche anterior había estado ahí Fidel y se le había quedado la pistola.

La presencia del Nobel en La Habana se debía a la visita del papa

Juan Pablo II a la isla.

Gabo, mi tía, Mercedes y los dos policías de paisanos estaban sentados a la mesa. A mí me habían tirado a un lado, en una sillita, en una esquina, como un niño castigado.

Mi tía le dijo que venía a preguntarle su opinión sobre la histórica visita. Gabo enseguida contestó que no iba a conceder entrevista alguna. A cambio, y como para ponerle buena onda a la cosa, agarró mi silla y me sentó bien cerquita. «Aquí a mi lado estás mejor», dijo.

Cuando se acabó el desayuno y se fueron los policías, García Márquez y Mercedes nos invitaron a pasar a un cuarto muy blanco donde había un sofá y un televisor. Ahí nos pusimos a seguir la visita de Juan Pablo II en Cuba.

El papa venía, entre otras cosas, a hablar de los presos políticos y a tratar de restablecer las navidades en la isla.

Yo me hacía el que miraba a la pantalla, pero estaba hipnotizado por ese señor que se estaba quedando dormido a mi lado. Mercedes le daba con el codo para que no hiciera papelazos delante de nosotros. Él hizo un par de bromas y siguió dormitando.

Al rato nos acompañaron a la puerta y nos fuimos. Salí tan fascinado que me pasé días hablando de esa especie de Santa Claus sin barba que usaba unos mocasines grises como de arzobispo. Me había fijado en que los levaba sin medias.

El Gabo, durante todas sus visitas a la isla, fue regalando algunos de estos mocasines a varios amigos. Era curioso encontrarte a un ministro o algún personajillo de la Jet Set comunista caminando por las calles de La Habana con los zapatos del Nobel y tratando de imitar algunas de sus excentricidades.

A los pocos años volvimos a coincidir. Él impartía un taller de relato en la escuela de cine de San Antonio de Los Baños. Una amiga de mi tía me invitó para que fuera de oyente, no podía participar. Otra vez estaba alejado, en una sillita. Sólo podía observar, escuchar y callar.

A los dos segundos de sentarnos en el aula, el Nobel, con sus inmensos espejuelos de pasta negra, nos miró y preguntó: «¿Quién tiene una buena historia?».

Levanté la mano enseguida, ignorando las advertencias. La asistente que me había invitado me clavó la mirada. Me paré como si fuera la oportunidad de mi vida y empecé a contar una historia larguísima, una película sobre un padre y un hijo que compartían la misma novia.

A los dos segundos perdí la atención de Gabo. Al parecer yo no paraba de mover los dedos para indicar que todo era «entre comillas». Por ejemplo, yo decía que un personaje era «malo», y hacía el gesto con las manos.

El Nobel me detuvo: «Ni una manito más».

En todo el taller no me recuperé de eso.

Poco después de que acabara, mi tía invitó a almorzar a Gabo y a Mercedes. Yo los esperé abajo para ayudarlos a subir. Llegaron en un auto negro de protocolo. Los saludé y los acompañé en el pequeño elevador. El Nobel no parecía reconocerme, a pesar de que nos habíamos estado viendo los últimos días.

En esa comida le escuché decir: «Yo he dicho en todas partes que estoy en contra de la pena de muerte, pero si no tomaban esta medida, los americanos estarían ya metidos aquí. Pero así de rápido». Y chasqueó los dedos.

Todos en mi familia lo aplaudieron y me mandaron al auto a buscar una botella de vino que se les había quedado.

No sé si me habían mandado lejos para hablar más tranquilos de política, quizá de algo que un joven no debía escuchar. Lo que sí sé ahora es que los tres jóvenes fusilados a los que se refería eran: Lorenzo Enrique Copello Castillo, Bárbaro

Leodán Sevilla García y Jorge Luis Martínez Issac. Tres jóvenes cubanos que el Estado había matado el 11 de abril del 2003 por haber secuestrado una lancha. Tres jóvenes que lo único que querían era una vida mejor, que no tenían los privilegios que yo mismo tenía, que se movían por una ciudad bien diferente a la ciudad en la que se movía el Nobel. Tres muchachos que querían irse a vivir a Estados Unidos. Nada más.

La propia madre de Lorenzo Enrique Copello luego contó que no le dejaron ver el cadáver del hijo. La madre de un fusilado, sin derecho a despedirse.

No sé si el Nobel se sabía el nombre de los fusilados. No sé si después, por la noche, le era fácil poner la cabeza en la almohada.

Tiempo después lo volví a ver. García Márquez había venido a la isla para estar en el Festival de Cine de La Habana. Estaba molesto porque Fidel no lo había recibido. Su amigo estaba ocupado y no lo había llamado. A la salida del evento me lo volvieron a presentar y él no acababa de recordar quién yo era.

En un momento le dijo a mi madre: «Tú déjalo que se equivoque cuantas veces sea necesario».

Al segundo se viró para mí y pinchándome con el dedo me susurró al oído: «Tú no te equivoques nunca».



Siempre me llamó la atención la manera que tenían los hombres

cubanos de demostrar su hombría. Fidel daba grandes pasos con sus botas negras, tenía un uniforme verde (de un verde que era sólo para él) y un cinto zambrán grueso en donde a veces llevaba el arma. Le ponía la mano al hombro a las «compañeras» y les hablaba con persuasión.

En el documental Un viaje con Fidel de CNN, el director, Jon Alpert, que fue el primer periodista estadounidense que pudo viajar en el avión presidencial con el Comandante, nos muestra a un Fidel todo sudado, flirteando con su mujer y con otra chica del equipo de filmación. Las imágenes son grotescas, pero así y todo, cuando miras las caras de los hombres que forman parte de la escolta del presidente cubano, lo que se ve es admiración, aprobación. Fidel era un salvaje. Un bárbaro. El caballo.

Mi padre era un mulato bonito que había nacido en Luyanó, un barrio obrero de La Habana. Cuando tenía unos veinte años abrió sus horizontes estudiando, trabajando y enamorando por Playa y el Vedado, que eran barrios de mejor posición económica.

Estaba casado con una mujer, tenía dos hijos y una casita a unos pasos de la casa de sus padres. Empezó con mi madre una relación extramatrimonial. Eran amantes y se veían a escondidas. A lo largo de mi vida siempre estuvo ausente.

Era de un barrio donde había que ser duro para salir adelante. Hombre-hombre tenía que tener su pañuelo de tela en caso de que la novia tomando helado se embarrara. Hombre- hombre sabía silbar. Hombre-hombre no se dejaba tocar las nalgas. Hombre-hombre no lloraba. Hombre-hombre abría la puerta del coche cuando una chica iba a entrar y tendía la mano en caso de que la dama fuera a bajar del bus.

Mi padre era un mujeriego con aspecto de dandy que andaba siempre con la camisa metida por dentro del pantalón y llevaba en el cinto, por fuera, su móvil celular. Cuando ya no logró consumar el amor por culpa del alcohol, el sinnúmero de amantes que tenía lo abandonó. Entonces se tuvo que inventar otra pasión. Medio perdido, le dio por diseñar cuadros y carteles sobre el comandante en jefe, el macho mayor.

Una amiga me dijo: «Chico, qué curioso, los cubanos son bien homófobos y sin embargo se han dejado coger el culo por Fidel. Todos. En cuatro. Sin derecho a réplica».

El cantante Bola de Nieve, homosexual, negro, siempre defendió la Revolución. Era curioso porque era lo opuesto a lo que Fidel le exigía al pueblo para lograr el «hombre nuevo». Pero El Bola estaba con el sistema y se escudaba diciendo: «A mí me encanta la Revolución porque es muy macha».

El comandante Ramiro Valdés la tenía cogida con él y estaba loco

por acabar con su carrera. Con paso cuidadoso e inteligencia, el Bola se salvó, logró evitar la cárcel y los campos de concentración para homosexuales.

Muchos otros no tuvieron su suerte.

Siendo un niño tuve una gran confusión cuando un vecino, machista, revolucionario, apareció sin camisa en el pasillo diciendo que en la bodega había tenido que empujar a un pato que lo estaba mirando. En Cuba se le dice pato a los gays, cómo mismo se les dice cherna o pájaro. Yo era tan inocente que me imaginé a un pato blanco con pico y patas amarillas mirando al susodicho. ¿Qué problema había en que un pato te mirara? ¿Qué hacía un pato en la bodega?

Una vez, ya con veintitantos años, encontré en casa de mi vecino, el director de cine, un libro que tocaba por arribita el tema de los campos de concentración que había en la isla para los homosexuales. Luego descubrí a Reinaldo Arenas y me puse a investigar acerca de otros artistas, amigos de esa misma generación, que tuvieron que salir huyendo para no seguir presos.

La mayor sorpresa la tuve viendo un documental sobre el escritor disidente Armando Valladares. Valladares había estado preso por «problemas ideológicos» y en una reunión de las Naciones Unidas estaba contando el calvario que había vivido en la isla. Para mi asombro, la delegación cubana que estaba encargada de defender la Revolución y de mandarlo a callar estaba formada por un primo y mi abuelastra Bebita.

Ver esos dos rostros conocidos, que tenían la mejor de las vidas, en las gradas, actuando y desprestigiando a un hombre que había sufrido la prisión, me dio una vergüenza tremenda.

En cada almuerzo dominical, mientras mi abuela Bebita y mi abuelo explicaban las exquisiteces culinarias que nos habían preparado, seguramente a la misma hora, en otro lugar, estaban golpeando o encarcelando a algún cubano por el simple hecho de ser diferente.

Desde el chalet de mi abuelo no se podía vislumbrar eso, no te enterabas. Tampoco te contaban esos momentos, los vergonzosos, donde más se embarraron en pos de defender la Revolución.

A mi padre le encantaba una foto de Fidel hablando por celular, apoyado en la parte delantera de uno de sus coches negros. El Comandante ya estaba mayor, pero en la foto se estaba haciendo el pepillo, el jovencito con swing. Mi padre agarró la foto y le hizo una corrección de color y un marco precioso (según él). Un militar le prometió que iba a tratar de hacer una muestra con todas esas imágenes en el parqueo de los autos del jefe.

Una exposición en donde empezaba la «Vía expedita», allí, cerca de «Punto Cero», en el lugar de donde salía la caravana de coches del

Comandante rumbo a cualquier misión. Estar en el parqueo personal de Fidel, imaginarse que fuera a ver su curaduría de fotos, le hacía una ilusión tremenda a papá.

Ese mismo retrato, el de Fidel con el celular apoyado en el coche, lo tenía colgado en su casa uno de los vecinos más abusadores, machistas y violentos que he conocido. El hombre era un calvo fuerte que trabajaba en turismo y tenía fama de ser un chivato, o sea, andaba delatando a cualquiera para ganarse favores de los militares y así tener asegurado su trabajo en el Hotel Capri.

El custodio hacía chistes homófobos, le pegaba a los vecinos y se metía con las mujeres que pasaban por fuera del edificio con una violencia tremenda.

El tipo me odió desde el día en que me desperté más temprano que nunca y salí de casa, porque lo descubrí entrando a su hogar con un travesti.

El travesti que lo acompañaba tenía un ojo de vidrio. Que lo viera así, sin sus máscaras, fue grave.

Al final, mi padre falleció antes de tiempo y no logró ver la exposición terminada.

La hermana de mi padre era una mulata bonita a la que le gustaba tirar fotos en los centros nocturnos y antros de la mala vida en La Habana de los sesenta. En aquel entonces la ciudad todavía era una fiesta y el Comandante no había mandado a parar.

Mi tía Oneyda se ponía su boina, su blusa sin mangas de pelitos de gamuza, su saya, y con su cámara a cuestas cogía calle en busca de buenas fotos.

Luyanó era un lugar pobre, alejado de las cosas lindas del Vedado y Miramar, de la vida nocturna y de la movida. Pero Luyanó antes de la Revolución también era la cuna y la casa de miles de negros y mulatos trabajadores que vestían bien, iban a sociedades de baile y tenían con su salario la posibilidad de acceder a una vida.

Mi abuelo por parte de padre, Román, era un negro fino, trabajador, muy parecido al cantante Barbarito Díez, que llegó a ser dueño de un edificio. Masón, hombre recto (signifique lo que signifique eso) se enamoró de mi abuela Rita, una muchacha más clara de piel y profesora de inglés.

Cuando mi abuela Rita, muchos años después, cayó en la demencia, uno llegaba y se ponía a hablar en inglés. No reconocía ni a los hijos ni a los nietos, pero aun así se acordaba de su oficio. Uno le decía: «Good Morning» y ella te seguía la rima por varios minutos, «Good morning, my dear… ¿How are you?».

Abuelo Román y abuela Rita eran de la vieja escuela, y no podían ni llegar a imaginarse que tenían una hija lesbiana.

Hasta bien entrada mi juventud no me di cuenta de que tía Oneyda

y tía Mariela eran pareja.

Vivian juntas, pero eran «las tías» y de eso no se hablaba. En casa de «las tías» se vivía la solidaridad verdadera. Recogían un montón de perros y gatos, ayudaban a los vecinos y siempre había una decena de «sobrinos». Para todo el mundo había techo y plato de comida. Siempre.

La fotógrafa de piel canela llegaba a los lugares y ya la conocían, la dejaban pasar. Le tiró fotos a grandes artistas y faranduleros de la época.

Cuando conoció a una jovencísima mulata de ojos claros, la tía Mariela, cayó enamorada a sus pies. En ese momento los revolucionarios se estaban llevando a los homosexuales y había que mantener las apariencias.

Tía Oneyda y Tía Mariela tuvieron que buscar una manera de estar juntas sin que esto las metiera en problemas. El hermano de Tía Mariela también era gay y tenía su pareja. Entonces, para evitar la alarma familiar, la vigilancia del barrio o el reproche de los centros de trabajo, se inventaron la mentira perfecta.

Mi tía Oneyda se casó con el hermano de su novia, formando así una pareja heterosexual y permitida a los ojos de la policía, y la tía Mariela se casó con la pareja de su hermano. Así, los cuatro, podían vivir bajo el mismo techo sin que nadie sospechara. Eran dos hermanos compartiendo apartamento con sus «parejas». Estaban a salvo.

Cuando venía de visita algún familiar o compañero de trabajo, las parejas cambiaban de habitación, se maquillaba un poco todo y se instauraba la «falsa normalidad». Se volvía a la mentira.

En la Revolución hubo dos asaltantes al cuartel Moncada, momento clave de la trayectoria de Fidel, que eran mujeres: Haydee Santamaría, que acabó suicidándose, y Melba

Hernández, que tenía fama de ser lesbiana.

Un día mi abuelo, el embajador, me llevó a conocer a Melba. Era una mujer risueña, bajita, que siempre estaba rodeada de gente que la quería. Todos sabían que había disparado un arma, que era una dura, pero parecía una simple abuelita. No mostraba ni un ápice de dureza.

En la televisión, cada año, mostraban como un grupo de pioneros iban a su casa a picarle un pastel de merengue acompañados por las autoridades de la ciudad.

Cuando murió Melba, mi tía Oneyda la sufrió. Mi tía Oneyda no la conocía, no era parte de la Jet Set comunista pero, así y todo, le dolió. Aunque había tenido que mentir tanto para salvar su pellejo, defendía a los guerrilleros que controlaban el país.



En el barrio nos enterábamos de todos los chismes y las cosas que pasaban. Todo se comentaba como si no hubiera vida privada. La privacidad estaba en completa oposición a la Revolución. Una persona discreta podía esconder secretos que pusieran en jaque al sistema. ¡Atentados! ¡Diversionismo ideológico! ¡Vaya usted a saber! Había que vigilar y meterse hasta el fondo en la intimidad de la gente. ¡La salud de la Revolución está en juego!

Una vecina, mulata, hermosa, peluquera, estaba casada con un hombre que era un poco gris pero que todavía no había caído en la depresión. En el pent-house del mismo edificio vivía un militar que había puesto el ojo en la peluquera, en la mujer del vecino. Al parecer se vieron un par de veces y aquello explotó y se enteró todo el mundo. El hombre gris cayó en el alcohol y ya no pudo levantar más la mirada del piso. No tenía el valor de enfrentarse al vecino que estaba armado y que sabiéndose impune se paseaba como si nada con la frente en alto.

Los vigilantes cederistas de la cuadra disfrutaban del mal ajeno, cuchicheaban burlones, como si ellos, magnates de la doble moral, no tuvieran problemas parecidos puertas adentro, en sus hogares.

Los homosexuales tenían que ser más cuidadosos que nunca. En secreto ocurrían los encuentros, y los vecinos, espías al servicio de los que tenían el poder, siempre estaban a la caza. Destruir vidas era el entretenimiento. Entregar a alguien, difamar a uno, asesinar la reputación de otro, eran ofrendas que los más machos le entregaban a Fidel como diciendo: «Jefe, estoy a sus pies». «Jefe, soy un alumno aventajado».



En el garaje del edificio vivía un chico abiertamente gay llamado Ernesto, como Ernesto Che Guevara. En el último piso de un edificio de enfrente vivía Raúl, un muchacho joven y alcoholizado que había tratado de probar suerte en España y regresó con el rabo entre las piernas porque no pudo encontrar el mecanismo para salir adelante en un país capitalista.

Raulito se pasaba toda la vida asomado al balcón. Antes, su abuela había iniciado ese hobby y entre los vecinos empezaron a llamar a la anciana el mirador de Guanabo. El mirador de Guanabo, como su nombre indica, era un mirador desde donde se podía ver toda la playa

de Guanabo.

Pues cuando murió el mirador de Guanabo, Raulito, que era alérgico a trabajar, heredó el hobby de la abuela y se pasaba todo el día asomado viendo lo que ocurría en la calle. Aquello no le gustaba a la gente del solar, que andaba en bisnes ilegales y no quería que nadie estuviera al tanto de todo lo que pasaba en el barrio.

Entonces Raulito, en su aburrimiento, se fijó en Ernesto yendo y viniendo. Empezó a detallar sus caderas, se fijó en su ternura al hablar con los vecinos y, a veces, sólo a veces, Ernesto levantaba la vista y miraba a Raulito.

Una noche, Raulito se pasó de tragos y bajó de su torre. Los vecinos lo vieron ir en la oscuridad hasta la puerta de Ernesto y tocar. Raulito tocó dos veces y Ernesto abrió.

Muchas noches estos dos hombres compartieron sus soledades. Entre tragos, música de mal de amores y cariños se crearon su propio oasis.

Hasta que un día, uno de los malvados del barrio empezó a correr la voz de que Raulito era gay y entonces las cosas se complicaron. Raulito, acomplejado, empezó a tratar de demostrarle a todo el mundo que él era más macho que nadie.

Ernesto lo esperaba y al pasar miraba hacia arriba y Raulito lo evitaba. Ernesto se entristeció y dejó de ser tan buena onda con la gente del barrio. El chisme les amargó el romance.

Dos días antes de morir, alguien escuchó a Raulito borracho tocándole la puerta a su amante. Ernesto no le abrió, al parecer por miedo. Raulito estaba muy tomado y quería demostrarles a todos que él no tenía nada que ver con el «pájaro feo ese». Gritaba y gritaba ofensas.

Ernesto no le respondió.

A las cuarenta y ocho horas Raulito murió. Su corazón se paró. ¿Murió de amor? Nadie sabe. Al barrio le daba igual. Los chismosos siguieron como si nada, incluso se alegraban de su muerte. ¡Total si ni trabajaba ni nada!

Ernesto quedó solo en el barrio y comenzó a tener sus encuentros lejos de la cuadra, donde el odio de todos nosotros no pudiera alcanzarle.

A los cinco o seis años empecé a descubrir, a interesarme en el sexo. Con las niñas del barrio jugábamos a los «médicos» y nos escondíamos en las escaleras para tocarnos y besarnos. Recuerdo bajarle con tosquedad la blusa a una chica y ver sus grandes senos (eso me llenó de culpa más tarde). No olvido la cara que pusieron los hombres al ver a la chica, se echaron a reír y no dejaron de mirarla a pesar de que era menor de edad. Recuerdo también juguetear con una mulatica hermosa que, mientras nos besábamos, soltaba unos mocos

verdes que me empaparon el labio y parte de la boca.

Un día, un vecino comunista, fidelista, cerrado y anticuado al extremo, se asomó a su balcón y me vio en un pasillo tocándome con otro niño. ¡Dos niños varones! ¡Eso no se podía permitir! El hombre, que días antes, en una reunión de los Comités de Defensa de la Revolución, había propuesto que el gobierno revolucionario redujera la boquilla de los tubos de pasta de dientes para así ahorrarle dentífrico al país, me agarró por el brazo y me delató a mi madre.

Mi madre cargó conmigo para el psicólogo. Me pusieron unas muñecas de juguete delante para ver si yo estaba bien «definido» o había que elevar mi caso a un psiquiatra. Yo enseguida busqué un carrito de metal para jugar. Había pasado la prueba de mi identidad y condición sexual. Era normal.

Sin embargo, en secreto, seguía jugando y toqueteándome con los varones del barrio. Parece que entre mis amiguitos se corrió la bola y poco a poco me fueron buscando más y más niñitos. Era como la «cantimplora» del barrio.

Cuando veía al vecino que me había descubierto me llenaba de vergüenza y bajaba la vista, hasta un día, en que el hombre parqueó su automóvil soviético delante del pasillo de mi casa y yo, en un ataque de nervios, le entré a golpes al auto. Esa era mi venganza.

Esa noche, mi madre, sin dejarme espacio para una explicación, me agarró del brazo y me hizo subir hasta la casa y pedirle perdón al viejo desgraciado ese.

Después de eso hubo un giro dentro de mí. Algo no me encajaba bien. No sabía lo que era, pero en el fondo sentía que mi madre me había fallado. Me sentí traicionado.

¿Por qué teníamos que mentir delante de abuelo? ¿Por qué había que pedirle perdón a un viejo degenerado? ¿Por qué cortarnos pedazos, trozos y entregárselos así a los tiburones?

A los pocos meses me empecé a toquetear con un niño que tenía un padre troglodita que lo trataba como si fuera un perro de pelea. El padre silbaba y él tenía que salir corriendo. El padre le enseñaba a golpear a los demás niños. El padre andaba con un peine en el bolsillo porque macho-macho tenía que estar bien peinado y afeitado. Eso de pelo largo y greñas era para los flojitos.

Un día el padre nos encontró juntos y armó un gran revuelo. Sin embargo, la vergüenza de que su hijo estuviera en eso hizo que se lo callara para sí. Era un macho bien macho, pero le temía al chisme y al qué dirán. Pronto se mudaron de ahí, no sé si para evitarme.

Ante la mirada de mi madre, algunas de sus amigas me corregían: «La mano así no. Ponla dura. La cadera para adentro. No te pares así. La voz ponla más grave. Estás flojito». Mi propia madre, creyéndose chistosa, decía: «El niño cuando viene de casa del papá viene

caminando como un hombrecito».

Para sobrevivir, tenía que mostrar una careta, tenía que ponerme duro. Me tuve que parar «como los hombres» y recoger mis manos para no mostrar ninguna debilidad.

La máscara, mi acompañante. La mentira, mi mejor aliada.

Hay un discurso de Fidel Castro, creo que en la escalinata de la Universidad de La Habana, donde se refiere despectivamente a los jóvenes, a los muchachos con actitudes elvisprelianas. Hablaba de los que andaban en la onda, con swing, con los discos LP de música extranjera bajo el brazo, pero también estaba atacando a los homosexuales, a los artistas, a los que no trabajaban para el Estado.

Fidel recalcó que esos fenómenos no se podían permitir porque manchaban la imagen de la Revolución.

¡La orden de combate está dada!

Mientras crecía me iba enterando de todas las barbaries que llevó adelante la política del país con respecto a los homosexuales. Supe mucho más de la UMAP, Unidades Militares de Ayuda a la Producción, que no eran más que campos de concentración para corregir a los seres humanos que no encajaban en el molde de macho revolucionario.

En la UMAP estuvieron varios artistas que luego se convirtieron en mis amigos. Una cosa a destacar: nunca me quisieron contar lo que habían pasado allí. Las cosas malas había que borrarlas para avanzar.

Muchas de estas personas que estuvieron encerradas, cuando salieron, no pudieron o no quisieron abandonar el país. Con esa herida en la piel tuvieron que seguir viviendo. Sin victimizarse, pero rodeados de los mismos que trataron de eliminarlos. Quizá la victoria estaba en eso, en seguir allí. No los pudieron eliminar. Vencieron.

Conocí a hombres y mujeres que fueron expulsados de sus centros de trabajo, maltratados por el simple hecho de ser gays. Supe de los que tuvieron que huir a escondidas, de los encarcelados, y de los que no pudieron con la persecución y acabaron quitándose la vida.

A veces me pregunto si el susto que pasé teniendo que enfrentarme a mi madre, al psicólogo y a algunos vecinos del barrio me obligó a vivir como si estuviera actuando todo el tiempo.

Algo me decía que no podía ser yo mismo, ni en mi casa, ni en la casa del abuelo.

Cuando no estoy bien y los pensamientos oscuros se apoderan de mí, empiezo a ahondar y buscar los momentos en que me aferré a la máscara y actué de una manera diferente a quien realmente era yo. ¿Sería un mecanismo de supervivencia? No se me olvida aquello que decía mi profesora de biología: «Sólo los animalitos que se adaptan y fluyen sobreviven».

Hay muchas cosas que yo también he borrado de mi mente.

Recrearlas me trae dolor. Ciertos rostros de mi madre, posiciones que tomó en momentos en los que la necesité y ella se fue por otro camino. Borré también muchas cosas, actitudes homófobas que yo mismo tomé y que ahora jamás defendería.

Existen varios textos sobre la supuesta homosexualidad de Raúl Castro, el hermano menor del Comandante. Uno de sus guardaespaldas asegura haber escuchado a Fidel diciendo que su hermano Raúl era muy indiscreto con sus gustos hacia los hombres y que por eso él tenía que encaminarlo. Fidel castigaba a su hermano pequeño, lo castigaba con su silencio, con meses sin recibirlo en el despacho o sin responderle al teléfono.

Hasta hace poco en internet había un video de Raúl cayéndole atrás a una cadete para tratar de tocarle las nalgas. Actuaba como el gran macho buscando complicidad varonil. Muchos de sus cercanos dicen que es familiar, mujeriego, pero la fama de gay nunca se la han quitado. Quizá si hubiera salido del clóset algo hubiera sido diferente, quizá no. ¿Quién sabe?

Un homosexual en el clóset reprimiendo a los homosexuales.

Algunos homosexuales que estaban cerca del gobierno, tuvieron que hacerle caso a Fidel para sobrevivir. El estudioso de cine Alfredo Guevara, amigo del Comandante, tuvo que mantener su vida privada bien escondida. Nunca tuvo pareja conocida, quizá el miedo no lo dejaba ni siquiera tener encuentros amorosos.

Alfredo Guevara teniendo las cámaras y el poder para guardar testimonio y filmar a grandes artistas y escritores de la isla como José Lezama Lima o Virgilio Piñera, no se dignó a mantener un recuerdo vivo de esas personas. Quizá porque eran muy geniales y lo diferente y lo que resaltaba había que borrarlo o simplemente porque eran homosexuales. Sin embargo, de los militares, de los escritores más machos sí había miles y miles de pies de negativos fílmicos.

Fidel, como un dios, como un padre severo, lo mismo separaba parejas que mandaba a casar a sus súbditos. Daba igual el amor, el deseo individual, la imagen de la Revolución era lo primero. ¡Tienes una amante!, pues eso no puede ser. ¡Había una heroína sola!, pues había que buscarle pareja. Fidel, el gran casamentero, tenía que estar en todo. Nada escapaba a su mirada de halcón.

A los veinte años me enamoré de un muchacho. Un joven huérfano que andaba por la cinemateca, de allá para acá con un pelo hermoso, una altura, un swing que no tenía más nadie. Bromeando le decía El lebrel afgano.

Yo agarré un colchón y me mudé a casa de mi tía abuela Mercedes, que ya había fallecido. Vivía como un rey en un sexto piso, en una casa que antes era del tío Sinobas, el obstetra que había ayudado a dar a luz a la mujer de Fidel. La casa estaba llena de fotos de los hijos de

Fidel. Niños rubiancos, bonitos, de pesca, en un muelle, con un tiburón al lado. Fotos en planos cerrados pero que delataban el lujo. Fotos que cuando murió Fidel hubo que entregárselas todas a Dalia Soto del Valle, su viuda.

Con el muchacho me pasaba el día entero. Estábamos casi viviendo juntos. Nos cocinábamos, íbamos al cine y pasábamos los apagones.

Dormíamos en la misma cama, a pesar de que nunca hicimos el amor. No sé si por miedo o qué.

Fueron unos meses bien bonitos, hasta que mi tía, mi prima y mi madre se cerraron en cuadro apretado y, después de armarme una guerra, me sacaron de la casa.

Mi madre, llorando, me dijo: «¡Es que sé que no eres homosexual y me preocupa qué pensarán los vecinos!».

Cuando mi tía trató de tocar el tema, recuerdo la rabia que me invadió. Ella no tenía la fuerza moral ni el ejemplo ni nada para meterse en mi vida. A gritos la enfrenté y tuve que cuidarme de una rabia que me podía llevar a tener un segundo ataque, como aquel que tuve con el vecino.

Mi madre podía necesitar cierta guía de su hermana o de su padre, pero yo era diferente. A mí no me iban a pasar por arriba.

A los pocos días, dejé de ver al muchacho y nuestra amistad se acabó.



En la Cuba de Fidel, si tú eras una persona creyente, lo mejor era llevar esa fe muy adentro. A puerta cerrada.

Desde los inicios del triunfo revolucionario, el Comandante celó mucho a las iglesias de la isla porque tenían vínculos con la burguesía y el poder anterior. Se cerraron capillas y se expulsó a curas con la excusa de que estaban «conspirando» contra el nuevo proceso revolucionario, y por ende contra el pueblo.

Un grupo de sacerdotes, con el apoyo de las familias, se llevaron a catorce mil menores rumbo a Estados Unidos. Temían que el nuevo régimen triunfante les fuera a quitar la patria potestad a los padres. En las calles se decía que iban a convertir a los niños en carne picada para vender a la población, un mito que surgía por la cercanía que había con la Unión Soviética. ¡Los rusos están haciendo las latas de carne rusa con carne picada de niños cubanos!

A ese capítulo de la historia se le llamó la Operación Peter Pan.

Muchos de estos menores más nunca pudieron reencontrarse con sus padres.

Después de este episodio, la Revolución tuvo el pretexto perfecto para ser más intolerante con las iglesias y las creencias de los cubanos.

Los cubanos, que tenían sus misterios heredados de los negros africanos, tuvieron que callar y empezar a hacer sus ceremonias bien clandestinas. Tambores mudos sonaban bajito para no despertar a los de vigilancia del CDR del barrio. Los collares y las vestimentas de santo se tuvieron que camuflar para no ser descubiertos por los ojos de la intolerancia que dominaba en la calle.

Los idé o manillas de cuentas del dios Orula se tuvieron que cubrir de oro para aparentar otra cosa. Como si fueran una simple joya y no una pulsera religiosa.

Marxismo-Leninismo, materialismo dialéctico y realismo socialista estaban a la orden del día. Como una canción extranjera era considerada diversionismo ideológico, un canto religioso africano escuchado en el barrio era algo muy mal visto. Lo peor. Cosas de antes, de gente «atrasada». Ahora, con la Revolución, no había que hacer ese tipo de rarezas. ¿Para qué? Si la Revolución nos brindaría la felicidad extrema y eterna.

No hacía falta un dios, teníamos a Fidel.

Era común ver en cualquier esquina o en las raíces de ciertos árboles, paquetes y «trabajos» de limpieza para buscar el apoyo de los dioses negros. Enseguida la salud pública recogía esas cosas y ponían carteles: PROHIBIDA LA BRUJERÍA. Poco a poco las marcas, las señales de la religiosidad cubana, fueron desapareciendo.

La calle era de los revolucionarios, era sólo para ellos. Creyentes y devotos andaban enmascarados, nadie podía saber dónde tenían sus rosarios, collares o crucifijos escondidos. Había que aparentar. La maldita circunstancia de la máscara por todas partes.

Mi abuela Centa era lo opuesto en todo a mi abuelo. No era comunista, no leía, apenas tenía un tercer grado escolar en sus estudios, y para colmo de males era bruja.

Tiraba las cartas, ponía vasos de agua para los espíritus y echaba humo de tabaco para espantar las malas vibras. Blanca, bajita, con un anillo de piedra verde en la mano y mucha colonia, Centa tenía un corazón muy fuerte.

Todo en su vida era el mundo mágico, el mundo real se lo dejó a los otros. Eso fue lo que la salvó.

De niño la veía preparar su mesa en el cuarto del fondo, poniendo un mantel blanco, colocando sus barajas y a la espera de alguna clienta. Yo le llevaba una copa con agua para que, desde el borde de la mesa, ayudara con la claridad de su mente y facilitara la comunicación con el más allá.

Cuando mi abuela empezaba a atender a alguien, a leerle su futuro, la habitación se llenaba de una luz blanca que lo invadía todo.

En ese momento no había ni Fidel ni abuelo ni Cuba ni ocho cuartos. Todo era eso, la fe.

Un día le dije: «Abuela, échame las cartas, que quiero saber que va a pasar con mi vida». Centa me dijo: «No te las puedo echar porque ya sé todo de ti». Tenía que seguir, como el resto de los humanos, con la incertidumbre de lo que me depararía el futuro.

Las pruebas fehacientes de que mi abuela era una bruja con mucho don, potencia y claridad fueron varias.

Mi madre la vio un día «bajar» el muerto de un espíritu indio que la acompañaba y presenció cómo levantó, con los dos brazos sobre sus hombros, a un negro fuerte e inmenso de dos metros y le empezó a dar vueltas como si fuera un delicado aro de hula hoops. El espíritu del indio se había apropiado de su cuerpo y se puso a hacer lo que le dio la gana. Físicamente esa mujer no podía cargar a un hombre así, pero en el mundo de los muertos y los fantasmas cualquier cosa podía pasar.

Mamá también la vio poner la mano en la candela y no quemarse. Desde un pensamiento materialista y marxista la había retado y mi abuela para demostrarle lo fuerte que era su don, la agarró de la mano y la arrastró a la cocina: «Mira», le dijo mientras las llamas envolvían su brazo. El rostro de abuela ni se inmutó.

Mi madre me contaba que, siendo niña, aun viviendo en la mansión con piscina que les había dejado abuelo, fue testigo del inmenso susto que se llevó el esposo de una amiga de mi abuela. La señora sospechaba que el hombre le había sido infiel y entonces preparó una encerrona. Abuela los invitó a pasar la noche y luego de la cena se sentaron alrededor de la OUIJA. El infiel, asustado, pidió permiso y se fue a la cama. Abuela y su amiga hicieron varias preguntas y de repente un grito las asustó. En la habitación, un fantasma había jalado el pie del infiel. El hombre salió corriendo dando alaridos y mi abuela se quedó orgullosa y le dijo a su amiga que el tipo ya había tenido su merecido y que más nunca la iba a engañar.

No dejo de pensar en unas fotos que vi de los años 50, antes del triunfo de Fidel, de mi abuela con abrigos de piel, tacones y bolsos caros en los clubes nocturnos. ¿Cómo esa mujer vestida de señorona de Rockefeller podía reunir en su casa a una decena de seguidoras para hacer sus rituales de brujería?

La bruja elegante.

¿Cómo abuelo, siendo tan pragmático, pudo aguantar todo eso? ¿Lo tendría hechizado?¿Habían llamado a mi abuelo para regañarlo?

A veces me imagino al ideólogo del partido comunista, en su oficina, invitando a mi abuelo a sentarse y diciéndole: «Embajador, tiene que hablar con su ex mujer porque está haciendo brujería. La

Revolución no puede permitirse ese tipo de creencias y supersticiones heredadas de tiempos pasados».

Mientras el viejo libraba sus luchas en las reuniones de Naciones Unidas y era portavoz de los deseos y conspiraciones de Fidel, su ex mujer libraba sus batallas en la casa, puertas adentro, con pociones mágicas y conjuros africanos.

No sé si abuelo la confrontó o si alguna vez le dijo que no hiciera esas cosas. No sé si cuando eran pareja Centa se escondía, lo que sí sé es que el matrimonio de ellos no llegó a buen puerto. Sin embargo, abuela fue rebelde y santera hasta el último día de su vida.

Los muertos pudieron más que los comunistas.



Mi abuela Centa venía de una provincia muy pobre llamada Pinar del Río y, según mi mamá, cuando llegó a la capital dormía con sus nueve hermanos sobre cartones que ponían en el suelo de tierra en una choza cerca del cementerio chino.

Abuela nunca conoció a su padre. Mi mamá a veces me decía que la madre de mi abuela, mi bisabuela, era una prostituta y su padre un hombre cualquiera que pasó y siguió como si nada.

Mi abuela Centa quería mucho a su hermano y a sus hermanas. Una de ellas era hidrocefálica y tenía que tener una válvula en la cabeza para drenar el exceso de líquido. La otra se había casado con un hombre importante del gobierno anterior y tenían una propiedad llamada La finca del ahorcado. Todos eran anticastristas.

Pero el preferido de mi abuela era su hermano Andrés.

Mi tío abuelo Andrés era un homosexual que estuvo toda su vida en el clóset y al que le drenaba un ojo que tenía tuerto. Andaba siempre con un pañuelo para limpiarse el lagrimal.

Andrés pasaba sus noches en el Cabaret Las Vegas ayudando a las Divas y cuidando a las que cantaban. Siempre de traje. De día, en los Comités de Defensa de la Revolución, los vecinos no tenían idea de a qué se dedicaba. Lo seguían y lo miraban, a la caza de algún gesto, una mano floja, una postura extraña.

El simple hecho de vestirse de traje en un país donde todo el mundo estaba vestido de miliciano, fusil al hombro, listo para la tarea que mandara la Revolución, ya lo hacía un sospechoso. Pero por alguna extraña razón, pudo evitar algunos de los radares de los censores.

Cuando la cosa se puso peor para los homosexuales, Andrés salió huyendo para Miami, y sin poder ver más nunca a su hermana, murió

al darle una dirección a un taxista, que recorrió media ciudad antes de darse cuenta de que llevaba un muerto atrás. Me lo imagino sentado en el asiento trasero del taxi así, con la cabeza pegada a la ventanilla, con el fondo de un país que no era su país, una tierra que no era su tierra. Sin poder despedirse de los suyos.

¿Mi abuela habrá sido advertida? ¿Mi abuelo le prohibió escribirle?

No lo sé. De eso tampoco se hablaba.

Así pasó con cientos, miles de familias que se dejaron de escribir. Si lo hacías, a los que se quedaban en Cuba los evaluaban a nivel de escuela, centro de trabajo o partido. Y eran castigados. ¡Con el enemigo no se confraterniza! Si un amigo, familiar o vecino se iba del país había que olvidarlo, bloquearlo, cortarlo.

Fidel había logrado lo que más quería: separar a la familia cubana.

En la isla nunca les fue bien a los gays, pero tras el triunfo revolucionario la cacería era feroz. El comandante Ramiro Valdés, amigo de mi abuelo, y Raúl Castro viajaron a los países socialistas, para aprender, para averiguar cómo solucionar el problema y limpiar las calles de ese mal.

En uno de esos viajes, en China, uno de los oficiales le dijo a la delegación cubana: «Aquí no tenemos problemas con los homosexuales». Y les señaló un río que corría cerca. A los homosexuales los habían fusilado y lanzado a la corriente. Ya no quedaba ninguno.

Muchos años después, Ramiro le regaló a mi abuelo un revólver que no estaba declarado. Cuando enfermó, mi abuelo andaba con el arma de arriba para abajo, pero gracias a Dios no encontró la fuerza para volarse los sesos.

Fanático de Hemingway, abuelo me llevaba a Cojimar, al Floridita, a la casa del viejo Gregorio que inspiró al escritor. Me hizo todo el tour de El viejo y el mar. Los dos amaban el mar. Los dos pescaban. Se parecían físicamente, pero bueno, no eran iguales. ¿Uno era más macho que el otro por haberse disparado?

Para mi abuelo el embajador, la familia de mi abuela Centa era una fauna rara que era mejor ni mencionar: homosexuales, brujas e hidrocefálicas con familiares en el gobierno anterior. A lo largo de todos los domingos que pude pasar con abuelo, nunca lo escuché mencionar el nombre de mi abuela Centa, no hablaba de ella ni de cómo se habían conocido ni nada de nada.

Mi abuela Centa sin embargo no paraba de hablar de él. Carlos, decía con cariño.

Carlos, así, a secas.

A pesar de nunca haber conocido al tío Andrés, su nombre me sirvió de inspiración para el personaje de la película que hice, la

película que iba a ser censurada en la isla por los gobernantes y me iba a conducir hacía un lugar de no retorno. Mi amor por el cine me ayudó a romper la coraza, hablar y ser libre. La pantalla era el lugar donde podía ser yo. Lo que no me permitía hacer en la realidad, lo hacía en la ficción.

Imaginarme la infancia de mi abuela, su primera juventud, me inspiraba una película tipo coming of age. ¿En qué momento se dio cuenta de que tenía un don? ¿Cómo acabó aprendiendo a leer las cartas? ¿Tenía una maestra? ¿Una maestra santera negra?

Viniendo de una familia de blancos pobres, en medio de la provincia más miserable de la isla, seguro que en alguna de sus escapadas o mientras la madre hacía la calle, abuela se iba a casa de algunos negros a aprender. Negros que la alimentaban en cuerpo y alma.

Hace unos pocos años, filmando, llegué a un antiguo central azucarero donde los negros y las clases más desfavorecidas vivían en un barracón, como sus antepasados que habían sido esclavizados.

Para algunos el tiempo no pasaba. Todo era un círculo sin fin.

Para algunos la Revolución no había triunfado.

Seguro que abuela se escapaba e iba a un barracón como ese a aprender de magia. Al no tener nada material, la magia negra era lo único que le iba a servir para salir de la miseria.

¿Qué tenían en común mi abuelo y mi abuela? Nada.

No sé bien cómo se conocieron. Sólo sé que mi abuelo le cambió la vida y la estuvo manteniendo mucho tiempo después del divorcio.

Hasta los últimos momentos, en su lecho de muerte, mi abuela juraba y estaba segurísima de que mi abuelo Carlos iba a terminar a su lado. Por supuesto que esto no pasó, abuelo estaba con abuela Bebita que era mucho menor, y que, para colmo de males, cuando necesitaba saber algo, iba a consultarse con mi abuela Centa, para que le hiciera algún «trabajo» a puertas cerradas. Todo esto pasaba a espaldas del embajador.

¿Qué tenía en común la santera con el diplomático? Nada. Se gustaban, así de simple.

Mi abuelo la sacó de la pobreza y trató de insertarla en su círculo, cosa que nunca llegó a lograr. Tenían casi todo en contra para que saliera bien, pero bueno, salió bien un ratico.

La muerte de una niña que nació sin vida fue la gota que llenó la copa y la tragedia que los acabó de separar.

Mi abuela tenía una luz especial, su espíritu me sigue y cuando tengo algún problema le pongo un vaso o una copa de agua en alto para que me ayude. Sus creencias y su manera de ser la alejaron de su hija mayor, mi tía. Era como el elefante blanco que está en el medio del salón y nadie quiere ver o hablar de él. ¡Una bruja en la Cuba de

Fidel!

Cada vez estoy más convencido de que su manera de ser y su saber le hubieran venido mucho mejor al país, en vez del raciocinio enfermizo y la corrupción violenta de los gobernantes y amigos de abuelo.

Yo vi como mi abuela le dijo a un desconocido que pasaba por la calle: «¿Por qué no dejas a tu mujer si tú eres maricón?». El desconocido se molestó y mi abuela enseguida le dijo: «En la unidad militar donde tú trabajas hay un muchacho de ojos claros que te gusta, háblale, que eres correspondido, él también está para ti». El desconocido iba de civil y, así y todo, mi abuela se había dado cuenta de que era un militar.

A los pocos meses los dos enamorados llegaron a nuestra puerta y mi abuela siguió con su profecía: «Pronto se van para Miami». Los dos se rieron incrédulos, en aquel entonces los militares no tenían permitido salir del país. A los pocos meses los dos se fueron a vivir a Miami y desde allá llamaban a mi abuela para «consultarse» por teléfono. Era común pasar por al lado del teléfono y escucharla: «En tu trabajo hay una pelirroja así y así que no te quiere».

La luz de Centa era tan fuerte que los tipos le pusieron dos veces la VISA para que fuera a verlos a Miami. La embajada de Estados Unidos nunca le aprobó el viaje. Mujer mayor, ex de un comunista y sin trabajo fijo, era un problema.



En un país, una islita, perdida en la nada, donde los únicos canales de televisión que había y la prensa escrita pertenecía a una sola persona, a un solo partido, a un solo discurso. Tener una fe, un hobby, o simplemente una imaginación profunda, te podía hacer enemigo del Estado. El que tuviera un desarrollo espiritual íntimo debía cuidarlo mucho. Era un lujo.

La fe, el cine, la lectura eran maneras de escapar y sobrevivir a tanto ahogo.

La misma función que cumplían las luces del más allá en mi abuela, la cumplía el cine en mí. Cuando empezaban los créditos de inicio de cualquier película mi mente se desconectaba de la realidad circundante y yo podía volar. Era libre.

Tanto artistas como religiosos estaban marcados por la misma maldición. Para sentirse realizados tenían que estar en una especie de clóset donde nadie los viera, donde nadie los pudiera poner en peligro.

Hubo tantos libros prohibidos y películas censuradas, que se

pasaban con cuidado de mano en mano como si se estuviera traficando cocaína. Tantos remedios y curas de santería que se tuvieron que hacer con miedo, en la oscuridad, como si se tratara de un asesinato o un crimen de lesa humanidad.

Pensando en mi abuela y en las cosas que tuvo que hacer para mantener sus creencias en la clandestinidad, sin ser molestada por el nuevo régimen, me doy cuenta de la cantidad de cosas y vidas que han tenido que estar a la sombra en Cuba para poder existir.

Tanto el cine como la fe ayudaban a vivir.

Para los pioneros cubanos era indispensable ser fanático de los animados de Elpidio Valdés, en donde un mambí cubano se burlaba de los colonizadores españoles. El discurso político de Fidel era tan fuerte y caló tan hondo, que la gente en la calle decía medio en broma que el creador de Elpidio en una de las secuelas había hecho a los españoles buenos para que todos pudieran luchar contra el mal mayor, los imperialistas del norte.

De la noche a la mañana el Comandante estaba cambiando los dibujos animados de los pequeños.

Fidel decía que no había culto a la personalidad en Cuba, sin embargo, en los libros de texto, en los matutinos políticos al llegar por la mañana a la escuela y en la programación infantil sólo se hablaba de él. A veces, sólo a veces, hablaban del Che o de Camilo, que ya estaban muertos y que, por supuesto, no le iban a hacer sombra al máximo líder.

Cuando fui creciendo, mi tía se consiguió una antena parabólica ilegal, y como buenos privilegiados que éramos, pudimos ver los canales de televisión y las películas que transmitían en Estados Unidos.

Las multas que ponían al que tuviera este tipo de antenas eran muy altas, pero a mi tía le daba igual, ella era amiga del presidente. ¿Quién le iba a poner una multa?

En las cenas y fiestas que tenían lugar en el pent-house no se paraba de hablar bien de la Revolución, de los medios de comunicación socialistas. Se hacían brindis por el medio oficialista Cubadebate, pero en el cuartico, a escondidas, lo que se hacía de verdad era ver los canales de afuera.

CNN, HBO y MTV todo el tiempo. Los privilegios no eran sólo a nivel de información, el médico personal de mi abuelo a cada rato lo mandaba a jugar golf, como si estuviéramos en un país capitalista y fuera millonario.

La casa de mi tía estaba llena de fotos privadas y raras de Fidel. Fidel sin camisa, nadando, riendo. Esas fotos tenían que compartir espacio con imágenes capitalistas de revistas de moda francesas como Elle o Paris Match. Todo era una mescolanza digna de la imaginación

de un loco.

Cuando se subía por la escalera, antes de llegar a la habitación de mi prima, había un clóset donde entre muchas otras cosas se guardaban un par de máscaras antigás y el estuche donde en un momento hubo un arma. El olor a cuero, a militar era muy fuerte.

La familia máscara. Para afuera decían una cosa, y puertas adentro hacían otra. Mira que mi madre se llenaba la boca diciéndome: «Para decir mentira y comer pescado hay que tener mucho cuidado». Esa frase, viniendo de uno de los nuestros, era una gran locura. ¡Nosotros éramos expertos en la mentira!

Mira que mentí y tuve que tragar en seco, levantando mi copa y brindando por comunistas, censores y asesinos, sabiendo por dentro que eran los culpables de que el país estuviera destruido.

Por más de treinta años estuve en miles de esas reuniones en la sala de mi tía. Desde que yo era un chico hasta que después fui un censurado más, nunca me rebelé delante de ellos. Como si no pasara nada por mi mente, como si no sufriera «Cuba», levantaba la copa y brindaba con los censores y esbirros, como un robot o un lobotomizado más.

Brindé a los diez años, a los veinte, a los treinta y a los treintaicinco. Ellos eran cómplices y yo era un cómplice más.

Las películas que pasaban en los canales «enemigos» calaron hondo en mi primera juventud. Iba hasta casa de mi tía caminando, me emocionaba y a la vuelta volvía a ponerme mi escafandra de adolescente duro.

En casa de mi tía tenía que apoyar al gobierno y en la calle, ante los muchachos del barrio, tenía que aparentar dureza.

Cuando fui creciendo descubrí la cinemateca y me enamoré de La rodilla de Clara, de la Trilogía del silencio de Bergman, de Muerte en Venecia, de El sur y de Besos robados.

Esa pantalla rodeada de oscuridad, a media tarde, con una sala casi vacía llena de desamparados y marginales era un paraíso donde no iba a entrar ninguno de los malos del gobierno. Sólo me podía salvar el cine.



Mamá adoraba a su madre. La vieja había hecho todo por ella, la había traído al mundo, la había criado, cuidado y acompañado en la salud y en la enfermedad, sin embargo, mamá lo que buscaba era la aprobación de su papá.

Ya la de mi abuela la tenía, entonces su mayor búsqueda tenía que

ser llamar la atención de «Papi».

Mi madre me había contado que en un momento de su vida sentía que todo el mundo estaba tratando de borrarla de la faz de la tierra. Entonces, aferrada a esta vida, se dio a la misión de no dejarse borrar.

Como una fuerza de la naturaleza, mamá decidió que ni los ataques de epilepsia ni la medicación ni el desdén de su padre ni el maltrato de su hermana la iban a detener.

Su misión era conseguir un trabajo y ser la primera de la familia en tener un título universitario y el carné del partido comunista. Enferma y con todo en contra ella iba a lograrlo. ¡Hacer sentir orgulloso a su padre! ¡Salir adelante como una gran revolucionaria!

A los 18 mamá no aguantó más y dejó atrás la casa, la piscina y todas las comodidades para irse en busca de su futuro. Irse de casa era un peligro, era una muchacha enferma que tomaba pastillas y tantas ansias de triunfo le podían empeorar la salud. Sus metas eran altas: estudiar de noche y trabajar de día (siendo epiléptica). Entonces, para protegerla, abuela se fue tras ella.

Abuela tenía muchas comodidades en la mansión con piscina, donde podía recibir a sus clientas y hacer sus brujerías sin llamar la atención de los cederistas vigilantes del barrio, pero así y todo llamó al ministerio y pidió un cambio de casa. Necesitaba una casa en el Vedado, donde estaría más cerca de la escuela y el trabajo de su hija. Así podía estar cerca de «la niña». La Revolución le quitó la casa con piscina y jardín y la mandaron al apartamento interior donde yo nací.

Mi madre estaba orgullosa de sí misma escapando en busca de su realización personal, pero sobretodo en busca de libertad. En su viaje de realización tenía un problema, no podía dejar a su madre atrás. Se vestía para ir a una fiesta y mi abuela se paraba en el medio de la puerta y no la dejaba salir. «¡Tú eres una mujer enferma!», le decía mientras le impedía el paso.

Mi madre empezaba a visitar una casa que a mi abuela no le gustaba y la bruja entonces le decía: «No vayas más a esa casa que se te están pegando unas energías oscuras». Y así le iba metiendo miedo a todo.

Mi madre metía en la casa a un amigo, a estudiar o a ver televisión y mi abuela no se iba de adelante como una vieja chaperona de los años 50. Y si por alguna casualidad mi madre quería intimidad y cerraba la puerta de la habitación, mi abuela le tocaba y le tocaba gritando: «¡Oye, acuérdate de que tú eres una mujer enferma! ¿Quién es ese hombre que está adentro contigo?».

Todo parecía estar en su contra, todo conspiraba para que mamá no pudiera ser ella misma, para que no fuera feliz.

La Revolución era el primer obstáculo para el desarrollo individual. En el momento en que querías desarrollar tu

trabajo o especialidad, en ese mismo momento, las altas esferas del país te mandaban al campo a cortar caña, sembrar café o recoger papas. Tu deseo no le importaba a nadie. No eras la prioridad.

El país se detenía por algún capricho de Fidel y todo el mundo, sin excepción, tenía que dejar sus sueños y sus tareas para irse a la gran tarea de la Revolución. Era castrante, y lo peor de todo es que hoy sabemos que hacían esas cosas para mantener entretenido al pueblo.

Fidel no tenía idea alguna de economía y cada vez que alguien se le enfrentaba para decirle que era una locura que parara todas las producciones para centrarse en sólo producir café, el Comandante mandaba al atrevido de castigo bien lejos.

Cuando la mandaban a cortar marabú o a sembrar eucalipto, mamá realmente se sentía orgullosa de ayudar al país y poder decirle a abuelo que ella también hacía revolución.

Centa no podía en un entorno así ejercer y disfrutar sus creencias en paz.

Mi abuela tenía que tener a sus santos y sus cosas de brujas en un clóset del fondo, a escondidas, alejados de los ojos de los que llegaran. Mi madre se lo tenía prohibido: «En esta casa vive una mujer trabajadora con carné del partido comunista».

Si llegaba una inspección a la casa y veían esas creencias atrasadas, mamá podía estar en problemas.

El clóset de mi abuela olía a vino tinto y a madera. En él había un Indio Americano, una Virgen de la Caridad del Cobre, un Negro Esclavo, una Muñeca, un Cristo, varias copas de agua, velas consumidas, platos con miel, jícaras con alcoholes y trapos de colores.

A cada rato yo abría el clóset tan sólo para olerlo. La puerta sonaba y mi abuela me gritaba: «¡Sal de ahí!».

Para joder a mamá, abuela sacaba a los santos y los ponía en la sala de la casa para que todos los vieran. Mi mamá no se relajaba: «¡Imagínate que llegara alguien de la empresa y viera que la hija del embajador tenía a una madre brujera!».

Un día mi mamá le dijo: «Escoge, o los santos o yo». Y mi abuela le dijo: «¡Los santos!». Mi mamá, que no quería que se enteraran en su trabajo de que su madre era una santera, agarró sus cosas y se fue a vivir a casa de una amiga. Allí estuvo seis meses, pero volvió. Mamá siempre volvía. Mamá y abuela eran uña y carne. No podían estar mucho tiempo alejadas. No podían separarse.

Esos seis meses los santos estuvieron en la mesa de la sala, a la vista de todos. La casa se convirtió, por primera vez, en un territorio libre.



Hace años tuve una novia muy sincera, que se sorprendió mucho de mi entorno familiar. Me gustaba mucho, pero yo tenía varias cosas en contra. Su padre sabía quién era mi familia y en el pasado, por algo que no recuerdo bien, mi tía lo había tratado mal.

El suegro me decía: «En un momento en el que nadie en Cuba tenía qué comer, en casa de tu abuelo tenían un lío tremendo con el ingrediente ese llamado Eneldo. ¡Qué bobería! ¡Tu familia vivía en una nube! ¡Qué manera de ser comemierdas!».

Yo me reía nervioso y tenía que darle la razón.

Más allá de que en casa de abuelo no se paraba de hablar mal de los presidentes de Estados Unidos, la decoración, el vestuario, la comida y todo, parecía señalar lo contrario. El fanatismo hacia lo que viniese de los países desarrollados era absoluto.

A los pocos días de salir con la chica, la invité a una fiesta familiar y la muchacha no paraba de susurrarme cosas al oído y de mirar con los ojos saltones a todo el mundo. Generales, periodistas, familiares del gran jefe, borrachos, conversaban, bailaban y bromeaban entre tragos caros y platos finos de comidas que no se encontraban en Cuba. El mejor whisky, platos de jamones españoles, aceitunas griegas, langostinos, quesos finos.

La chica miraba a todos lados asombrada: ¿Estos son los revolucionarios cubanos?

Mi tía se sentaba en el butacón con las piernas cruzadas, en short, con una camiseta que le dejaba los brazos sueltos, y un vaso de vodka en la mano.

Se podía tomar una botella ella sola y ver caer borrachos a sus pies a los machos más machos. Nadie aguantaba el alcohol en sangre que ella aguantaba. Ni el coronel Ramos, ni el ministro González.

Es verdad que mi tía comía bien. Comía mucho y bueno. Entonces esa mezcla de comida buena y bebida cara, la hacía parecer estar en formol. Se mantenía blanca y con la piel estirada, como los fetos esos que meten en pomos de cristal en las universidades de medicina.

En el fondo, el ambiente musical siempre era el disco de Pablo Milanés cantando boleros en Tropicana. Ese disco se quemó en esa casa. Se oía, se oía y se volvía a oír.

La voz de Pablo se elevaba por las paredes y al fondo se veía el mar del malecón habanero, bucólico. Como en una especie de El año pasado en Marienbad,la situación parecía sacada de un ensueño. En la calle estaba la gente pasando trabajo y sufriendo el calor, mientras que en el pent-house todo se veía desde arriba, lejano, y parecía La

Habana una mejor ciudad.

Mi tía era simpática, cínica, enseguida que daba dos tragos se empezaba a burlar de cualquiera y de repente, de la nada, empezaba a hablar bien de la Revolución, a repetir consignas y hechos que había escuchado de mi abuelo que habían ocurrido treinta años atrás. Por su manera, su tono y su forma de enlazar las ideas, era imposible creerle.

Decía dos cosas en inglés, metía una consigna comunista y enseguida empezaba a hablar de la fortuna de un capitalista italiano. Tres minutos con ella y te convertías en un «gusano», dejabas de apoyar la Revolución enseguida. ¿Estos borrachos eran el hombre nuevo? Imposible.

Cuando empecé a tener citas me aprovechaba de la situación económica de mi familia y buscaba la manera de llevarlas a ver las casas y los lujos. No me interesaba tanto que conocieran a mi madre o a mi abuela Centa. Repitiendo el comportamiento de mi tía y de mi abuelo, lo que hacía era pegarme a los que más lujos tenían. Me encantaba hacerle un tour a la novia de turno por las fotos de mi familia con Fidel, con el Papa, con el otro Papa, con García Márquez.

Para mi sorpresa, la novia que tenía en ese momento rechazó enseguida todo aquello y más nunca me dejó invitarla a nada. La muchacha me fue abriendo los ojos, el país cayéndose y los que tienen que dar el ejemplo «gozando la papeleta». Eso no puede ser.

De todas las personas que vio ese día en casa de mi tía, lo que más le impresionó a mi noviecita fue ver a F.E., un general retirado que tenía un historial violento.

Mi novia me preguntó: «¿Ese es F.E.?». Y yo, orgulloso, le dije que sí. Mi chica me dijo: «Ese hombre es un asesino». Y a partir de ese momento le llamó «el asesino».

F.E. era un tipo duro. Alto. Fuerte. Con unos ojos azules de halcón que cuando te miraban te helaban la sangre. F.E. había sido enviado a Nicaragua a ayudar a la revolución sandinista. F.E. había estado en la Sierra Maestra y había matado a mucha gente. F.E. amaba a Fidel más que nadie. F.E. te daba la mano con dureza y hacía suspirar a mi mamá y a mi tía, que cuando no lo tenían delante no paraban de hablar de él. ¡Qué bueno está F.E.!, decían.

Cuando se habló de que mi abuelo tenía otro hijo por ahí perdido, F.E. fue quien se ocupó de desmentir eso, o quizá fue el que se ocupó de callarle la boca al advenedizo.

«El asesino» andaba por la ciudad en un nuevo auto soviético Lada color verde que tenía una antena de radio inmensa atrás, en caso de que lo llamaran del Estado Mayor.

Un día me dio un aventón en su coche y pude ver lo lujosa que era su pistola, pistola que tenía siempre a la mano en el asiento de al lado del conductor. Tenía el mango lleno de pequeñas rayitas, como si

fuera la piel de un tigre.

El asesino frecuentaba un bar cerca de mi casa, donde yo lo había visto y él no me había reconocido (o se había hecho el que no me había reconocido). Allí llevaba a escondidas a una mujer joven, negra, pobre, que por la manera en que lo miraba era obvio que lo detestaba.

Por un tiempo lo dejé de ver, ya yo ni siquiera salía con aquella muchacha, y un día, de la nada, se apareció en mi casa para amenazarme. Me dijo: «Ojalá te sigamos conociendo como el muchacho bueno, el nieto de Lechuga, y no como un vil gusano».

Toda esta intervención venía porque yo acababa de dirigir uno de mis primeros cortometrajes, una pieza pequeña, de humor, donde me burlaba de que en la isla no había mucho pollo. Una tontería. Por esa tontería, ya me merecía un llamado de atención.

Aquello me sorprendió y me asustó. El asesino había llegado a la casa a tomar café con la excusa de que estaba haciendo una cola en las oficinas del carné de identidad que estaban cerca. Mi madre y yo, casi obligados, autocensurados como siempre, nos sentamos en el sofá a atenderlo y a hablar como si fuéramos unos robots. Como cuando llegaba abuelo o abuela Bebita. Estábamos pasando «el examen».

Sus ojos de halcón miraban a mi madre con frialdad. En ese momento el tipo se sabía el macho alfa del salón.

Cuba era una selva. Una selva donde el más duro, el más macho, el que más mataba, era el que sobrevivía. La inocencia, la honradez, eran características que te hundían. Había que alejarse de todos los hombres de mirada de halcón.

Siempre he estado asustado, sin saber bien por qué.

Por años mi mayor temor era hacer algo que ofendiera a abuelo, a tía o a mamá. Cuando crecí me fui dando cuenta de que lo que más nos podía separar era que yo hiciera una película o un libro que llevara a un desenmascaramiento. Lo peor que podía hacer era contar la verdad.

Mientras mi abuelo vivió yo no pude profundizar en mi carrera de guionista y director de cine. Lo respetaba tanto, que su presencia era como un inmenso jarrón fantasma que cargaba sobre mis hombros.

Yo empezaba a escribir algo y tenía que ser de género, un thriller o algo de terror, ya que era la única manera de enmascarar lo que quería contar. La realidad era tan dura que si me ponía a hacer un cine realista como Ladrones de bicicletas o Umberto D. iba a acabar mostrando una parte de la vida que podía ofender a abuelo.

Hasta que abuelo murió ni siquiera lo pensé o me lo propuse. Con su muerte, vino una especie de liberación y sólo ahí fue que pude empezar a permitirme a mí mismo ser sincero con mi arte y con lo que me rodeaba.

Algo parecido podía pasarles a los cubanos con la muerte de Fidel.

Cuando murió el Caballo la gente le fue perdiendo el respeto a los que mandaban y el miedo fue arrinconándose y yéndose a otro lugar.

Estando estudiando cine en la escuela de Cuba, una profesora argentina se me acercó y me dijo: «Mira a tu alrededor, están pasando cosas muy fuertes en tu país y tú estás escribiendo una historia policiaca que podría ocurrir en Italia. ¿No te interesa escribir otra cosa?».

Esa pregunta me caló adentro y me sentí juzgado. ¿Mi privilegio no me dejaba ver más allá?

Cuando me permití mirar, ser un poco más, empecé a escribir situaciones y escenas más vivas. Aunque todo el tiempo sentía que estaba traicionando a los míos.

Mientras más pasaba el tiempo, los libros y las películas me acercaban a historias olvidadas, censuradas o que querían ser enterradas por los líderes de la isla.

Poco a poco, en vez de pensar en Fidel Alejandro Castro Ruz, me vi investigando sobre los marginados por el sistema.

Fidel Alejandro Castro Ruz

Fidel Alejandro

Fidel

Esa voz fue desapareciendo y empecé a dejar que otros nombres entraran en mi cabeza.

Había algunos textos que no aparecían porque el gobierno se había encargado de borrarlos, pero cuando daba con las historias al margen y los testimonios de estos otros cubanos, sentía más conexión con ellos que con mi propia familia.

Me repetía mucho eso: familia es quien uno escoge.

Mi madre, para irme en contra, me decía: «La familia es la que te toca y uno no la escoge».



Cuando abuelo tenía cuarenta años, su papá lo citó en una cafetería de la calle San Lázaro. Era ese tipo de espacio de grandes cristales, sofás de cuero rojo y milkshakes que aparecían en las películas del viejo Hollywood. La Revolución no había triunfado todavía. En aquel entonces Cuba era muy «americanita», como diría mi tía abuela Mercedes, tan fanática de todo lo que viniera del norte.

Abuelo y su hermana Mercedes eran inseparables y desde pequeños aparecían juntos en todas las fotografías de la época. Tía Mercedes era más oscura de piel y fue solterona hasta los cuarenta años. Entonces se

casó con el obstetra de la mujer de Castro.

Abuelo y mi tía Mercedes eran los dos únicos hermanos, o por lo menos creían eso, hasta ese día. Abuelo llegó a la cafetería y ya en aquel entonces era un tipo conocido, alto, que tenía un programa de televisión. Saludó zalamero a las camareras y entró.

Al fondo, vio el rostro de su padre, sudado, que tenía al frente a una mujer a la que sólo se le veía el pelo y la nuca. No entendía lo que pasaba. Llegó, saludó y se sentó antes de que mi bisabuelo hiciera la confesión/presentación: «Mira, hijo esta es tu hermana Xiomara, tiene tu misma edad y quiero que se conozcan».

El bisabuelo estaba enfermo y quería dejar todo amarrado antes de su muerte.

Abuelo se quedó con la boca abierta, le estaban presentando a una hermana nueva que tenía su misma edad. Le estaban desvelando el secreto mejor guardado.

Cuenta mi madre, que el día que murió su abuela, mi bisabuela, vio en la funeraria el fantasma del bisabuelo que estaba ahí para llevarse y acompañar en el más allá a la mujer con la que había pasado toda su vida. Ese cuento me encantaba de niño.

Sentado en esa cafetería el bisabuelo todavía no estaba muerto, pero estaba pálido como si lo estuviera, por el temor a que mi abuelo, reaccionara mal ante la noticia de la hermana escondida.

El bisabuelo estaba blanco como papel a la espera de la respuesta de mi abuelo. Abuelo trató de salir del asombro al ver a Xiomara, una mujer de ojos saltones y una sonrisa inmensa que mostraba dos dientes bien separados. Tenía su misma edad. No quiso hablar mucho de eso y su padre se lo agradeció. Empezó sin más a interrogar a la nueva hermana sobre cosas insignificantes.

Xiomara vivía cerca. No tenía marido. Su casa, que estaba en altos, servía como casa de acogida para muchachitas jóvenes del campo que llegaban a La Habana, a la capital, en busca de un mejor futuro. Xiomara no tenía hijas y entonces ayudaba a estas chicas que no tenían nada y que a veces hacían la calle para sobrevivir. Sólo tenía una regla: cuando llegaba su amante, un hombre casado que nunca se quiso formalizar con ella, todas esas niñas tenían que salir corriendo y dejarla a solas. Xiomara se ponía a cocinarle, le quitaba la camisa, le traía las pantuflas, y por un ratico jugaba a ser la esposa fiel.

Las fiestas de navidad y fin de año, los cumpleaños, y cualquier día que ella quería celebrar algo, no le quedaba más remedio que pasarlo con la «familia» de muchachas que había creado. Ni su padre ni su amante le habían dado un lugar en la mesa. Ella sola se había tenido que crear su espacio, formar su propia familia.

Tía Xiomara se reía y el salón se llenaba de alegría. Era una mujer que parecía estar alegre siempre, con cierta soltura en la ropa y

desparpajo.

Cuando triunfó la Revolución, a los pocos meses de conocerse, mi tía abuela Xiomara y abuelo se volverían a alejar un poco. Como una extra o figurante de una película a la que no le habían dado voto, tenía que ver de lejos como abuelo era uno de los coprotagonistas al lado de la estrella del momento, Fidel.

Un día, cuando empecé a hacer mis prácticas de estudiante de cine en un rodaje, una mujer que se encargaba del casting me trató muy mal. Yo estaba sentado en una silla para almorzar y ella me dijo que la silla era de ella. Cuando me levanté alguien la inquirió: «Oye, ¿por qué tratas tan mal a Lechuga?». En ese momento su actitud cambió por completo: «¿Cómo que Lechuga? ¿Eres algo del embajador?». Cuando le conté, medio asustado, que era el nieto, la mujer me llenó de besos y abrazos.

Ella era una de esas «hijas» de Xiomara. De pequeña había venido a La Habana a lucharse el pan y mi tía abuela la había acogido.

Cuento esto porque pienso que abuelo vivió cuarenta años sin saber que tenía una hermana. Desconocía el tema, su padre lo había engañado. De alguna manera vivió en la mentira durante 40 años.

Tenía una foto en su casa, sonriendo, con una pierna levantada, como un gran conquistador, encaramado en las gradas de los héroes de la Plaza de la Revolución. A su lado estaban varios comandantes famosos. Todos parecían estar un poco borrachos. No le gustaba mostrar esa foto. Había algo en ella que no le gustaba.

¿Abuelo sabía que toda la Revolución era una gran mafia?

¿Y si vivir en la mentira era el sino, el karma de nuestra familia?

¿Y si vivir en la mentira era el destino de todo el país?



Abuelo nunca se había enfermado. Se vanagloriaba de que hasta los 90 años no había tenido que ir ni una sola vez al dentista. Era un viejo duro, de esos que a los 60 parecen que tienen 40, y a los 80 parece que tienen 60.

Con más de 90 años le descubrieron un cáncer y por supuesto que lo iban a tratar en el mejor hospital del país. En el CIMEQ atendían a los militares, a los embajadores, a las personas que pertenecían a las altas esferas del gobierno.

El hospital quedaba escondido, al final de Miramar, subiendo un poco más allá de la Quinta Avenida. Parecía una estación de inteligencia militar, quizá por su estructura y los árboles misteriosos que lo rodeaban.

A unos pasos de su habitación tenían a Vilma Espín, la mujer de Raúl Castro. Una mujer que, como Fidel no había querido mostrar a su esposa ni a su familia, había tomado el papel de «primera dama».

Al parecer Vilma había perdido la cabeza y estaba en el hospital, todo el tiempo jugando con muñecas, como si fuera una niña pequeña. Cada vez que visitaba a abuelo, en algún momento del día, pasaba una enfermera y nos encerraba. Decía:

«No pueden salir de la habitación».

En ese momento paseaban a Vilma por el centro para que cogiera aire y disfrutara del verdor de los jardines. El hospital entero era sólo para ella.

Cuando uno caminaba por esos pasillos era muy común ver a mucha gente vestida de verde. Muchos militares. El pasillo principal era una pasarela por donde pasaban viejos guerrilleros que se saludaban con la felicidad de verse ahí, más allá de estar enfermos o atendiéndose alguna cosita, estaban ahí, en el mejor hospital, eran parte todavía de la Jet Set militar. No estaban en un hospitalito perdido de Centro Habana.

Mucha gente tenía miedo de estar lejos del sol, de la fuente de poder y calor que era Fidel, y para no perder eso eran capaces de lo que fuera: defender, matar, chivatear, apresar, con tal de hacer feliz al jefe y recibir a cambio algún favor.

Si desilusionabas a Fidel no ibas a estar en el CIMEQ, te iban a mandar a un hospital pobre y miserable con el resto de la población.

Abuelo no estaba acostumbrado a no valerse por sí mismo. El ingreso y el miedo a la muerte le hizo pensar mucho en su pasado. En un momento le dijo a mi madre que deberían encerrarlo en un centro para ancianos, a fin de cuentas, él había hecho lo mismo con su madre. La había dejado en un asilo y se había ido de viaje.

Mi madre le agarraba la mano y dándole besitos en la cabeza le decía que eso no iba a pasar, que no fuera bobo. Al fin, después de muchos años, mi madre tenía a su papá para ella y podía darle todo el amor que él no se había dejado dar antes, estando sano.

Mamá tenía a su papá para ella.

Cuando mi abuela Centa enfermó, pasó más o menos lo mismo con la hermana mayor de mamá.

Mi abuela Centa poco a poco empezó a hacer cosas raras y nosotros en la casa no sabíamos qué pasaba. Estaba despertando un Alzheimer. Discutía conmigo para comerse más papas fritas que yo en la mesa, se quedaba trabada con el andador en cualquier esquina de la casa, veía en el televisor a Fidel y decía: «Aquí está de nuevo este muchacho».

Abuela no reconocía a nadie. Había perdido la cabeza. Se fue encogiendo, se fue poniendo más viejita y acabó siendo un hueso con

poca piel sobre una cama.

Estuvo mucho tiempo enferma, en cama, antes de fallecer. Cuando murió, sufrí mucho, pero al mismo tiempo había una sensación de alivio. Iba a descansar, y mi mamá también.

Desde el primer momento en que supimos que estaba enferma hasta su deceso mamá no se apartó de ella ni por un segundo. Todo el tiempo estaba mimando y entregándole amor a su madre.

Abuela se tenía que ir para que mamá pudiera reponerse. Con su marcha todo en la casa cambió. Por primera vez mi madre iba a tener una habitación sólo para ella en veinte años.

Cuando mi abuela ya no comía ni tomaba agua, a punto de morir, algo no la dejaba irse. Necesitaba una despedida y mi tía no la había ido a ver en meses.

Un día llegó a la casa de improviso y le dijo a mi madre: «Qué raro, estaba en mi casa y cogí el carro, me moví para acá cuando quería ir para otro lado». Vivía a diez cuadras y así y todo no había ido a ver cómo estaba su madre en meses. Mi mamá era la que se ocupaba de todo: de darle de comer, cargarla para bañar, buscar la enfermera, limpiarle las heridas. Y le dijo a mi tía: «Es que tienes que despedirte. Has venido porque Dios te ha traído».

Mi tía entró. Mi mamá la obligó a decirle te quiero. Mi abuela le dijo te quiero más y murió.

Si abuelo hubiera vivido 120 años, como aquel programa que obsesionaba a Fidel Vivir 120, yo nunca hubiera hecho las películas que hice. Cuando el Comandante enfermó y se obsesionó con encontrar una planta mágica que hiciera que su alimentación fuera la más sana del mundo, la televisión nacional se llenó de comentaristas y tertulianos que juraban que era posible vivir hasta los 120 años.

Fidel se obsesionó con llegar a los 120 y sus amigos más cercanos iban a los pies de su silla de ruedas y le decían «El Caguairán», nombre del palo de monte más duro. Fidel era un árbol duro que iba a durar hasta los 120.

No pasó, murió a los 90.

Con la muerte de abuelo, un giro total iba a tener lugar en la familia.

La experiencia con su mamá no le había enseñado nada a mi tía y con su padre mantenía la misma distancia.

En medio de ese momento tan difícil no paraba de hablar mal de la abuela Bebita y el diferendo entre las dos mujeres iba creciendo. Abuelo estaba ajeno a todo, pero su hija mayor y su mujer se estaban pidiendo la cabeza. Mi madre era la única que tenía los pies en la tierra, no era momento de guerras, era el momento de cuidar de la salud del viejo.

Cuando abuelo dejara de respirar todo ese conjunto de personas

que se sentaban alrededor de la misma mesa iba a desaparecer. Abuelo era el pegamento que mantenía unidas a todas esas mujeres.

Mi abuelastra, mi tía y el resto de familiares, sólo estaban esperando la muerte del viejo patriarca para al final dejar de disimular y no tener que soportarse más. Cada uno iba a coger para su lado. Abuelo estaba enfermo y con esperanza de regresar pronto a casa, pero su cáncer se estaba esparciendo. Un renombrado doctor del famoso hospital cometió un error y lo obligó a ir a un salón de operaciones. ¿Quién se lleva a un anciano de 90 años a un salón de operaciones? Pues nada, tras la intervención quirúrgica, todo se complicó.

Un día, cualquiera, sin esperárnoslo, abuelo falleció.

Yo en aquel momento estaba en la casa de una noviecita que no me quería mucho, cuando sonó el celular y mi madre me dijo: «Carlos, tu abuelo falleció». Sentí que le había fallado, a pesar de que estaba enfermo, me tomó por sorpresa. Creí que no debía estar ahí entre «desconocidos», esa noticia me tenía que coger con los míos. Es verdad que lo había ido a ver, lo había bañado, le había cambiado la sonda, pero eso había pasado una vez o dos. Debí estar más para él. Todo el protocolo y la costumbre burguesa familiar tampoco te permitían hacer mucho más, ya que había que mantener las distancias y el respeto. Pero yo pude haberme puesto más duro, exigir que quería ver más a mi abuelo.

En Línea y G, al lado del hospital materno en donde nacían tantos niños, mi mamá y mi tía me esperaban en un coche para llevarme al hospital CIMEQ.

En el trayecto nadie hablaba. Todos esperábamos a ver qué iba a pasar. En un momento miré a mi familia y no sabía qué estaban pensando. ¿Fidel se iba a pronunciar? ¿Raúl iba a ir?

Cuando llegamos al hospital CIMEQ, la sensación en el aire era que todos los militares, doctores, enfermeras, pasaban de abuelo. A nadie le importaba que hubiera muerto. Un hombre que había hecho tanto por la Revolución y ahora a nadie le importaba nada.

Ni siquiera ser uno de ellos te servía para nada. La muerte lo borraba todo y daba igual. Nadie era imprescindible.

Me dio una tristeza tremenda ver a mi madre devastada. Una de las personas que más quería, su guía, ya no estaba.

Abuela Bebita esperaba en la entrada, muy alterada, dando gritos. Había llamado a un amigo de la familia, que era un agente que se había encargado de evitar más de 600 atentados contra Fidel. El agente la estaba ayudando con los preparativos.

Una ambulancia montó el cuerpo de abuelo y se lo llevó. No pudimos verlo, no pudimos despedirnos bien.

Bebita estaba a un lado y mi tía al otro, como dos adolescentes que

se pedían la cabeza en el patio de una escuela.

Todo lo importante no valía y se abrían paso la superficialidad y las apariencias. Que si Bebita tiene un amante, que si estaba mal de los nervios, se susurraba alrededor. Sin abuelo todas esas mujeres que se tenían tantas cuentas pendientes iban a acabar en una guerra total.

El agente llegó y dijo que ya todo estaba listo. Bebita se fue en el coche con el amigo de la familia. Los vi alejarse. Bebita iba muy mal. En otro carro, mi tía, mi mamá y yo nos fuimos y enseguida mi tía rompió la seriedad del luto y empezó a despotricar de todo el mundo. Llegamos a la funeraria y la que cocinaba en casa de mi abuelo se lanzó a abrazarme con fuerza.

La cocinera trató de arrastrar a mi madre hacia abajo, para que viera a su padre desnudo, delgado, muerto, sobre una camilla metálica, pero mamá no quería tener esa imagen del embajador.

Mi tía no paró de hablar mal de Bebita, que estaba en una esquina con el agente, esperando las instrucciones de cómo iba a ser la cremación. En un momento no aguantó más y nos dijo que teníamos que irnos.

Yo miraba a mi mamá, me preocupaba, quizá ella necesitaba estar más rato con su padre, llegar hasta el final, hablar, hacer las paces con Bebita. Despedirse como dios manda. La familia debía estar unida. Todo eso me pasaba por la cabeza, pero no lograba sacarle las palabras a mamá.

Una vez más, la hermana haciéndole bullying y obligándola a hacer cosas que ella no quería.

Mamá, sin poder decir lo que quería hacer, siguió a su hermana y se traicionó una vez más.

Ese día yo también traicioné a mi madre. Debí haber tirado de ella y esperar hasta el último momento. Tenía que haberle dicho a mi tía: «No, vete tú si quieres, pero nosotros nos quedamos». Debí acompañar a mamá para que se despidiera bien del abuelo. Pero eso no pasó, como si fuéramos sus esclavos, seguimos a tía y dejamos a Bebita sola.

Mi tía arrancó el coche y se fue como si nada.

El cuerpo de abuelo yacía en una camilla fría. Sin nadie conocido cerca.

Afuera, Bebita sola, con el agente, se ocupó de los últimos preparativos.

Mi madre estuvo un año mal de los nervios por todo esto, por no poderse despedir bien de su papá. Lloraba y lloraba sentada en la butaca del comedor y nadie podía apaciguarla. Ni yo, ni los doctores, ni sus amigas encontramos una manera de aliviar ese dolor. Algo muy importante de su vida, una piedra capital, se había vuelto arenilla.

Luego nos enteramos de que el cuerpo de abuelo se perdió o confundió con el resto de muertos que iban esa noche para el

crematorio. Si eso le pasaba a uno de los de ellos, imagínate lo que le podía pasar al pueblo de a pie en este tipo de proceso funerario.

En el noticiero nacional dieron una nota escueta y ni Fidel ni Raúl se pronunciaron. Los compañeros de lucha, como la familia, lo habían abandonado.

A los pocos días, Bebita, sin avisar a nadie, decidió echar las cenizas en el mar. Ella sola tiró las cenizas de abuelo y nos quitó la posibilidad de despedirnos por última vez de él. Diría: «Total, si no estuvieron en la funeraria ni cinco minutos».

No poder participar del momento de esparcir las cenizas hundió mucho más a mamá.

Lloraba y lloraba desconsolada. ¿Qué iba a pasar ahora con la familia?

Mi mamá quería los papeles de abuelo para hacer un libro, salvar sus memorias.

Pero todos los papeles acabaron en la basura.

Cuando ibas por la Quinta Avenida, en los basureros podías ver sus libros, sus pasaportes viejos, su bar en forma de bola del mundo, su cuadro del pescado cantarín.

Evidentemente abuela Bebita no estaba nada bien y al estar tan sola se aprovecharon de ella para robar y defalcar la vieja mansión familiar.

Los que en un momento se presentaron como amigos y ahora eran ladrones de poca monta no estaban interesados en los papeles, en las memorias, en los libros del viejo. Los cuadros, las joyas, las cosas de valor material eran lo importante.

Por toda esta situación mi madre perdió muchas cosas de valor emocional que más nunca pudo recuperar.

A los pocos meses rompí las barreras mentales y fui a ver a abuela Bebita. La casa estaba llena de fantasmas. Ella tenía dos aretes diferentes y la cara pintada como una payasa, había enloquecido y bajado veinte kilos. Delgada y ojerosa, me dijo: «Tengo miedo, el fantasma de tu abuelo me persigue. Por aquí. Por los pasillos».

Cuando salí de la casa no miré atrás y respiré una gran bocanada de aire fresco.

Unos años después, en una fiesta frente al mar donde abuela Bebita había echado las cenizas de abuelo sin avisarnos, me paré en la orilla con un tabaco en la boca y soltando humo miré al horizonte.

Mi abuelo estaba ahí, disperso, siendo parte de otra cosa.

Pensé, traté de acordarme de cuándo había sido nuestro último beso, frío, dado casi en el aire, a modo de saludo.

No lo recordé.



En 2013 pude dirigir mi primer largometraje de ficción. Cuando lo traté de exhibir en Cuba, la reacción de las instituciones culturales fue un desastre. No querían tener nada que ver con mi obra y me llamaban desde el instituto de cine con amenazas. Todo eso por el simple hecho de criticar un poco y por arribita la situación que se vivía en el país.

En el año 2016, con mi segunda película, todo fue a peor.

Santa y Andrés comenzaba con una campesina que aparecía en una montaña cargando una silla de madera. La muchacha, que era un poco huraña, pero de confianza para la Revolución, se dirigía a sentarse frente a una cabaña por tres días consecutivos para vigilar a un escritor disidente y homosexual. La campesina no podía dejarlo salir.

Entre la vigilante, Santa, y el vigilado, Andrés, surgía una historia de amor. Un querer diferente que mostraba como a pesar de que muchas cosas los unían, la política acababa separándolos.

Esta tesis no gustó.

Mi deseo era homenajear a una serie de escritores cubanos que fueron encarcelados o perseguidos. Algunos de ellos pudieron salir fuera de la isla cuando el éxodo del Mariel en 1980 y otros seguían en el país.

Que alguien adentro de la isla, donde era muy difícil encontrar información sobre estos artistas marginados, estuviera trayendo de vuelta todas estas historias para el público cubano podía ser peligroso. No era un artículo de una revista o un libro, era cine que llegaba a más gente.

Cuando acabé la película y traté de presentarla en los cines, los dirigentes de las instituciones culturales se pusieron nerviosos y sin saber qué hacer, llamaron a la policía secreta, a la Seguridad del Estado, y me dejaron en sus manos.

Para ellos la película era una ofensa a la Revolución, y sobre todo a Fidel.

Las mismas personas que compartían fiestas y bebidas con los amigos de mi tía, ahora tenían la «tarea» de vigilarme.

¡El prestigio de la Revolución estaba en juego!

Por el simple hecho de haber contado una verdad sin tono humorístico, sin suavizar el tema, y mostrar un «mitín de repudio» en donde la policía cubana golpeaba a un escritor homosexual, merecía ser reprimido.

Como un secreto a voces, todos a mi alrededor sabían que mi estado estaba cambiando. Ya no era solamente el nieto del embajador,

ahora había pasado una línea que para ellos era como si me hubiera cambiado a las filas enemigas del Estado socialista.

El miedo no me dejaba ver que mi situación había cambiado y que me estaba convirtiendo en lo que más terror me daba, un «gusano».

En los primeros días de noviembre de 2016, yo y los productores del filme estábamos a la espera del veredicto del instituto de cine para saber si la película se mostraba o no en la isla.

Dos policías, vestidos de civil, llegaron a la casa que compartía con la productora. Montados en unas motos, que eran las que usaban los policías de la secreta, estaban preocupados porque se las fueran a robar si las dejaban en la acera.

Yo pensaba, ¿quién le va a robar a la Seguridad del Estado?

Subieron a mi apartamento y no les pedí ni documentos de identificación ni nada. Asustado, los dejé pasar. Las manos y las piernas me temblaban. Estaba esperando una llamada del Instituto de Cine y sin embargo lo que me llegaba era la policía.

Los dos policías, que eran de familias humildes, se quedaron mirando, asombrados, mi hogar. ¿Cómo yo tenía una casa así?, me preguntó uno, y me dieron ganas de mandarlo a hablar con Fidel. Pregúntale a Fidel por qué sus amigos y los familiares de sus amigos tienen más facilidades y posibilidades que el resto del pueblo.

Se sentaron frente a mí y yo prendí un tabaco mientras me temblaba el pulso. Quizá el puro les recordaba un poco al Che Guevara.

¡Muchachos, yo soy uno de ustedes!, mi miedo quería soltar.

Fumé y me fui relajando. A mí no me va a pasar nada, pensé. Soy blanco, nieto de embajador, director de cine y del mejor barrio de La Habana.

Era asombroso como funcionaban los privilegios en un país que se pasaba todo el tiempo diciendo que los privilegios sólo eran un mal de los países capitalistas.

Uno de ellos me dijo que el enemigo de la Revolución cubana, el imperialismo yanqui, quería usar la crisis que había con mi película para atacar al país. También me dijo que mi madre estaba a punto de la jubilación y que no debía darle disgustos.

Según ellos el objetivo de su visita era «ayudar». «Ayudar» a los dirigentes del Instituto de Cine para que decidieran poner la película, ya que si se anunciaba que la obra estaba censurada iba a caer mucha mierda sobre Cuba en la opinión pública internacional.

Eso era lo único que les importaba, contener los daños colaterales y que la Revolución no quedara mal.

Me interrogaron y les conté de la mala gestión de los mandamases del Instituto de Cine, que conocían el proyecto desde hacía mucho y no se habían interesado antes. Habían esperado a que la película

estuviese acabada para verla y ya nada se podía cambiar.

Al ser una película que hicimos de manera independiente, nadie del Estado cubano tenía acceso a una copia. Esto lo hacía todo más sospechoso para esas mentes policiales que estaban acostumbradas a que Fidel dominara todo en el país. Nada se les podía escapar.

¿Cómo la habíamos hecho? ¿Un guion falso?

Cuando se fueron no quise contarle a nadie que la policía secreta me había visitado. No quería preocupar a mi madre y temía armar un gran lío y convertirlo todo en algo peor.

Contarlo era una manera de que fuera real y mi deseo era que todo el problema ese desapareciera rápido como un sueño.

A partir de esa noche, sin apenas yo saberlo, empezó una persecución contra mi persona. Una vigilancia que no acabó y se extendió por años.

El miedo se apoderó de mí.

La policía secreta necesitaba una copia de mi película y me llamaban de día y me llamaban de noche porque yo no se la acababa de dar. Me refugiaba en una realidad: una copia pirata de la película en manos de gente que no supiera de cine podía destruir la vida sana que debía tener un filme. Si se filtraba no iba a poder ser estrenada en otros festivales del circuito internacional.

Mientras esperaba señales de los del Instituto de Cine, me enteré que ellos a su vez estaban esperando por el veredicto del ministro de Cultura de Cuba, que era el que podía decidir si Santa y Andrés se ponía o no en la isla.

La Seguridad del Estado empezó a llamarme a altas horas de la noche para tratar de asustarme.

En las redes sociales, perfiles falsos, empezaron a amenazarme.

Recibí mensajes muy violentos que me decían que si salía a la calle iba a recibir una paliza.

Abuelo ya no vivía, mi abuelastra Bebita estaba ingresada en un hospital fuera de Cuba con Alzheimer. El resto de familiares que estaban cerca del poder se lavaron las manos y tomaron distancia.

El familiar con más influencia me había dicho: «Allá arriba no quieren críticas». (O sea no puedo hacer nada por ti).

La policía secreta cubana tenía la peor de las famas. Los que caían en sus manos acababan presos, enfermos de los nervios o se morían en extrañas circunstancias.

Una de las cosas a las que más le temía me estaba pasando, me había convertido en un traidor y me iban a castigar por eso. Un amigo me dijo: «Le metiste el dedo en el ojo a un león, ahora espera las consecuencias».

Mucha gente sospechaba de la censura, ya que se había corrido la voz de que el Festival de Cine no había anunciado la película a pesar

de que la habíamos inscrito, pero nadie sabía que estábamos siendo tratados directamente por la policía.

Sin saber a quién contarle, ya que no quería preocupar a mi madre, empecé a aguantar todo callado y a solas, con la única compañía de la productora de la película, que estuvo a mi lado en esas duras circunstancias.

En esos momentos de incertidumbre, la fe de mi abuela me ayudó y acudí a varios religiosos para que me hicieran limpiezas y una rogación de cabeza para tener mis ideas bien claras frente a los enemigos.

Pero la realidad era más fuerte y golpeaba a mi puerta. Salía a la calle y veía gente siguiéndome. Me asomaba al balcón y había un movimiento raro de policías.

Me enfermé de los nervios y empecé a tener unas diarreas constantes y un dolor en el pecho que terminó llevándome a un hospital.

Un grupo de cineastas se unieron para tratar de ayudarnos, pero desconfiaban de nosotros, que éramos muy jóvenes y podíamos hacer quedar peor a las instituciones.

«Estás siendo vigilado», me decía y me decía a mí mismo antes de dormir. Pero había algo que no me dejaba creer lo que estaba pasando. ¿Cómo era posible que en mi país trataran a la gente así?

¿Mi familia sabía que esto podía pasar? ¿Aun así bailaban y gozaban como si nada?

En las noches pensaba y pensaba y me imaginaba posibles escenarios para mi salida de esa situación. A cada rato sonaba el teléfono y yo imaginaba lo peor. Un día sí y un día no, los oficiales me citaban y me decían: «Te vamos a ir a buscar para hacerte unas preguntas». Y al final no iban y me dejaban esperándolos. Esas tácticas lo que hacían era resquebrajarme más y más.

Ya yo había escuchado ciertas historias, que hasta entonces pensaba que eran leyendas urbanas (porque aún no sabía lo que era ser vigilado por la Seguridad del Estado) sobre cómo un empresario chileno había muerto de un infarto por este tipo de jugarretas.

Al empresario le decían que lo iban a meter preso y nunca llegaban. Al empresario le contaron que en el barrio decían que él era un suicida, lo que lo hacía sospechar que la Seguridad del Estado estaba regando esa mentira para luego poder desaparecerlo como fuera.

¡Murió! ¡Se suicidó! La seguridad soltaba ese chisme en la calle y nadie se iba a poner a investigar. En Cuba, la secreta hacía y hace lo que le da la gana como un grupo de mafiosos a los que todos le temen.

Al empresario lo enfermaron de los nervios y en una taquicardia aguda se fue. No aguantó.

Ya sabía que estaban regando mentiras sobre mí en la calle, que si tenía problemas de drogas y alcohol. Todo para matar mi reputación.

De estas cositas nos enterábamos por pequeñas señales, porque nadie vino nunca a dar la cara y a decirnos: «Les vamos a hacer la guerra hasta que no puedan levantarse de la cama por las diarreas». Todo era peor. La cuestión de tener un enemigo sin rostro, un enemigo que era todo un ministerio de gente entrenada que a su vez mandaba a los demás ministerios, te daba una sensación de indefensión tremenda.

Las llamadas casi siempre eran de noche y estaban llenas de silencios y perspicacias para hacerme hablar. Una de esas noches, incluso, trataron de que trabajara para ellos vigilando y denunciando a otros artistas cercanos.

Pensaba en mi abuelo hablando con Fidel y lo recordaba riéndose con el Che en aquella foto que él tenía guardada. ¿Cómo mi familia había sido parte de un sistema tan jodido?

Como la policía sabía que nadie había visto la película, empezaron a hacer reuniones a mis espaldas y a regar entre las fuentes de opinión que yo en mi película ofendía con malas palabras al Comandante en Jefe de la Revolución Cubana.

Fidel ya estaba muy enfermo y era más grave que nunca este tipo de acusación. Si con el Caballo en pie todo era grave, imagínate con el Caballo delicado. En Cuba siempre se decía Juega con la cadena, pero no con el mono. Pues al parecer, yo había jugado (mal y mucho) con el mono.

Toda la teoría del gobierno, de que yo me burlaba de Fidel, venía porque en la película había una radio donde la voz del Comandante aparecía en off y porque al final de la película, los opresores gritaban ¡Viva Fidel! y mi protagonista prefería gritar ¡Viva Martí!

Eso para ellos ya era grave.

El plan del departamento ideológico del país era que, a la muerte de Fidel, su imagen debía ser convertida en una especie de hermano del verdadero apóstol de Cuba, José Martí. Para ellos no eran dos personas diferentes.

Para que no fuera a la prensa, o armara un escándalo, me pusieron a una persona fija en los bajos de mi casa a vigilar. De la noche a la mañana me había convertido en el personaje de mi película. Compartíamos destino. Sólo que Andrés era vigilado por una muchacha y a mí me vigilaba un hombre con cara de asesino.

Las redes sociales se llenaron de versiones: El nieto del embajador dice en su película que Fidel es un hijo de puta. El director de cine ese es un agente de la CIA pagado para desestabilizar al gobierno.

Como nadie había visto la película cualquiera podía creer en las malintencionadas versiones que regaba la policía.

Yo, por supuesto, no daba entrevistas porque estaba cagado del

miedo. No había misterio, era miedo puro y duro.

Tenía el teléfono tomado y era obvio que todos los ojos estaban sobre mí.

Los mandamases de la cultura cubana se reunieron con decenas de artistas de Cuba y Latinoamérica para contar su versión de la historia: yo era un mentiroso.

Ellos no eran los malos, el malo era yo.

En una de esas reuniones que tuve con los cineastas que me apoyaban para tratar de poner la película, salió el tema de que yo podía acabar entre rejas si se demostraba que había entregado un guion falso cuando pedí los permisos para rodar.

Mi abuela Centa cuando cumplió 70 años se asustó mucho al cruzar una calle porque por poco la atropella un coche. A partir de ese momento había decidido no salir más del hogar. Mi madre, que le tenía mucho miedo a todo, tampoco salía mucho de su casa y a las seis cerraba las rejas con candado. Ahora yo estaba repitiendo el patrón. Temeroso de la policía secreta y de los órganos represivos cubanos, estaba encerrado.

Cuando mi madre supo que la Seguridad del Estado me visitaba y me vigilaba, se enfermó de los nervios también. Mamá me pedía calma, como si estando tranquilo se fuera a resolver todo.

En un sentido creo que mamá creía que nada malo me podía pasar. ¿Tenía pruebas como para pensar que la Revolución era tan mala como yo le decía? Creo que no.

El resto de familiares se alejaron, no querían tener que tomar partido entre la Revolución y yo, un simple muchacho con «ganas de joder». Por si la situación la embarraba y llegaba hasta su casa, por si acaso, mi tía puso de fondo en su móvil una foto del presidente de la república para que nadie sospechara de ella. ¡Ella seguía siendo una de ellos!

Nunca en ese móvil tuvo una foto de su hija, de mi prima, no. Pero del jefe de Estado, sí.

En un cumpleaños familiar, estábamos todos reunidos ante una mesa copiosa y ya yo estaba cargado. Le había pedido de favor a mi tía que no invitara a nadie del mundo político, quería estar sólo con la familia y ella no lo había cumplido. La agenda social podía más que darle apoyo al sobrino que estaba en medio de ese proceso. De repente, mi madre trató de defenderme, de hablar, y el esposo de mi prima, un señor muy mayor, se levantó dando gritos a favor de la Revolución.

Nadie pensaba en lo que yo estaba sufriendo.

Para no cogerlo por el cuello, tuve que salir corriendo y acabé cenando en casa de mi vecino el cineasta.

¿Quién me manda a hacer una película sobre un «gusano»?,

parecían decir todos.

Más allá del miedo, a un nivel emocional, empecé a ver cómo gente que admiraba y a la que respetaba se me venían abajo. La gente que me rodeaba me trató tan mal que perdí la esperanza en el ser humano.

Cineastas y amigos conocidos me veían caminar por una acera y cruzaban para no tener que saludarme.

Todo el mundo tenía mucho miedo.

Miedo de estar cerca, de tenerme como amigo. En el totalitarismo, todo el mundo tiene mucho miedo, porque como en una mafia controlada, todo el mundo se siente en deuda y todo el mundo está embarrado.

Al no tener como comer o vivir, se recurre a la ilegalidad y, cuando cometes ilegalidades y el Estado lo sabe (gracias a los chivatos y al CDR) entonces te pueden sobornar con cualquier cosa y hacerte la vida un yogurt.

Varias personas me invitaron a abandonar el país, pero en ese momento todavía yo creía que era un error irme. Como pasó con los amigos que sobrevivieron a la UMAP, a mí me tenían que ver ir y venir por los pasillos del Festival de Cine, para poder hacer mi versión, así no les dejaba el patio sólo a ellos.

Quedarme en Cuba era una manera de vencer.

Pasaban los días y yo estaba en manos de la policía mientras el ministro de Cultura no acababa de dar la cara. El ministro tenía que decidir si la película se ponía o no, pero al mismo tiempo no era un ente independiente. El ministro se debía también a la Seguridad del Estado.

La reunión-juicio con el ministro de Cultura de Cuba empezó un día de noviembre de 2016 a las nueve de la mañana con el pase de la película. Un grupo de cineastas me estaba defendiendo y del otro lado había una treintena de soldados de la cultura que iban con el ministro para atacar mi obra. Durante las casi dos horas de la proyección, los artistas oficialistas de la UNEAC se burlaron, criticaron en voz alta y llegaron a decir: «Esto es una mierda».

Hubo un receso, en donde todo el tiempo fui vigilado, y luego tuvo lugar el encuentro con todos. El ministro de Cultura empezó diciendo que eso no era un juicio. Luego un grupo de escritores y creadores se olvidaron de la sensibilidad y de lo humano y, con espíritu de comisarios, empezaron a atacar la película. En una de esas ponencias el ministro me dijo que lo mejor era que yo les enseñara, en un pase privado, la película a los militares cubanos, para que los militares tuvieran la posibilidad de desquitarse y discutir conmigo ya que yo siempre en mis películas los trataba muy mal. Yo me negué, no le enseñaban la peli a todo el pueblo y quería meterme en la boca del

lobo. Al final, luego de tres horas surrealistas, donde el consenso fue que «había que censurar la película porque había que cuidar a Fidel», nos fuimos a casa.

La película no iba a ser vista en Cuba.

A los pocos días, en casa de una persona a la que consideraba mi amiga, tuve una especie de «intervención» como la de los drogadictos, donde dos artistas muy famosos de la isla me dijeron que tenía prohibido ir de visita a una provincia X del país y que no podía visitar otro evento cultural. La censura no era sólo contra mi película, ya se extendía a mi persona, ya era algo personal.

El oficial que me «atendía» y había ido por primera vez a mi casa, era un rubio que nunca me dijo su nombre. Bajito, de ojos claros, ya yo lo había visto antes en un video que se había filtrado dándole golpes a dos artistas negros.

¿El Rubio quería a Fidel? ¿El Rubio creía en la Revolución? No lo creo.

Creo que el rubio era una deformación de aquel «hombre nuevo» que tanto querían el Che y Fidel.

El rubio era bajito, pero así y todo se sentía un macho alfa. Parecía un guajiro red neck cubano y tenía mucha curiosidad por el arte, por los artistas. Quizá le hubiera gustado tener otro futuro, cantar, dibujar. Siempre andaba en la moto con olor a gasolina. Un día me pareció verlo traficando comida. Para hacerse el gracioso me había dicho: «Tengo que llevar al dentista a mi hija». Para hacerse el gracioso no, para hacerse el humano.

El rubio parecía tener hambre, hambre de poder, de escalar socialmente.

El rubio era un perro. Fiel, pero hambriento. Un perro que lo único que buscaba era un hueso. Y entre viejos y huesos no se podía construir nada. De tanta represión habían convertido el país en un asilo vigilado por militares.

La gente joven, la gente medianamente preparada, escapaba. Escapaba de la miseria. Escapaba de la cárcel.

¿Qué hubiera pasado si yo no fuera nieto de un embajador? ¿Si fuera pobre y negro?

Estaría preso.

Luego de tres llamadas amenazantes, el rubio me citó en una esquina de La Habana para que yo llevara una copia de la película. Un «alto jefe» militar quería ver esa película que tanto lío había armado.

¿Quién era el jefe? ¿Raúl Castro?

Mi compañera no aprobaba que fuera solo. Estaba siendo citado por la Seguridad del Estado a presentarme en una esquina con el DVD bajo el brazo.

Salí de la casa con nerviosismo una hora antes. Llegué a la esquina

acordada y dudé de cada peatón. Pensaba que alguien iba a pasar corriendo y me iba a arrebatar el disco. Sudaba. Miraba a todos con desconfianza.

Al rato llegó el rubio empujando su moto con su olor a gato mojado y tras él aparecieron ocho personas. Varios militares de civil, dos muchachas que se burlaban de mí desde la distancia. ¿Para qué habían llevado muchachas? Parecían estudiantes aún. ¿Era parte de un plan perverso? ¿O yo era un caso de estudio como cuando en los hospitales los doctores llevan a los estudiantes de medicina a pie de cama?

Los miré a todos con fijeza, parecían gente normal, gente que en otro momento podían haber sido amigos, compañeros de escuela, vecinos del solar de al lado de mi casa, pero que en un momento de la vida habían decidido desviarse y estudiar y ejercer eso, la vigilancia y la opresión.

En sus miradas había un odio de clase que era interesante. Representaban al mismo Estado que los había puesto en un nivel inferior, pero el enemigo era yo.

¿Por qué lo hacían? ¿Por automatismo? ¿Para conseguir alguna prebenda que el resto de la población no podía? ¿Creían realmente en algo?

Llegamos a una escuela que estaba cerrada y me metieron adentro para interrogarme. Era asombroso como podían apoderarse de una escuela o un hospital o una casa particular para interrogar a alguien. Todo era de ellos.

Adentro, cuando llegó el jefe del rubio, me preguntaron cómo había hecho la película y de dónde venía el dinero. Era un coronel. No me dijo su nombre. Mulato, bajito, pero me hizo pensar que era alto (quizá mis nervios me jugaron una mala pasada). Bien peinado, afeitado, con cuerpo de tortuga marina, camiseta Lacoste y móvil en la mano como si fuera el papi de todas las mamis, el daddy, el policía sexy.

El coronel besó a todas las muchachas y me miró con cara de hiena. Nos sentamos en una esquina, los dos, a solas, mientras los otros se burlaban a lo lejos. Se burlaban porque yo no paraba de hablar como un papagayo. Era un flojo, poco hombre.

Hombre-hombre se callaba y no hablaba con la policía.

El coronel me habló de mi abuelo y me enumeró a una decena de artistas que «trabajaban» para ellos. Cubanos y cubanas dignos que trabajaban para la Revolución, me recalcó.

Al rato me llevó a un salón y se sentó a ver la película. Al agente que le tocaba poner el DVD en la computadora (que estaba conectada al proyector) le temblaban las manos y tuve que acabar yo mismo poniendo la película.

Un pase especial para militares y policías.

El rubio salió del salón, pero antes me pasó la mano por el hombro y me sacó también con él. Desde afuera, mientras esperaba, escuchaba a los tipos tratando de copiar la película. Al ser un DVD con seguridad les fue imposible y el sonido se hacía insoportable. El ruidito ese que hacen los discos protegidos contra la piratería.

Prendí un tabaco para calmar mis nervios y me puse a ver la oscuridad de la noche. Por primera vez veía la oscuridad real y cerrada que se desplegaba sobre mi país.

Por primera vez sentí que sabía lo que había detrás de las cortinas finas de las casas de los revolucionarios cubanos: tortura, miedo y mucha suciedad.

Todo estaba ocurriendo por el simple hecho de haber dirigido una película.

A lo largo de toda la vida había chocado con mi familia y ahora con el país, por el simple hecho de querer ser yo, o querer decir la verdad.

A los pocos minutos el coronel salió y me pidió quedarse con la copia de la película. Él quería ayudar, de «arriba» querían verla. Yo le dije: «La Seguridad del Estado me la ha pedido varias veces. Ya no puedo negarme. Ustedes mandan. Pero si se piratea la película ya sé que fueron ustedes los que la soltaron».

Era curioso, ellos no querían que se viera la película, pero sabiendo que el escándalo de la censura iba a despertar interés, necesitaban tener la película para sacarla a la piratería en el momento más idóneo para ellos. No podían dejar más nada al azar.

¡El Comandante estaba enfermo y había que cuidarlo!

Además, con tal de joder el recorrido internacional podían hacer lo que quisieran en tema piratería.

Cuando se quedaron con el DVD, el coronel me llevó a su coche y a lo lejos un hombre nos tiró unas fotos. El coronel me regaló un tabaco para que saliera en la foto yo aceptando el habano. El coronel me montó en su auto, un carro rojo venido de China, me dio varias vueltas por La Habana y me preguntó: «Compadre, ¿por qué ahora todo el mundo sólo hace películas de maricones?».



Después de la experiencia que tuve con la censura de mi película, cada vez que hablaba con algún amigo o conocido, se repetían dos palabras: paranoia y odio.

Todos los que más o menos tenían mi edad me repetían: «No

puedes dejar que la paranoia te gane». Me lo recalcaban porque después de tener vigilancia, cada vez que salía a la calle pensaba que alguien me estaba siguiendo o que estaban tratando de averiguar en qué andaba. La simple pregunta de un curioso o la mirada de alguien sobre mí por más de dos segundos y ya yo pensaba lo peor: sigo bajo vigilancia.

Así me perdí varios trabajos y alejé a muchos otros pensando que todo lo que se me acercaba era mandado por la Seguridad del Estado.

Una amiga europea me dijo: «Para mí es más significativo, no tanto el que dudes del gobierno, como que dudes de tus amigos. Carlos, siempre estás dudando de la gente que te rodea. Te crees que todo el mundo es de la Seguridad del Estado. Y así no se puede vivir. Ese estado mental, esa paranoia constante define más lo que es una dictadura. Eso es más grave que poder votar o no».

Los amigos cercanos a mi madre, que tenían algo que ver con el cine o con la literatura, un grupito de intelectuales de la UNEAC que al salir de su horario laboral iban a mi casa a tomar café, estaban enfrascados en una idea fija: «Carlitos no se puede dejar ganar por el odio».

Después de todo el proceso que había vivido, después de haber visto cómo funcionaba el aparato represivo cubano y la forma en que todos callaban ante la injusticia, yo no tenía permitido odiar.

Había que sanar y entender. La Revolución es más grande que todos nosotros juntos.

Hasta cierto punto entendía el enfoque de ellos, si me convertía en un odiador, el más perjudicado iba a ser yo.

Un sabio de la isla había dicho: «En el momento en que los odias y piensas demasiado en ellos («el enemigo», «los censores») ya ganaron. Te jodieron. Te quebraron».

Quizá yo me creía superior y sí pensaba en que no los iba a odiar. Con el paso de los días, me iba dando cuenta de que quizá no era tan superior y sí estaba odiando en demasía a mis censores.

Me sorprendió un comentario en las redes sociales que hablaba de otra cosa y acababa refiriéndose a mí: «Mira lo que le hicieron a ese pobre muchacho».

Yo no me sentía una víctima ni quería victimizarme, pero a lo mejor mi mente estaba bastante lejos de lo que realmente me había pasado y no había asimilado todo.

Todos me lo repetían: «No dejes que el odio te gane».

Ver en la televisión a un montón de gente admirada hablando bien del Festival de Cine, del proceso revolucionario, me dolía.

Ver a una serie de supuestos amigos, gente mayor, bailando, disfrutando y aplicando a becas que eran para jóvenes cuando ellos tenían 70 años (y aun así aplicaban porque los jóvenes se estaban

yendo) me daba asco.

No había espacio para los hijos y los nietos de la Revolución.

Me daba asco cómo todo el mundo se aprovechaba del sistema corrupto para tratar de salir adelante.

Mi familia lo había hecho en grande, ¿por qué el resto no iba a hacerlo?

Sin saber cómo iba a comer o sobrevivir, empecé a buscar opciones. Me reuní con varias personas y desempolvé viejos guiones, pero la gente me daba de largo. Nadie quería tener que ver con el muchacho que estaba en el ojo del huracán.

¿Las autoridades culturales me iban a dejar seguir trabajando? ¿Después de mi película?

Siempre había estado cerca de los espías y opresores cubanos, pero ahora era diferente. Ahora estaba del otro lado. La delgada línea invisible que te convertía en un enemigo de la Revolución era tan fina que uno no se daba cuenta de cuándo la cruzaba.

Por esas fechas, 2016 o 2017, cuando estaba abierto mi expediente y a cada rato me visitaban los segurosos, me encontraba en todas partes a una persona.

Un hombre que yo sabía que era un agente. Uno que era amigo de mi familia.

¿Me estaba vigilando el amigo de mi familia? ¿Me estaría vigilando mi propia familia?

Rogelio X era un agente de la Seguridad del Estado cubano que parecía como un rompecabezas o collage. Cada pedacito de papel era una historia que se escuchaba de él, aquí o allá, pero que no tenías cómo corroborar.

Unos decían que había conocido al mismísimo Pablo Escobar. Otros murmuraban que había sido amante de una hermana de Fidel.

Rogelio era un gordo barrigón que andaba sin camisa montado en su Jeep Willy por todo Miramar con unas gafas de TOP GUN. Tenía el tipo de reloj Rolex que usaban aquellos espías que se movían por Panamá en negocios turbios. Su piel tostada y sus pelos del pecho dorados te decían que era un lobo de mar.

Cada tarde salía descalzo de su casa y caminaba por todo el barrio hasta llegar al mar, para darse un chapuzón. Ese hombre no le temía a los tiburones.

Cuba es una isla con un millón de bellezas naturales: playas, montes, flora y fauna variada, sin embargo, parece que estas joyas sólo las pueden disfrutar los que estén cómodos económicamente, el resto de la gente está en oficinas perdiendo el tiempo o en unas inmensas filas buscando el alimento o simplemente esperando el transporte público.

Cuba es una isla donde no hay peces y, a pesar de tener árboles

tropicales, tampoco hay frutas. Todo lo que surge de sus mares y tierras está destinado a la exportación. Los nativos están jodidos.

No todo el mundo tenía el lujo de tener la piel quemada por el mar paradisíaco. La mayoría de la población tenía la piel curtida por las colas y las largas caminatas bajo el sol en busca de algo para llevarse a la boca.

Rogelio decía que había estado cerca de los hermanos De la Guardia y del general Arnaldo Ochoa en operaciones fuera de Cuba. Operaciones turbias de joyas, jeringuillas y quizá también de cocaína. No tengo cómo comprobarlo.

Los hermanos Antonio y Patricio de la Guardia, como Arnaldo Ochoa, fueron unos militares cubanos amigos de Raúl Castro y muy cercanos a Fidel que en 1989 fueron acusados de estar vinculados, junto a otros oficiales del Ministerio del Interior, con el cartel de Medellín.

Hubo un juicio militar ejemplarizante en donde se decía que Fidel no sabía nada de lo que estaba pasando (aunque todos sabían que a ese nivel no pasaba nada sin que el Comandante lo supiera) y donde sentenciaron a muerte a Ochoa y a uno de los mellizos De la Guardia, Antonio.

Al parecer, familiares de Ochoa se acercaron al Nobel Gabriel García Márquez para pedirle que intercediera por el famoso militar, que hablara con Fidel para que lo perdonara, pero evidentemente el Nobel no pudo hacer mucho.

Fueron fusilados.

En ciertos salones se comentaba que Rogelio era uno de ellos y que por algo escapó de los juicios de la Causa Uno. ¿Delató a sus amigos para salvarse?

Rogelio tenía mucha información y por eso tampoco podía salir del país.

Rogelio era bien tropical, con sus camisitas de colores, yendo de una finca de caballos finos a un puesto de venta de guarapo. Se movía como un rey por toda la ciudad. Nadie se metía con él. La mayoría del pueblo de a pie no sabía bien quién era, qué hacía, pero tenía un aura y un aire que hacían que nadie se arriesgara con él.

Un día, cuando era niño, mientras íbamos en el yate para Varadero, Rogelio me dijo con insistencia: «Vamos a hacer más horas en el agua que si nos fuéramos a Miami». No entendía, ¿El gran revolucionario anhelaba en el fondo irse para Estados Unidos? A todos les encantaba el whisky, la bebida del enemigo, pero esto era algo más grave.

Las líneas entre lo permitido y lo prohibido, entre las ideas revolucionarias y las ganas de vivir bien, se me revolvían en la mente. ¿Cuál era la diferencia entre Rogelio y un agente de la CIA? Vestían

parecido, se comportaban igual ¿Al final eran todos solamente unos aventureros? ¿Alguien realmente creía en el sistema?

En ese viaje, llegamos a Varadero y como si fuéramos los dueños de todo, los militares de guarda fronteras nos ayudaron a fondear. Esa noche dormimos en el barco rodeados de militares. Custodiados. Esa noche pensé de nuevo en Fidel. Me sentí más cerquita de él.

En la madrugada salimos y pasamos una tormenta, luego entendí aquello de la calma después de la tormenta. La luz, el mar, todo era hermoso.

Abuelo y yo llegamos a un cayo de ensueño y cuando pusimos los pies en él nos sentimos como Colón. Abuelo se portaba como un gran descubridor y me iba mostrando todo como si hubiéramos llegado a un lugar virgen, cuando para nuestra sorpresa chocamos con una cafetería. No quedaba nada virgen en ese país.

Rogelio tenía una casa por Miramar que parecía una de las mansiones de la familia Corleone. Entrabas por una rejita pequeña con un patio lleno de plantas y fuentes y llegabas a un arco que daba a un piso blanco y negro y unas escaleras de mármol que daban hasta el fondo, hasta un comedor, donde había una mesa. Y sentada a la mesa, escogiendo arroz, siempre estaba su mujer, una pelirroja pecosa de ojos verdes que a pesar de tener unos cincuenta años seguía siendo una mujer joven.

Rogelio y su mujer no se llevaban bien. Rogelio siempre hablaba con tremendo amor de Fidel, pero no mencionaba a su mujer para nada, sin embargo, cada vez que ella hablaba de su marido lo hacía irónicamente. «El gran pescador», «El agente 007».

No sé hasta qué punto Rogelio era un granujilla mentiroso que trataba de salir adelante soltando nombres de personas famosas cuando realmente no había hecho nada, o si de verdad era un agente consagrado.

Lo que sí sé es que era el ejemplo vivo de lo que era el país. Si trabajabas y doblabas el lomo no ibas a conseguir nada, si estabas bien conectado y enchufado, podías llegar un poquito más lejos, no mucho, pero un poco. Para llegar lejos, lejos de verdad, había que ser de la familia real, tener el apellido Castro.

Nunca supe si Rogelio me estaba vigilando. Quizá sí, o quizá todo fue casualidad y paranoia.

Yo estaba en el medio de la persecución y la censura de la película y estaba viendo a Rogelio más de lo que lo había visto en treinta años.

Un domingo temprano, me fui al mercado de 19 y B a comprar un poco de comida y allí estaba. Con una gran sonrisa en los labios, refiriéndose a mi situación, me dijo: «Oye, los muchachos de Villa Marista la tienen cogida contigo». Villa Marista era el cuartel principal

de la Seguridad del Estado.

Yo me reí y traté de cambiar el tema de conversación. Él estaba sudado y apurado y antes de irse me dijo: «Acuérdate que puedes contar conmigo para lo que sea».

Aquello me sonó tan falso.

Luego veía su Jeep pasar por frente de mi casa de allá para acá chillando gomas. Como queriendo que yo viera que el andaba por ahí. Cosa rara, ya que antes de la censura jamás lo había visto en mi zona.

A los pocos días, en uno de los parques donde uno se podía conectar a internet, Rogelio apareció en su Jeep. ¿Era casualidad? ¿Cómo sabía que yo estaba ahí? Sin bajarse del auto me miró y me dijo: «¡Oye, hablé con mi gente! ¡Allá arriba ya nadie te guarda rencor! ¡Puedes seguir haciendo todas las películas que quieras!».

Me quedé contrariado, con ganas de decirle que el que les tenía rencor era yo, pero al final no lo hice.

Arrancó rápido y desapareció como en una película de Misión imposible.

Después me metí mucho tiempo sin verlo. Hasta que un día un familiar me contó lo que le había pasado. A Rogelio lo habían metido en un calabozo por tráfico de delfines.

Si me quedaba en la isla, podía acabar como Rogelio, riéndole la gracia a los gobernantes o preso.

Tenía que salir de ahí.



El 25 de noviembre de 2016 me fui temprano a la cama. Toda la persecución que seguía sufriendo por la censura de mi película me tenía enfermo de los nervios. Ya era seguro que el pueblo de Cuba no iba a ver Santa y Andrés en los cines, pero había una serie de cosas que me seguían preocupando. No tenía idea de qué iba a ocurrir conmigo.

A altas horas de la noche la televisión nacional interrumpió su programación habitual y encadenó con un video del General de Ejército Raúl Castro que, sentado en un buró, con su rostro desencajado y fotos de tres héroes detrás, leyó:

Querido pueblo de Cuba, con profundo dolor comparezco para informar a nuestro pueblo, a los amigos de nuestra América y del mundo, que hoy 25 de noviembre del 2016, a las 10 y 29 horas de la noche, falleció el Comandante en Jefe de la Revolución cubana Fidel Castro Ruz.

Al amanecer del día 26, casi como en un acto mecánico, mi

compañera y yo tendimos la cama y pusimos el televisor para tener unas voces de fondo. Sin prestar mucha atención vimos que en la pantalla había dos locutores de negro y dos cintas como de luto enmarcando el cuadro de la pantalla.

A los pocos minutos mi compañera se dio cuenta de que había muerto Fidel. No lo podíamos creer. Una alegría, una euforia inundó mi cuerpo y a los pocos segundos me preocupé y me puse muy triste. Por un momento pasó toda mi vida por delante. ¿Ya no quería al Comandante?

Tiempo atrás, en aquella ocasión en que Fidel se había tropezado y caído al suelo, la impresión que me dio fue tan grande que volqué una taza de café con leche sobre el teclado de mi ordenador y estuve varios meses sin computadora. Pero ahora algo había cambiado, ya no lo sentía así.

Hacía unas semanas que estábamos bajo el fuego y la vigilancia de las autoridades culturales del país y la policía secreta. Unos días antes alguien, sin ver la película, empezó a decir que nosotros nos burlábamos de Fidel Castro. Como nadie tenía permitido verla, muchos empezaron a opinar.¿Cómo era posible que se burlaran del Comandante?

Ahora que el Comandante estaba muerto, podía llegar una segunda ola de censura, de mensajes amenazadores, de vigilancia.

Todo el país estaba muy nervioso y cada centro de trabajo, cafetería, banco, hospital tenía una orden dada: Quien llame por teléfono, antes de saludar tiene que decir ¡YO SOY FIDEL! Una locura masiva, un sinsentido total, se apoderó del país. Los oficialistas empezaron a llenar las redes sociales y las pancartas del famoso YO SOY FIDEL.

Salí de la casa rumbo a la de mi madre, que vivía a pocas cuadras. Recuerdo un silencio abrumador. Todo el mundo estaba encerrado. Había mucho miedo. Aquella pregunta que tantos se habían hecho a lo largo de sesenta años iba a ser respondida pronto. ¿Qué iba a pasar cuando muriera Fidel? Pues nada. No hubo invasión yanqui. Nadie salió a la calle a nada. La gente guardó silencio. El miedo se había apoderado de todo. Once millones de cubanos llenos de miedo.

Un chico hizo un grafiti que rezaba SE FUE. Y lo golpearon muchísimo antes de meterlo en un calabozo. Un par de casas hicieron fiestas y apresaron a sus habitantes. El resto, guardó silencio y esperó.

El duelo iba a ser largo y no se podía ni celebrar ni poner música ni beber alcohol. La venta de bebidas se suspendió. Mi tía se volvió loca por la falta de alcohol e hizo ofertas altísimas por una botella de un litro de Vodka.

Llegando a casa de mi madre vi muchos policías en la calle patrullando con ganas de dar golpes. En el parque de H y 21 me

encontré a un amigo paseando a su perro y crucé por el medio del césped. Ese pequeño delito sirvió para que la policía me mirara con cara amenazante. Lánzate y di algo para que veas.

Mi amigo estaba nervioso. Susurró. Nos separamos. Cada uno corrió a encerrarse en casa. Los pocos rostros que vi en la calle tenían miedo. No tristeza, miedo.

Esa mañana y las siguientes tuvieron una cosa en común. Los que sí lo amaban y sufrían no pudieron salir a la calle a mostrar su tristeza, a dar su pésame. No. Todo tenía que ser organizado por el partido. La gente, con miedo, esperaba órdenes desde sus casas. Ni los más fervorosos amantes de Castro pudieron salir a llorarlo sin la autorización del hermano Raúl y el comité organizador de los funerales.

Se decretó un luto de 9 días. Mandaron a cesar las actividades y espectáculos públicos. Mandaron a ondear la bandera a media asta. Mandaron a que la televisión y la radio, por los 9 días, mantuvieran una programación informativa, patriótica e histórica.

Los medios impresos oficialistas se sumaron al luto nacional y su tinta fue exclusivamente negra. Fidel había pedido ser incinerado y que no le levantaran ninguna estatua en parques o vías públicas (previniendo evitar el vandalismo).

No dijeron cómo ni cuándo fue la cremación. Las cenizas iban a tener el recorrido inverso de la famosa «Caravana de la Libertad» de 1959 e irían de occidente hasta oriente, donde lo iban a enterrar el día 4 de diciembre en una ceremonia íntima.

El monolito donde reposarían sus restos fue colocado entre los grandes próceres de la patria, próceres que fueron cambiados de lugar y trasplantados para poder construir esta nueva estructura en el cementerio de Santa Ifigenia. Los familiares de los padres de la patria juran que nadie contó con ellos para eso. Total, Raúl Castro era el dueño de todos los vivos de la isla, ¿por qué no iba a ser el de los muertos también?

Los restos partirían el miércoles 30 de noviembre desde La Habana y recorrerían la isla por 4 días. La población iba a poder rendirle homenaje en La Habana el día lunes 28 desde las 9 de la mañana hora local hasta el mediodía del martes 29. El 3 de diciembre en la plaza Antonio Maceo de Santiago de Cuba estaba programado otro evento popular. El martes 29 en la noche decenas de mandatarios y personalidades del mundo se reunieron en la plaza de la Revolución para despedir al líder en un acto masivo en La Habana. Las calles estaban vacías, llenas de policías, militares y hombres y mujeres que fueron reclutados.

¡El país listo para la guerra!

Era asombroso como todo el pueblo que quería rendirle homenaje

a su líder fue obligado a hacerlo frente a una fea foto. No estaban las cenizas del «amado Fidel» para la población. No les tocaba. El pueblo marchaba de espaldas al edificio donde realmente habían colocado sus cenizas, que sólo se mostraron a un selecto club VIP de familiares y gobernantes. El pueblo no se pudo despedir bien de su presidente. Así era el miedo que le tenían al pueblo de a pie. Los gobernantes de la isla no confiaban en su pueblo.

Por muchos años la gente de Cuba, los exiliados y sus enemigos, estuvieron esperando la muerte de Castro. Uno se la imaginaba repentina y que por arte de magia todo fuera a cambiar, pero no fue para nada así. Fidel tuvo una larga enfermedad y en el camino a la tumba estuvo escribiendo cientos de pequeños textos que eran mandados al periódico del partido y publicados a pesar de los errores o las chocheras.

Raúl, que era el que estaba en el poder, podía decir una cosa en la mañana y al otro día el hermano mayor, como diciendo, yo soy el que sigo mandando, publicaba lo contrario. Con la muerte del hermano mayor, el pequeño de los Castro ya era el último de la familia en el poder.

Raúl Castro se veía cansado, vencido, como si algo en su interior hubiera deseado que se acabara todo.

Me asombró ver que los miembros de la familia real que más protagonismo tuvieron fueron los últimos hijos, los más jóvenes, los que había traído al mundo mi tío abuelo Sinobas. A Fidel Castro Díaz-Balart, el hijo con el que más había coincidido, el más famoso, lo habían dejado tirado a un lado. Luego acabaría matándose.

El resto de hijos y nietos, medio lampiños, empezaron a dejarse la barba para homenajear al viejo Fidel.

Una gran y redonda piedra iba a custodiar las cenizas. Más allá de las teorías de la conspiración, que decían que el Caballo Mayor se había muerto antes o que sus restos no estaban realmente ahí.

Los viejos guerrilleros que tuvieron que ver la ceremonia privada desde los televisores, se sintieron abandonados, traicionados. ¿Por qué unos sí eran invitados y otros no? ¿Por qué estaba Maradona y ellos no? Gente que incluso había salvado la vida del Comandante en la guerra, ahora era tirada a un lado.

¿Qué pasó puertas adentro de esa casa? ¿Cómo fueron sus últimas horas? ¿En qué momento llegó Raúl? ¿Pasó en Punto Cero? ¿Dalia y los muchachos se quedaron con sus uniformes, sus cabellos? Algo para vender luego. ¿El hijo fotógrafo le hizo un retrato? Una foto de Fidel muerto podría subastarse muy bien.

Con el pasar de los días, Raúl mandó a desmantelar la casa de Fidel, la famosa «Punto Cero», así como la casa de calle 11, la de Celia Sánchez.

¿Los papeles, los secretos, iban a perderse? ¿Iban a ser quemados?



El 4 de diciembre el ministro de Cultura me recibió en su despacho. Ese mismo día se realizaba el sepelio de Fidel en el cementerio de Santa Ifigenia en Santiago de Cuba. El ministro no estuvo presente en aquella despedida. Al verlo me lo encontré en mal estado, muy sentido, dolido, enfermo quizás, en una oficina inmensa y llena de pañuelos mojados donde una secretaria entraba de vez en cuando y le acariciaba el hombro con pena.

El ministro quería hablar de mi película en una fecha tan importante, era fundamental que mi obra no siguiera haciendo ruido, al final lo único que hacía era dañar más a la Revolución.

Decenas de textos habían aparecido en los medios oficiales atacando a mi película y a su autor. Una nueva ola se había desatado ahora con la muerte del líder.

El ministro me trató como si yo aun fuera «uno de ellos», me mandó a leer su obra y bromeó sabiendo que yo sabía cómo se movían las cosas en esas altas instancias.

El ministro intentó saber dónde estaban todas las copias de la película y yo le dije que eso ya estaba «en el aire», no había manera de borrarla, existían copias en Francia, en Colombia. Al ver que no tenía cómo borrar la película (cosa que demostraba su ignorancia con respecto a cómo funcionaba el cine) empezó a interesarse por saber cómo yo viajaba.

Ya que no podía controlar el recorrido de la película por el mundo, quizá si me prohibía salir del país, podía contener todo. No quería que fuera a los estrenos y presentaciones.

Ya la película estaba censurada en Cuba, pero él no se quedaba contento con eso, no, tenía que evitar que la película se viera en el mundo.

Me preguntó si me había leído los libros del Comandante y me recomendó fervientemente 100 horas con Fidel. Fue en ese punto de acercamiento cuando propuso producirme una película a cambio de que escribiera un texto diciendo que la figura de Fidel era intocable.

El jefe de cultura Abel Prieto me dijo, literalmente: «Si escribes un artículo diciendo que Fidel es intocable, te producimos tu próxima película».

En esa reunión sentí que la vida me estaba poniendo una trampa para que me definiera. Podía tirar de las viejas tradiciones familiares y coronarme finalmente como uno de ellos, o alejarme de toda esa

mierda y ser yo mismo.

Salí destruido de esa reunión. Decepcionado más, si aún era posible. Si el ministro me trataba como un mafioso y se creía en el poder de comprarme, sólo quería decir algo: que otros realizadores sí habían sucumbido antes a sus sucias propuestas.

En ese país todo estaba podrido.

Corrí y, como en una película de ladrones de banco, compré una caja de dulces y soborné a una persona en el Instituto de Cine para que me diera mi pasaporte (la institución no permitía que uno lo tuviera en casa). Tenía que ser capaz de salir del país para acompañar mi película.

Tenía que huir.

Con la muerte de Fidel tuve varios sentimientos encontrados. Por un lado, el Comandante había sido cercano a mi familia, y por otro, desde hacía rato había visto la manera en que vivían los mandatarios cubanos y el desprecio que le tenían al pueblo de a pie. Además, me encontraba en una batalla con las autoridades culturales por el simple hecho de tratar de contar una verdad.

Yo sabía que en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) habían colocado un libro de firmas para expresar el pésame, pero me debatía entre ir o no. Me daba miedo no ir y que me atacaran más, pensaba que si iba, quizá me quitaba un poco de problemas de arriba.

Al final tomé la decisión más cobarde y fui a firmar el libro de condolencias. En la puerta de la UNEAC había un agente que me recibió con la frase: «Bienvenido, Lechuga».

Cuando firmé el libro, levanté la cabeza y vi mi reflejo en un espejo. Estaba firmando por miedo. Ya en mí no había ningún tipo de admiración hacia Fidel.

El niño que amaba a Fidel había muerto. Lo habían matado.

Quizá era eso lo que mantenía la Revolución viva: EL MIEDO.



A inicios de la década de los 60, mi abuelo fue parte de las negociaciones de la crisis de los misiles. En el momento en que Kennedy descubrió que Cuba tenía misiles nucleares soviéticos en sus tierras, mi abuelo era la máxima autoridad revolucionaria en Estados Unidos. Entonces, cuando el mundo estuvo a punto de una guerra nuclear, cuando los soviéticos y los norteamericanos estaban tratando desde la diplomacia de no destruir el planeta, Fidel le estaba dando órdenes bien claras a abuelo.

El Comandante mandó a que se reuniera con un enviado de

Kennedy en Nueva York a ver si conseguían resolver la situación. La verdad es que el ego y la grandilocuencia tonta de Fidel no lo dejaban ver que Cuba era simplemente una islita, un puerto pequeño donde estaba depositado ese peligro y que la verdad es que ya los habían dejado fuera. En la mesa de negociaciones la antigua URSS y EE.UU. no necesitaban contar para nada con los muchachos del Caribe.

Fidel quería que se respetaran cinco puntos a cambio de retirar los cohetes soviéticos:

– el cese de todas las actividades subversivas contra Cuba,
– el cese de los ataques piratas,
– el cese de las violaciones del espacio aéreo,
– la retirada de la base naval de Guantánamo,
– la devolución del territorio cubano ocupado por Estados Unidos.

En la televisión, el máximo líder apareció como un loco, despeinado, casi con ganas de que empezara la guerra. Abuelo fue cómplice y parte de ese juego. Si le hubieran hecho caso a Fidel hoy estaríamos todos muertos. Con tal de pasar a la historia era capaz de cualquier cosa el líder de la Revolución cubana.

Abuelo siendo parte del fin de la civilización. ¡Qué locura!

Más allá de lo surreal de la situación, cohetes nucleares rusos a sólo 90 millas de Estados Unidos, y del ego de Fidel, la verdad es que Kennedy autorizó a que uno de los suyos se viera con mi abuelo.

Tuvo lugar una sola reunión y aquello no llevó a nada.

Al llegar a Cuba, cuando abuelo se bajó del avión, vio a un grupo musical, un trío, tocando y cantando, en medio de la crisis, recibiendo a los turistas como si nada pasara. Le hizo gracia y por años hablaba y bromeaba con eso.

La alegría y la fiesta del cubano en un momento tan serio.

Abuelo siempre estaba de viaje. Su desconexión con la realidad de la isla era motivo de bromas. Un día, avanzada la Revolución, llegó del aeropuerto y se acercó a una cafetería en la carretera central y pidió una cajetilla de cigarrillos Chesterfield (como si Cuba fuera Nueva York) y se le echaron a reír en la cara y le dijeron: «¡Qué bien se ve que no vives en Cuba!».

Los cigarrillos, como un millón de cosas más, habían desa-parecido hacía siglos.

Muchos años después, abuelo (que era de los pocos autorizados por Fidel para hablar del tema) fue parte de la reunión con McNamara y otros políticos norteamericanos del gabinete de Kennedy, que en aniversario cerrado se dispusieron a hablar de lo que pasó en aquel octubre. Es gracioso, pero abuelo apareció frente a todos con la voz cortada, diciendo inocentemente que no sabía por qué los soviéticos habían colocado cohetes en Cuba. Abuelo decía que para él y para Fidel era una sorpresa. Una vez más salvando al jefe, a un comandante

que con cara de inocente se hacía el ángel de Dios. Un comandante que sabía y controlaba todo lo que pasaba en la isla, hasta el más mínimo movimiento de una mosca.

Yo toda la vida he sido muy imaginativo y no sé por qué, siendo un muchacho, empecé a pensar que abuelo tenía algo que ver con la muerte de Kennedy.

Lo que yo sabía de abuelo venía de lo que me decía mi familia, los amigos cercanos. La gente que más o menos sospechaba que tenía una vida oculta o las manos manchadas, no se atrevía a hablar conmigo. Tuve que esperar a que pasara el tiempo, a irme del país para descubrir con mucho dolor a un abuelo desconocido.



El escarabajo VW amarillo de mi abuela Bebita, tenía un olorcito a nuevo que me encantaba. El primer apartamento de abuelo, antes del chalet, tenía olor a «afuera». Olor a «afuera» no era otra cosa que olor a ropa lavada con productos que no se encontraban en la isla. Cosas que abuelo traía de sus viajes en el extranjero. En el fondo de la casa había olor a caca de animales siempre, ya que el apartamento estaba en un tercer piso y en la planta baja un alto general del ejército tenía un zoológico personal. Recuerdo de niño ver como las aves exóticas que andaban sueltas por el barrio subían volando y ponían sus huevos en el interior del aire acondicionado. Así encontré huevos bien raros, originales, negros, con bolas blancas, bien bonitos.

El olor que más me agradaba venía sumado al recuerdo de despertarme bien temprano en la mañana e ir con abuelo rumbo a donde tenía su yate fondeado. Ese olorcito de mar, combustible y madera vieja me encantaba.

Salíamos en el yate a «pasear», ya que nunca lográbamos pescar. Dábamos una vuelta por el litoral norte de La Habana y veíamos la ciudad desde otro punto de vista, un punto de vista al que casi nadie tenía acceso, ya que estaba prohibido que los cubanos se montaran en embarcaciones de recreo.

En una de esas salidas vi por primera vez el revólver de abuelo. Estiré la mano para agarrarlo y el me lo quitó del campo de visión.

¿Abuelo sabía disparar?

La verdad es que se justificaba diciendo que llevaba el arma para proteger el yate. Los cubanos estaban robándose los barcos para escapar a Estados Unidos. ¡Nadie aguantaba la crisis! En la dársena donde abuelo fondeaba su yate ya se habían robado unas cuantas embarcaciones.

¿Y si todo era una máscara? ¿Y si abuelo no era quien decía ser? ¿Y si era el asesino de Kennedy?

En ese yate conocí a varios agentes y espías cubanos que al parecer tenían una trayectoria probada.

¿Alguno de ellos había tenido que ver con el asesinato de JFK?

Luego abuelo vendió el yate y se mudó a la calle 88. La luz daba de una manera más suave en ese chalet, que era de una sola planta y formaba un cuadrado de cristales, con un patio interior. Un patio que parecía casi un jardín japonés. En la biblioteca, donde la luz daba menos, estaban escondidas unas latas de película. Unas latas de Super 8 y Super 16 que abuelo había filmado en Cuba y en otras partes del mundo.

Pues no sé por qué, algo me hacía sospechar que esas latas tenían el mayor secreto guardado del siglo xx: quién era el verdadero asesino de Kennedy.

Cuando acabé de estudiar cine, tuve la posibilidad de llevarme de casa del viejo las latas de película que había filmado a lo largo de su carrera. Las cintas estaban dañadas, olían a vinagre y a químicos raros. Sólo se podían salvar dos y cuando fueron telecineadas, pude ver el encuadre hecho por un hombre que estaba en las gradas de la plaza de la Revolución. Se veía a Fidel, de espaldas, hablándole al pueblo. Se veía un desfile de cohetes pasando. Los gobernantes riendo y a lo lejos, el pueblo borroso. Un pueblo que por las partículas del material fílmico y los granos no se veía bien. Un pueblo que era una mancha. Millones de personas sin voz ni voto.

Y ninguna prueba real del tema Kennedy.

En otra de las películas, filmada por mi abuela Bebita, se veía a abuelo feliz en una playa bailando. Estaba barrigón y como le llevaba treinta años de diferencia a su esposa parecía tratar de esconder las masas sobrantes. Los dos se veían felices, enamorados. Eso me hizo pensar mucho en mi tía, que se había pasado toda la vida diciendo, tratando de convencernos, o de convencerse, de que Bebita y Abuelo no eran felices.

Hace apenas unos meses puse una foto de abuelo en las redes porque era un aniversario más de su muerte. Para mi sorpresa, un viejo conocido de la isla, que ahora vivía en Dinamarca comentó mi post con unas ofensas curiosas.

¿Por qué digo ofensas curiosas? Porque en sus palabras dejaba entrever que tenía unos documentos secretos sobre mi abuelo el embajador.

Le escribí por interno al amigo de Dinamarca y el tipo me contó que el gobierno de Estados Unidos había desclasificado unos papeles en donde se mencionaba a abuelo.

Según mi amigo, en los informes se deja ver cómo mi abuelo,

mientras era el máximo representante de Cuba ante Naciones Unidas, tuvo que escoger entre su esposa y Fidel Castro.

Esta esposa no era ni mi abuela Centa, ni mi abuelastra Bebita. Era una señora llamada Adria que fue un matrimonio intermedio y más corto.

Yo sabía que abuelo había estado casado con esta mujer llamada Adria y que con ella había tenido una hija, una hija de la que no se hablaba mucho, una hija que se había quedado con la madre en Estados Unidos, madre que por más de cincuenta años le estuvo metiendo miedo a la hija con Cuba y con abuelo.

Abuelo y su hija no se volvieron a ver (ella tenía unos diez o doce años cuando se separaron).

Ahora debe tener setenta y vivir en algún lugar perdido de Virginia.

Le pedí a mi amigo que me mandara los documentos, pero me dijo que yo era un comunista más y que mejor nos dejábamos de hablar.

La división de cubanos una vez más.

No pude encontrar los documentos desclasificados, pero enseguida le escribí a mi mamá para ver qué me decía y mamá me dijo que no le hiciera caso a ese tipo de cosas.

A lo largo de mi vida, un par de veces mi madre me tuvo que advertir: «No quiero que le hagas caso a un libro que ha salido y en donde se habla mal de tu abuelo». Mamá no podía asimilar que su padre hubiera hecho o fuera parte de algo malo. Lo justificaba y arremetía contra el que quisiera dañar su imagen del viejo patriarca.

Tratando de tapar el sol con un dedo, mamá intentaba que la imagen que yo tenía del viejo no se corrompiera, no se corrompiera con la verdad.

Poco a poco, sin quererlo, fueron llegando historias ocultas de abuelo, la sensación de que no lo conocía me inundó el cuerpo. ¡Por supuesto que tanto lujo en un país como Cuba no venía gratis! Abuelo había tenido que hacer cosas muy malas para poder vivir como vivía.

Entre el dolor, el asco y el asombro navegaba tratando de no perder el amor que sentía por él. Coloqué varias fotos en mi habitación alquilada en Madrid, pero al mismo tiempo que lo veía me preguntaba quién era ese desconocido.

La luchadora Natalia Bolívar tenía un testimonio de cómo abuelo la maltrató estando embarazada. Guillermo Cabrera Infante en «Mapa Dibujado por un Espía» denuncia lo privilegiado y creído que andaba el viejo a inicios de los 60.

Abuelo había sido puesto al mando del Consejo Nacional de Cultura y desde allí cumplía las órdenes del Comandante en Jefe. Fidel estaba molesto con la luchadora Natalia Bolívar porque era de otro grupo armado diferente al de él en los momentos antes del triunfo. A

Fidel no le bastaba con haber sido él el gran vencedor de la gesta, por lo que a sus compañeros de lucha también les hacía la guerra. Fidel quería sacarse de arriba a Natalia Bolívar y abuelo fue parte de ese capítulo también.

En ese poco tiempo que estuvo al frente de la cultura priorizó mucho la difusión de bailarines y congas y así borraba un poco el pensamiento crítico de personas como Cabrera Infante, al que también echarían a un lado.

Mucho ruido de tambor para apagar los cerebros y las críticas.

Ahora por estos días me ha dado por ir a trabajar a una biblioteca muy acogedora que hay aquí en Madrid. He retomado el diálogo con mi amigo, el que vive en Dinamarca, y el socio me ha mandado los documentos desclasificados del gobierno de Estados Unidos.

En uno de los archivos desclasificados por la CIA, «Esfuerzos por separar al régimen» (Marzo-Junio, 1962), en el acápite 3 «Hombres importantes no claramente alineados al 26 de julio o al partido comunista» hablan de mi abuelo en el inciso D: «El embajador cubano ante Naciones Unidas».

La CIA tenía dudas. ¿Era abuelo alguien propenso a traicionar a Fidel?

En el documento analizan la posibilidad de que abuelo fuera dejado por su esposa del momento, Adria, que junto con la hija en común iba a buscar asilo en Estados Unidos durante el mes de noviembre del 62.

En uno de los reportes del servicio secreto estadounidense hacia la Casa Blanca con fecha de 14 de abril de 1961 se informa de que mi abuelo Carlos Lechuga Hevia, el diplomático en la embajada de Cuba en México, que se convirtió en embajador de Cuba ante Naciones Unidas, mientras seguía casado con Adria tenía un romance con la secretaria de la embajada Sylvia X. Este «affair» estaba siendo usado por la CIA para convencer a Lechuga de que abandonara la misión cubana y con su esposa se quedara en Estados Unidos.

Si Adria, que tenía una hija pequeña con mi abuelo, le pedía quedarse en Estados Unidos, la CIA tendría la posibilidad de hacer que abuelo se convirtiera en un delator y enterarse de las cosas que pasaban en la diplomacia cubana.

Según otro informe, una inusual y sensible fuente de la embajada de Cuba en México, le contó a la CIA que mi abuelo le pidió el divorcio a Adria. Entre seguir al lado de su familia en Estados Unidos o irse a Cuba con Fidel, el viejo había optado por la segunda opción. Fidel y la Revolución era lo más importante.

En el archivo 124-90137-10272 «Sin título» la CIA anota que mi abuelo enfatizó que se quedaba con Castro, aunque esto le costara su matrimonio.

Prefería a Fidel que a su mujer e hija.

Abuelo regresó a la isla, la CIA se perdió un delator.

Luego el viejo no volvió a ver a esa hija nunca más.



El archivo desclasificado que más me interesó fue 180-10108-10017 «Antonio Guillermo Rodríguez Jones» donde se reportaba que el Servicio Secreto sabía que abuelo andaba por las calles de Estados Unidos con Quintín Pino Machado y José Meleon Carrera, que eran personajes de mala reputación, que portaban armas a todas partes donde se movieran.

La información que llegó a Kennedy y a Jackie también, decía que las fotos de estos personajillos cubanos que eran considerados peligrosos iban a ser distribuidas entre toda la seguridad norteamericana porque el plan de Lechuga era hacer un desplante, dejando su silla vacía cuando Kennedy se fuera a dirigir a las masas en la Organización de Estados Americanos. Esa silla, que Lechuga iba a dejar vacía para hacerle un feo al gobierno de Estados Unidos podía ser ocupada por Quintín Pino Machado que tenía un arma.

Un cubano armado cerca de Kennedy tenía que ser atendido con cautela. Y por supuesto que el gobierno de Estados Unidos tomó medidas y ningún incidente grave ocurrió en ese momento.

Eso es lo más claro que he encontrado en papel del tema abuelo-Kennedy-armas.

En otro de los archivos desclasificados se decía que la cabeza de la seguridad y la inteligencia cubana en ese momento en Estados Unidos, el jefe de todos los espías, era mi abuelo, pero de eso, como de tantas otras cosas secretas, no hay prueba.

Todo esto me hizo pensar en García Márquez y en la persona que era mi abuelo antes de conocer a Fidel. Los dos escribían, los dos hacían periodismo y sin embargo en un momento de sus vidas, por el halo encantador de Castro, los dos empezaron a jugar a espías y pistoleros.

Es raro.

Hace unos días, mientras estaba acabando de escribir este libro, un amigo lejano, que no conoce mi historia familiar, me manda un extracto de los diarios de Allen Ginsberg, el famoso escritor de la generación beat, que había sido expulsado de Cuba. Era un trozo de diario que tenía que ver con las historias de Allen en La Habana.

Ginsberg anota en uno de los textos de los 60 que, comiendo con un amigo, se entera de que el director del Consejo Nacional de Cultura

de Cuba de aquellos años, Carlos Lechuga, llamaba por teléfono a un antiguo jefe de la Escuela de Artes Dramáticas (un tal H.L.) para presionarlo y obligarlo a que expulsara a cinco profesores que tenían fama de ser gays.

No lo podía creer. Todavía me asombraba. Todavía me sorprendía ese abuelo desconocido.

¿Ese viejito canoso elegante que me agarraba de la mano para cruzar la calle era capaz de eso?

¿Mi abuelo llamando para expulsar a un profesor por sus preferencias sexuales?

Luego mi abuelo expulsaría a ese jefe de la escuela de arte dramático (H.L.) porque no había sido lo suficientemente duro con «esos maricones».

A los pocos días me envían por correo electrónico unas cartas manuscritas de la pintora Antonia Eiriz donde también menciona a mi abuelo. En la carta a Guido Llinás del 31 de enero de 1965, Antonia le cuenta que el problema homosexual está haciendo estragos. Habla de que botaron de las escuelas de diseño de teatro a varios profesores como Raúl Martínez o Raúl Oliva.

Vuelve a salir el nombre de mi abuelo cuando menciona que están haciendo una purga en los grupos de teatro.

Antonia anuncia que antes le habían escrito a Lechuga para ponerlo al tanto del problema y menciona la persecución al escritor Calvert Casey y a Raúl Martínez.

Al parecer, escribe Eiriz, Lechuga le dijo a un tal Hugo Ulive que todos los profesores que presentaran muestras de ser gays debían ser expulsados. Lechuga recalcó que para disimular había que decir a los expulsados que eran alejados por un problema de falta de presupuesto o cualquier otro pretexto.

Leyendo esas cartas tuve la confirmación. Abuelo había acabado con la carrera de mucha gente a la que yo admiraba.

Pensé que Hugo Ulive era el mismo H.L. de Ginsgberg, pero luego encontré que era Ugo Ulive sin H, dramaturgo y cineasta uruguayo, director de la Escuela de Artes Dramáticas desde 1961, destituido de su cargo por mi abuelo Lechuga.

Tantos cuadros de cubanos famosos colgando de las paredes de abuelo, tantos libros. ¿Cómo se podía vivir con el arte de ellos habiéndoles hecho la vida un yogurt?

La sensación que siento en el cuerpo cuando escribo esto es bien extraña, indescriptible. Me duele el estómago. El abismo al que me enfrento por saber que nunca voy a poder conocer a fondo todo lo malo que salió de la familia Lechuga en aquellos años.



Cada mañana mi madre amanecía igual, feliz y cantando. Desde temprano a mí se me llenaba el cuerpo de una rabia fuerte. ¿Cómo puede cantar? ¿Después de lo que me ha pasado? ¿Estando el país así?

Mi madre sabía que el país estaba en el peor de los momentos, la crisis era profunda, no era boba y en difíciles circunstancias había sacado adelante a la familia, pero había algo en ella, como en el resto de los cubanos, que me hacía enfermar.

Mamá veía la propaganda televisiva comunista y enseguida asentía con la cabeza. La convencían rápido y decía: «Es verdad que hay crisis, pero afuera está peor».

Ese «afuera» representaba todos los miedos que podía tener: miedo a sufrir, miedo a no tener un techo, miedo a ser dejada, miedo, miedo, miedo.

Fidel Castro fue el que más miedo nos metió. Asustándonos por todo es que nos mantuvo presos y a su antojo. El pueblo parecía preferirlo antes que cualquier otra opción.

Estando viviendo con mi madre me enamoré de una muchacha que era una activista muy en contra del sistema. Por sus labores y conspiraciones estaba vigilada. Aumentó mi rechazo hacia los gobernantes de la isla y en el medio de la pandemia de COVID se fue a vivir a mi casa, conmigo y con mamá.

A cada rato, era muy común ver fuera del pasillo cómo la policía ponía una patrulla policial para vigilarla, a ella y a las amistades que la visitaban.

La policía secreta y la Seguridad del Estado trataron de que yo colaborara y hablara con ellos para saber bien en qué andaba mi chica.

Todavía no sabían quién era. Todavía tenían esperanza en que fuera un poco más abuelo y un poco menos yo.

Mi madre, como sabía que yo estaba enamorado, una vez más complació a su hijo y a pesar de todos los problemas, fue una aliada. Era curioso verla salir a la calle anotando mentalmente el número de la patrulla que vigilaba y entrar como si fuera una guerrillera más y decirnos: «Hoy está el auto 444».

En el momento clímax de la relación con esta activista, el miedo me pudo y la dejé ir.

Una vez más el miedo, mi aliado perenne.

El 27 de noviembre del 2020 un grupo de artistas se reunieron delante del Ministerio de Cultura en una sentada contra la violencia y por la libertad. Hasta allá fui y me sentí parte de algo histórico.

Por primera vez el pueblo, los jóvenes, tomaban una calle para decir que no estaban de acuerdo. La Seguridad del Estado y la policía nos rodeó y querían que todo acabara de manera violenta para poder decir que el imperialismo yanqui estaba tratando de hacer una revuelta en la isla.

Le dijeron a la opinión pública que éramos unos pagados por la CIA. No podían asumir que el descontento era real y que la gente se había reunido ahí por voluntad propia.

Para mí, estar allí fue una manera de cerrar un ciclo, de liberarme y mostrarle al mundo que los que estaban mal eran ellos, los que mandaban. Y nosotros, los jóvenes, lo único que queríamos era un cambio.

Entre la lucha de lo muerto versus la vida, teníamos todas las de ganar.

Con el pasar de los días y luego los meses, el Ministerio del Interior en contubernio con el Ministerio de Cultura atacaron con violencia a la juventud cubana.

El 11 de julio del 2021 el pueblo salió a la calle y el presidente de la república mandó a que los que creían en la Revolución salieran a golpearlos. La incitación al odio, a la separación, llegó a su clímax.

¡La orden de combate está dada!

Miles de cubanos, algunos amigos, fueron encarcelados con condenas de más de doce años por el simple hecho de pedir libertad.

Sé que la voz de los dolidos, los oprimidos de la isla, no la escucha nadie.

Estamos solos. Con nuestras madres distantes y con nuestras heridas abiertas.

La verdad es que cada vez que trato de hablar de esto fuera de Cuba o presento algunas de mis películas, la izquierda global, que sí disfruta de los beneficios de la democracia, me intenta callar.

Desde Francia o Buenos Aires es muy fácil decir: «Cuba tiene que seguir siendo el faro que ilumina al mundo. David contra Goliat».



Mi madre lo que más deseaba era tener un hijo. A los 16 años conoció en una escuela de diseño a mi padre, que era un mujeriego sexy. Pasó un tiempo en el que no volvieron a coincidir, hasta que se encontraron trabajando en una editorial de libros de texto para pioneros comunistas.

Mi padre seguía casado y a unos pocos kilómetros tenía dos hijos y una familia bastante establecida, cuando mi madre empezó a decirle

que quería tener un hijo suyo.

No sé cómo, pero mi madre lo convenció de pasarse una paloma blanca por todo el cuerpo en un ritual espiritista para que ella pudiera salir embarazada.

A pesar de que era su amante, quería tener un hijo con ese hombre. Mi padre y mi madre hicieron de todo para que llegara la barriga. Los dos, siendo revolucionarios, se fueron a escondidas a hacerse la limpieza espiritual con la paloma blanca.

A mamá le restregaron, además, una calabaza con miel por todo el vientre.

Cuando salió embarazada, mi padre ya tenía una segunda amante. Mi madre le dijo de mudarse juntos, pero venía con mi abuela Centa a cuestas. Mamá no podía dejar a su madre sola. Mi padre no estaba interesado en vivir con esas dos mujeres o simplemente ya estaba más enamorado de la amante de turno. No sé. Quizá es que mi viejo tenía miedo de estar en una nueva familia. A lo mejor huir era más fácil que estar en esa situación. No sé qué fue lo que lo motivó a dejarla sola, pero así fue.

A los pocos meses de embarazo, mi padre dejó a mamá sola con su madre, su enfermedad y su carné del partido.

Yo era muy enfermizo de niño y mi mamá no salía del hospital conmigo.

Recuerdo cómo me llevaba, sola, cargándome en brazos a Urgencias. Daba unos pasitos cuidadosos porque la noche cubana era bien oscura.

En una de esas salidas, caminando por el parque de H y 21, en el Vedado, en La Habana, nos cruzamos a una señora negra, una desconocida que nos dijo: «Si tú quieres sacar a ese niño del hospital, lo primero que tienes que hacer es presentárselo a su verdadera madre: la Virgen de la Caridad del Cobre».

Mi madre se quedó boquiabierta. Sabía lo que significaba eso, pero no podía hacer nada. Si cogían a una mujer del partido comunista en una iglesia o en una ceremonia, la iban a hacer trizas. A escondidas, mi abuela y unas de sus amigas brujas me secuestraron sin que mi mamá se enterara para bautizarme. Pero esto era distinto. Ahora le tocaba a mi madre, a escondidas, llevarme a una ceremonia religiosa.

Después de mucho cavilar tomó la decisión acertada.

Sólo lo hizo porque era una cuestión de salud.

En la misa en cuestión había unas treinta personas, mi mamá llegó a escondidas y el sacerdote gritó: «¡Esperen! ¡Paren todo! Ha llegado una malagradecida con su hijo a saludar a Oshún».

A inicios de los años 90 del pasado siglo Cuba vivía una de sus peores crisis económica, política y social. La caída de la Unión Soviética dejaba a la isla sin su aliado y sin el apoyo monetario que le

brindaba.

Fidel llamó al pueblo a apretarse los cinturones porque venían tiempos duros y el pueblo, por supuesto, acató las órdenes. A este momento se le llamó «Período Especial en Tiempos de Paz». Los cubanos andaban grises, ojerosos y habían bajado hasta un treinta por ciento de su masa corporal por el hambre que estaban pasando.

En aquel entonces era muy normal caminar por la calle y ver a todos los cubanos flacos, vencidos, desmayándose por el hambre y el sol. Como tampoco había combustible, el único medio de transporte que estaba a mano eran las bicicletas. Había una ironía morbosa en la situación: el cubano no estaba bien alimentado y sin embargo, si se quería mover de un punto de la ciudad al otro tenía que pedalear y pedalear como si fuera un deportista de alto rendimiento.

La gente estaba desapareciendo en vida.

Las bicicletas llegaron de China y las había «hembra» y «macho». Todas eran negras y lo que las diferenciaban era que unas pesaban más y tenían un tubo al que llamaban «caballo». Un tubo que siempre te rozaba la ingle.

La bicicleta de mi madre, que era madre y padre a la vez, era una bicicleta «macho».

Los cortes de electricidad eran de ocho horas seguidas y cuando ponían la luz había que correr a conectar las neveras para que no se pudriera el poco alimento que se conseguía.

Mi madre se pasaba la madrugada con un cuaderno en la mano, abanicándome para quitarme los mosquitos de arriba. En el medio de una isla tropical y sin poder encender un ventilador para que alejara a los zancudos, éramos presa fácil. Mi madre se dejaba y aguantaba las picadas, pero al «niño» no lo podían picar.

Casi sin haber dormido, cuando amanecía, mamá tenía que salir a la calle a conseguir lo que fuera para alimentar a una anciana y a un niño pequeño.

En la casa le llamábamos «arroz con salsita» porque era lo único que comía. Cuando conseguía alguna proteína nos la dejaba a nosotros, a abuela y a mí, y ella sólo se comía el arroz blanco. Para darle algo de sabor a ese arroz insípido, lo calentaba en el mismo sartén donde nos había hecho la proteína a nosotros.

Mamá, más conocida por «arroz con salsita», bajó tanto de peso que parecía una muerta que habían sacado de la tumba un rato a pasear.

Esa «muerta», obligada a tener que luchar como una leona para poder llevar un plato de comida a la mesa, me dio todo lo que tenía a mano y también lo que no, para hacerme un hombre de bien.

Mi madre potenció cada cosa que quise hacer: me puso en clases de pintura (aunque luego nos enteramos de que el profesor era un

acosador sexual), de piano (aunque luego vendimos el piano para comer), de judo (aunque luego yo resulté muy flojo).

Mamá y yo salíamos juntos de la casa, caminando un kilómetro a paso lento y unido, rumbo a unas clases de computación que daban con unos televisores en blanco y negro y unos teclados duros que parecían máquinas de escribir. Allí, aprendiendo juntos, como dos amigos de toda la vida, me pareció verla un poco interesada en el profesor. Creo que por celos armé una perreta y no quise ir más.

A mamá le jodí un par de novios con mis celos. Las pocas veces que ella intentaba salir sola yo no la dejaba o me inventaba una enfermedad. Recuerdo una perreta que hice en la camita del cuarto del fondo y verla maquillada, ya lista, teniendo que cancelar sus planes.

Creo que tuvo dos o tres enamorados en cuarenta años. Pero casi siempre sus noviazgos los interrumpía yo. Por celos. Por tener ese tipo de relación enfermiza que hubiera inspirado a Michael Haneke a hacer una segunda parte de La pianista.

En un momento de la vida, mi madre no tenía cómo alimentarnos a mi abuela y a mí, y empezó a alquilar una

habitación, mucho antes de que existiera Airbnb. Este alquiler era ilegal y si te cogían haciéndolo te ponían una multa de 400 dólares, que era como veinte meses de salarios cubanos. Mi madre le alquilaba la casa a un colombiano llamado

Felipe, que no dejaba de mirarla con ganas. Felipe estaba casado con una colombiana bajita y ver a esta cubana tan altota lo enloquecía. Mi madre y yo dormíamos en el sofá de la casa, mi abuela en el último cuarto y el cuarto nuestro era el que le alquilábamos a Felipe. El día que lo fueron a consumar yo empecé a llorar y les corté el romance.

Recuerdo a un joven escritor que se había ganado un premio por un cuento que ocurría en una funeraria. El chico tenía el pelo largo, era más joven que ella. Mi mamá me llevaba a su casa y lo visitamos un par de veces. Recuerdo una vez tirarme en el suelo y mirar debajo de su cama a ver qué había. Mi mamá se puso colorada. Debajo de la cama no había nada raro, sólo libros.

Cuando algún vecino venía con alguna historia de horror y misterio como el marido de Ana Laura le pega, el esposo de Gladys la engaña, el novio de Yadira es un borracho, mamá decía: «Por eso yo estoy sola».

Esa justificación le servía para seguir sola. A diferencia de su hermana mayor, que ya iba por cinco matrimonios.

A veces discutíamos porque yo le decía: «No me culpes a mí. Tuviste los novios que tuviste porque quisiste. Pudiste tener más». Y ella me decía: «Te ahorré tener un padrastro malo». Siempre me

dejaba caer eso y mis hombros de niño pesaban un poco más.

Hasta el día de hoy mi madre está sola. Se ha acostumbrado a eso. Lo prefiere así.

Luego cuando crecí, mi madre hizo lo que estaba en sus manos y lo que no, para que yo no sólo pudiera estudiar cine, sino también pudiera llegar a concretar mis sueños, estar en un set y dirigir una película. Cuando no se movía en una bicicleta, caminaba de allá para acá, con su paso lento pero aplastante.

Mamá y yo caminábamos mucho, de casa de mi tía a nuestra casa, de la escuela a la casa, rumbo al médico, a alguna clase o profesor. Esas caminatas mamá las aprovechaba para hablarme como si fuera un adulto. Me educaba para que no acabara siendo como los déspotas que visitaban la casa de mi tía.

En una de esas caminatas con ella se me ocurrió la idea para una posible película de horror: una madre y su hijo adolescente viven en un país que se está llenando de zombis y monstruos. La madre lucha porque el hijo no pierda el lado humano y para eso lo acompaña todos los días al colegio. El chico no debe dejar la escuela. En las noches, frente a una fogata, la madre lee a los grandes humanistas e intenta que el chico, que a diario convive con lo monstruoso, mantenga su esencia humana. La madre obliga al niño a ir a la escuela todos los días, y para lograr que se gradúe tiene que enfrentarse a disímiles batallas.

Evitar convertirse en un monstruo, como el resto, es la meta.

De adolescente quise dejar la escuela y mi madre llamó a mi padre para que me hablara, condujera, encaminara. A los pocos días mi padre, que era diseñador, se apareció en mi casa con un cartelito de quince centímetros que rezaba:

El pesimista se queja del viento.

El optimista espera que cambie.

El realista ajusta las velas.

El cartón tenía un borde rojo muy cuidado. Ese día no hablamos mucho más. El resto de la educación, toda, vino de mi mamá y mi abuela Centa.

En pleno «Período Especial» no sólo cortaban la electricidad, también apagaban el gas y a veces no llegaba el agua.

Las madres cocinaban con leña en la calle a manera de queja, para hacer visible la situación en la que se vivía. Las mujeres cubanas siempre han sido más valientes que los hombres a la hora de enfrentarse al gobierno.

Conseguir comida en los años 90 era un deporte extremo.

Mamá, que siempre había sido muy pacífica, se puso un caparazón de mujer dura de la calle y salió por el barrio, bien adaptada al medio, y hasta cambió la manera de hablar. Se movía diferente para negociar

con ladrones, asesinos y estafadores, que eran los que sabían dónde estaba el poco alimento que había en la ciudad.

Mamá parecía una mujer dura que podía darle una galleta a cualquiera, como el resto de mujeres de la zona. Su manera de ser, suave y buenorra, tuvo que esconderla detrás de mil máscaras. Era la única manera de sobrevivir, ser fiera entre las fieras.

Como no había dinero, a veces cambiaba ropa por comida. Entregaba unas camisetas viejas o unos pantalones que no servían ya y le daban unas galletas saladas o unas coles medio podridas.

Un día se tuvo que fajar a los piñazos con una fuertona presidiaria que la había metido en un laberinto de casas de madera para robarle unos zapatos de niño. La mujer trató de robarle a mi mamá y no quería darle nada a cambio. Le había prometido algo de comida, pero todo era mentira.

Mi pobre madre se tuvo que poner valiente y fajarse a los piñazos con el monstruo de mujer aquel. Luego, hablando de eso, me dijo: «Cuando se meten con la comida de tu hijo, una saca fuerzas de donde no las hay».

Mamá compraba un aceite ennegrecido, que ya se había usado durante toda una semana para freír el alimento de una empresa. Con ese aceite negro y poco saludable que se robaba un trabajador del Ministerio de Agricultura y luego nos lo vendía, freíamos lo poco que nos llevábamos a la boca.

A veces agarraba la bicicleta y se iba pedaleando muchos kilómetros para encontrar un poco de carne de tiburón, que era la única proteína que se conseguía.

Nos comíamos los mismos tiburones que a su vez se comían a los cubanos que cruzaban el mar con esperanzas de llegar a Estados Unidos. En ese momento en que nuestro máximo líder decidió abrir las fronteras y dejar que el que quisiera se fuera en balsa, los que escapaban a veces eran interceptados por tiburones y el nivel de sangre en el mar aumentó considerablemente. Los escualos se acercaban cada vez más y más a las costas.

En 1993, Fidel amenazaba a las familias cubanas con que podía llegar el momento de «LA OPCIÓN CERO». ¿Qué era la opción cero? La opción cero, como su nombre indicaba, era nada más y nada menos el momento en que el país se quedaba sin nada. Sin comida, ni electricidad, ni canasta básica. El fin de todo.

La propuesta del Comandante era hacer unas sopas inmensas y colectivas en unas grandes ollas e ir distribuyéndolas por cada barrio.

La opción cero nunca llegó a pasar, pero mi madre, como el resto de madres cubanas, tuvo que entrenar y ensayar un grupo de ejercicios y simulacros en caso de que aquello sucediera.

Recuerdo escuchar la alarma antiaérea y correr hacia un refugio

que había en el sótano del edificio con mi mamá y mi abuela. Supuestamente el imperialismo yanqui nos iba a bombardear.

Cuba estaba en muy mal momento y seguro que el enemigo histórico se iba a querer aprovechar de la situación. Por supuesto que nada de eso pasó y lo que estaba haciendo Fidel era mantenernos entretenidos para que no pensáramos tanto en su mala gestión. El Comandante había puesto al pueblo a correr y a moverse para que no pensara.

Pan y circo, pero en una versión sin pan.

Mamá tenía pesadillas con los bombardeos aéreos que amenazaban supuestamente el bienestar de su familia.

Mamá no podía dormir en paz porque en los centros de trabajo y en las reuniones de los CDR le llenaban la cabeza con la idea de que iban a separar a las familias.

Los adultos se iban a tener que ir a la trinchera, a la guerra. Mamá, fusil al hombro.

Los niños debían irse a un orfanato para coser y reparar calzados y armas artesanales. Los niños apoyando la Revolución.

Y a abuela la iban a mandar con el resto de ancianos, a un asilo, para que ayudaran con las sopas colectivas. Pelando viandas, cocinando, cuidando enfermos o heridos.

No sé cómo salimos medianamente bien de eso.

En aquel entonces, 1993, por la falta de vitaminas, me enfermé y empecé a cojear.

Yo tenía unos diez años y era un flaco con cabeza de cerillo y gafas. Mi madre me llevó al médico. El médico le dijo que yo iba a durar dos años más, ya que tenía un lupus bien raro. Mi madre lloraba y lloraba y yo le preguntaba: «Mamá, ¿qué te pasa?». Y ella me decía: «Que tengo problemas en el trabajo». Y lloraba más.

Por suerte, el médico había fallado en su dictamen. Mi organismo lo que estaba pidiendo era carne, proteína.

Mi abuela lo único que hacía era tirar las cartas y con sus rituales espiritistas nada más conseguía cinco pesos por cliente, cosa que era bastante poco.

Entonces mamá empezó a hacer papas rellenas para vivir. Ella se pasaba la noche haciendo papas rellenas, temprano en la mañana las freía y yo antes de irme para la escuela agarraba la caja plástica llena de bolas y las llevaba para una cafetería que las vendía.

¿Rellenas de qué? Es una buena pregunta, ya que no había nada. Rellenas de un invento vegetal que aparentaba ser carne picada.

El olor a papa rellena por la mañana me inundaba el uniforme y la pañoleta roja de pionero comunista.

Mi madre sólo podía freír si había gas y era muy frecuente que lo cortaran a esa hora.

En la noche no podías dormir porque te cortaban la electricidad y no tenías cómo paliar el calor sin ventiladores y luego, en la mañana, podían quitar el agua.

Esa locura, ese «entretenimiento», no sólo atacaba al estómago, acababa también con el sistema nervioso de nuestras madres y abuelas. Era parte del entretenimiento de vivir en la Cuba del «Periodo Especial».

En la tarde, yo pasaba a buscar en la cafetería el dinero de las papas rellenas y las que sobraban volvían a casa y nos las teníamos que comer. Nada se desperdiciaba.

Qué manera de hacerle rechazo a las papas rellenas. Nos comimos tantas. Más nunca me pude comer una papa rellena.

Al borde de la inanición, mi madre pudo sacar adelante a la familia, pero nunca quiso que su padre se enterara de que ella estaba vendiendo papas rellenas para sobrevivir.

Abuelo no estaba en Cuba, estaba lejos y para colmo no paraba de hablar de los logros de la Revolución. Desde lejos era más fácil. Mi madre le escribía contándole que todo estaba bien y abuelo le daba ánimos desde Suiza.

¡El último discurso de Fidel fue una maravilla! ¡El capitalismo está nervioso con cómo está aguantando la isla! ¡Primero hundirnos en el mar antes que traicionar!

El viejo nunca se enteró realmente de lo que pasaba en la isla. Mi madre me tenía prohibido contar nada de nuestras carencias. Para todo el mundo la máscara de felicidad y la mano en alto de apoyo a la Revolución.

En la puerta de la casa, un cartel.

Esta es tu casa, Fidel.



Hace un par de años tomé la decisión de irme del país.

Entre mi pecho y el exterior me puse una carcasa de hielo para no sentir. Estaba anestesiado. No me podía permitir ningún tipo de sentimentalismo porque entonces no iba a poder tomar el avión.

Yo nunca había querido salir del país. Más allá de todos los problemas había algo muy fuerte que me ataba a Cuba. La sensación de que si me iba «los malos» iban a ganar no se me quitó en buen tiempo. Me sentaba en el patio del fondo de mi casa, prendía un tabaco y me relajaba allí con un clima que me encantaba. Tenía a mi madre cerca. Era consciente de que todo estaba empeorando, pero era mi casa, no me quería ir.

A los enemigos los espantaba con el humo y los pedidos y rezos espirituales.

Todo aparentaba ser más sencillo.

La relación que tenía con mi madre era muy especial, muy cercana y hasta envidiada por muchos.

Hacía unos años, una cartomántica me había dicho que estaba marcado por la letra del deambulante, del pordiosero. La mujer me veía para arriba y para abajo arrastrando una maleta sin hogar ni techo fijo. Como el viejo San Lázaro. Ese iba a ser mi futuro, deambular de allá para acá sin descanso.

Ahora había llegado el momento de partir.

Antes de irme definitivamente de Cuba quise pasar por la casa de abuelo. Hacía años que no me acercaba por allí. Quería sanar, despedirme de una época que no iba a volver. Caminé por la calle 88, en Miramar, y antes de llegar al antiguo chalet me di cuenta de algo: la casa de mi abuelo la habían convertido en un SPA.

Donde antes hubo lujo, reunión y charlas revolucionarias, ahora había una novísima clase social de mujeres bonitas, con licras apretadas y tintes caros en sus pelos, tomando agua con pepino.

El nuevo capitalismo socialista había acabado por derrumbar todas las máscaras.

En mi casa, trataba de evitar las muestras de amor hacia mamá.

Mi madre iba y venía por el pasillo con el deseo de darme un beso o un abrazo. Yo tenía unas ganas tremendas de besarla y abrazarla, pero no podía. Segundos antes de hacerlo me detenía, bajaba la cabeza y le ponía el pelo para que ella fuera la que diera el beso. Tenía que cuidarme el corazón, no me podía soltar a sentir porque entonces la cosa sí se iba a complicar.

Sabiendo que no podía estar mucho tiempo en casa, cogía calle. Me paraba en la avenida 23 una hora antes de la cita acordada y me ponía a ver a la gente pasar. Como si fuera un extranjero o un extraterrestre miraba a los que pasaban con extrañeza. No me sentía identificado con nada ni con nadie. Todo me parecía ajeno. ¿Dónde estaba la gente que yo conocía? ¿Los amigos? ¿Las amantes? ¿Las profesoras de la escuela? ¿Los socios del parque?

¿Qué había pasado con la Cuba que yo conocía?

Cuando llegaban los pocos amigos que me quedaban, me pegaba a ellos y nos emborrachábamos. En la noche, del bar a la casa, iba corriendo, cagado de miedo, como si estuviera en una calle oscura desconocida de un país peligroso en el que nunca había estado.

¿A qué le tenía miedo? No lo sé. Un asalto. La policía. El aire.

¿Qué sentido tenía hacer una película o presentar un libro?

Recuperar la inocencia.

¿Cómo podía seguir viviendo en ese país? No. Cuba había terminado.

El cambio sólo había ocurrido en mí. Mamá, después de todo lo que sabía, después de ver lo que me había hecho el país, todavía se sentaba frente a un discurso de Fidel y se emocionaba. Le era difícil romper. Le costaba ver que todo había sido una gran mentira.

Unos días antes de mi partida opté por hacerme un caparazón. El personaje que interpretaba era un hombre frío al que no le importaba el país ni le dolía nada.

Tenía una maleta negra, cuadrada, de rueditas (para no tener que cargar mucho peso) en la que cabía todo lo que me iba a llevar.

Tenía 40 años, tres películas y las manos completamente vacías. Cuando tiré las medias de colores, los calzoncillos viejos llenos de agujeros, los dos pantalones, los pullovers y los tres abrigos que no abrigan me di cuenta de que me sobraba espacio.

La mamá de una amiga me dio cuatro latas de cerveza Cristal para que se las llevara a la socia. Envolví las latas en nailons y pullovers para que no explotaran. Dos botellas de ron, un libro firmado por Dulce María Loynaz, Celestino antes del alba de Reinaldo Arenas y un par de cosas más para regalos.

Unos dibujos infantiles. ¿Se me quedaba algo? ¿Dejaba algo que me definía?

¿Me dejaba yo mismo atrás?

Mamá quiso salir a la calle conmigo para despedirme. Le hablé duro. No quería ningún tipo de llantén. Todo iba a pasar rápido. Pronto nos veríamos de nuevo. Salimos. Las ruedas de la maleta movían el suelo del pasillo.

El taxi ya estaba ahí. La miré rápido y le pedí que no llorara. Besito. Como si nos fuéramos a ver al otro día. Abracito corto. No podía derrumbarme.

Me monté en el coche y el taxista arrancó. Traté de mirar por la ventanilla y buscar cierta emoción en mí, pero nada, era un témpano de hielo.

Una amiga me dijo que este libro liberaba a mi madre. Yo no lo creo, siento que su educación me ayudó a ver las señales y a sembrar las fuerzas para mi total liberación.

Antes de partir, me dio cuatro papelitos pequeños escritos en hojas cuadriculadas con tinta azul, que no tuve el valor de abrir en varios meses.

Mi amor, tengo miedo que este día se convierta en un día cualquiera. Cocinar, comer, fregar y todo se hará. Pero quiero que sepas que yo no estoy fría como tú dices y piensas que yo quizás soy dura.

Siempre piensa que como te quiero a ti no he querido nunca ni querré a

nadie jamás, ni nietos, ni a nadie, porque mi amor por ti está intacto, aunque yo pelee, o conteste mal.

Nunca estés triste por no estar conmigo. Ni como dijiste un día no pienso que me dejas atrás. Es sólo un paréntesis para labrar tu vida… (NO SE ENTIENDE)… Calma, no quiero que te mates trabajando. Ama lo que más puedas, sé feliz, trabaja y sé como tú eres de disciplinado y talentoso pero cuidándote sin excesos de estrés o de café o cola. No dejes que te suba la presión. Cuídate. Yo estaré presente y te disfrutaré cuando sea. Y déjate querer en ese mundo que desconoces, con esa cultura diferente, enfrentando nuevos retos y aprendiendo, pero siendo tú, auténtico, bondadoso, tierno y fuerte. Te quiero mi niño que Dios te bendiga y te acompañe. Un beso y un abrazo. Te quiero siempre.

Escribo porque mi mente está ocupada con todo lo que te quiero decir. A ver si logro dormir. Estoy como en negación, me parece que mañana no te vas. Que faltan días para eso. No me hagas caso, que siempre pido por ti. Te bendigo y te acompaño. Vete tranquilo a enfrentarte a un mundo complejo. Con la guerra, pandemia, otra cultura, etc.…

Sabes que deseo lo mejor para ti, tu crecimiento, tu desempeño y tus triunfos. Este paso es hacia un buen camino. Sin miedo. Yo estaré más tranquila. Tendrás libertad y trata de no desconfiar de todo ni temerles a todos como se vive aquí. Seremos felices los dos y el teléfono y el wasap serán nuestro hilo conductor. No podemos permitir que nos convirtamos en unos meses en desconocidos. Mañana estarás preparando tus cosas, los últimos detalles, tu prima y quizá alguien más se nos reúna, pero vete tranquilo que yo me cuido y no estaré entretenida ni le abriré a extraños, ni dejaré el calentador encendido, ni me voy a caer. Yo no puedo ser una preocupación más para ti. Bueno, te quiero mucho, te extraño ya, pero estoy contenta porque estarás a salvo y feliz. Sintiéndote un ciudadano que no tiene que estar mirando quien lo sigue, lo envidia o lo quiere joder. Por favor no me ocultes ni lo bueno ni lo malo. Quiero seguir a tu lado. Yo tampoco te mentiré ni te esconderé nada, y además nada malo nos ocurrirá que no sea la vida diaria en una Europa con pandemia y en guerra y en una isla triste y miserable. Todo pasa y estaremos bien los dos. Y la familia. La familia de aquí y la que harás allá en el futuro.

Todo estará bien.

Un beso grande y un fuerte abrazo.

Cuídate.

Mamá.

No se me quita de la cabeza un momento que pasé con la vieja hace tiempo. Estaba muy decaída y me había pedido que la acompañara a su psicóloga. Yo no quería ir. La vieja se demoraba mucho en caminar. Ir de la calle L a la calle Paseo era un calvario. Por suerte acepté. Si no, ahora estaría sintiéndome más culpable.

Caminando le traté de recordar la historia del pasado, cuando me enamoré del muchacho X que parecía un lebrel afgano. Ella me dijo que eso no había pasado. Ni siquiera en sueños me permitía ser quien yo era. Había que censurar, cortar e imaginar una nueva realidad como ella quería. Muy oprimida. Sin poder liberarse.

¿Era feliz mamá? ¿Era libre?

En la consulta, la doctora, puso a mi madre frente a mí. Nos mandó a cogernos las manos y a mirarnos a los ojos. A hablarnos. Antes de decir la primera palabra, mi vieja se echó a reír con fuerza. Una risa nerviosa, incontrolable. Me preocupé.

En el fondo, como una voz en off, escuché a la psicóloga decir: «¿Por qué te ríes si eso es lo más grande que tú tienes en la vida?».

